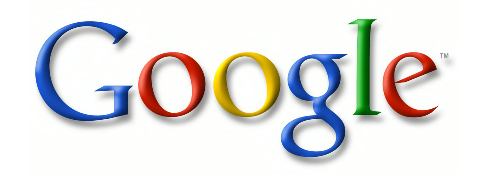


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

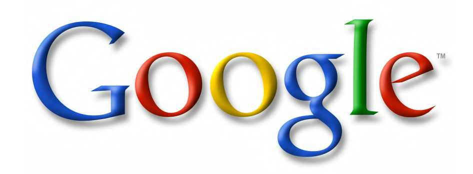
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


Stanford University Libraries
3 6105 118 133 672





COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMERICA

TOMO XX


P. VINDEL, LIB-ANT.
MADRID
26 DE FEBRº 1891.

INFORTUNIOS

DE ALONSO RAMIREZ

DESCRÍBELOS

D. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA

RELACION

DE LA AMERICA SEPTENTRIONAL

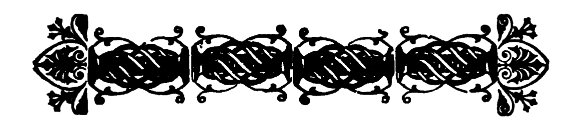
POR EL P. LUIS HENNEPIN



MADRID

1902

162355



ADVERTENCIA DEL COLECTOR

—

El tomo XX de la *Colección de libros que tratan de América*, comprende dos obras, publicadas á fines del siglo XVII. La primera, es del famoso literato mexicano don Carlos de Sigüenza y Góngora, en que se narran los infortunios de Alonso Ramirez por diversas partes del mundo, cuya narración interesa tanto por lo extraordinario de sus aventuras como por las bellas descripciones que contiene. Del autor de esta autobiografía, dice Beristain:

«Don Carlos Sigüenza y Góngora uno de los más completos literatos de la Nueva España, filósofo, matemático, historiador, anti-

cuario y crítico. Nació en la ciudad de Mexico el año 1645, habiendo tenido por padre á D. Carlos Sigüenza, maestro del príncipe don Baltasar.

En 17 de Octubre de 1660 tomó la sotana de Jesuita y en 15 de Agosto de 1662 hizo los primeros votos en el colegio de Tepozotlan; especie que se le ocultó al señor Eguiara, pero que consta del libro original de profesiones que tengo en mi poder.

A poco tiempo dejó este instituto, á que siempre conservó particular devoción, pero volvió á abrazarlo al tiempo de su muerte, acaecidá en 22 de Agosto de 1700, habiéndole hecho magníficos funerales los PP. Jesuitas del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México. Sacerdote secular y profundamente instruído en las ciencias sagradas, hizo al mismo tiempo tantos progresos en las matemáticas de que fué catedrátien la Universidad de su patria, que conocidos en la corte de Luis el Grande de Francia, mereció de aquel príncipe, protector de las ciencias y de los sabios, que le convidase á Paris y le ofreciese pensiones y honores, que

el modestísimo español mexicano renunció, prefiriendo el título de cosmógrafo regio con que le distinguió el Sr. D. Carlos II; peritísimo en la lengua, historia y antigüedades de los indios, y habiendo acopiado un considerable número de escritos simbólicos y mapas, ya por la herencia que le dejó el erudito indio D. Juan de Alva, descendiente de los reyes de Tezcuco, y ya por su diligencia é insaciable curiosidad en esta materia, no sólo emprendió una historia completa antigua del imperio de los chichimecas, desde su entrada en la América Septentrional, sino que aplicando sus conocimientos astronómicos á los monumentos de los indios, arregló á las épocas de la historia europea las de la historia de los mexicanos. Sin embargo de tales estudios, sirvió diez y ocho años el empleo de capellán del hospital del Amor de Dios, y el de limosnero del Venerable Arzobispo D. Francisco de Aguiar y Seijas; de los que le arrancó para una expedición pública, literaria y muy interesante, al virrey D. Gaspar de Sandoval, conde de Galve el año 1693. Tal fué la de

acompañar al general de la Armada D. Andrés de Pez á las exploraciones y descripción del seno mexicano, que desempeñó nuestro Sigüenza, como largamente refiere el historiador de la Florida D. Gabriel de Cárdenas, y yo compendiaré todavía.

Regresando á México, sin dejar la pluma de la mano, se empleó en los últimos años de su vida en ejercicios de piedad cristiana, y falleció, jesuita como se ha dicho, á los 55 de su edad. Hicieron mención honorífica de nuestro autor el viajero italiano Gemeli Carreri en su obra intitulada *Giro del mundo* parte 6, libro 1, donde no solo le alaba por su erudición, sino por la liberalidad con que le comunicó cuanto allí escribe de los antiguos monumentos de los mexicanos: el caballero Boturini en su *Idea de una nueva Historia de la América Septentrional* y en su Museo: D. Salvador Mañer en su anfiteatro crítico, numerando entre los matemáticos españoles á nuestro Sigüenza; León Pinelo en su *Biblioteca Occidental*: D. Nicolás Antonio en la *Hispana*, aunque muy escaso de noticias de los escritos de nuestro autor; el

Ilmo. Castorena en el tomo III de las *Poesías de la Monja de México*; el P. Florencia en su *Historia de Guadalupe*; Fr. Isidro Felix Espinosa en su *Crónica de los colegios de Propaganda Fide*; Cabrera en su *Escudo de Armas de México*; Cárdenas en su *Historia de la Florida*; el editor de la obra del *Origen de los Indios*, y otros.......

Por lo que toca á los escritos de D. Carlos Sigüenza, son entre impresos y manuscritos, los siguientes:

Primavera indiana. Imp. en México 1662, reimp. en 1668 y tereera vez en 1683, 4.°.

Las glorias de Querétaro. Imp. en México, por Calderón, 1668, 4.°

Teatro de virtudes políticas que constituyen un buen príncipe. Imp. en México, por Calderón, 1680, 4.°

Triunfo Parténico. Imp. en México, por Ribera, 1683, 4.°

Paraíso Occidental. Imp. en México, por Ribera, 1684, 4.° mayor.

Manifiesto filosófico contra los cometas. Imp. en México, 1681, 4.°

Libra astronómica. Imp. en México, por Calderón, 1690, 4.°

El Belorofonte Matemático contra la quimera astrolójica de D. Martín de la Torre.

Relación histórica de los sucesos de la Armada de Barlovento á fines de 1690 *y fines de* 1691. Imp. en México, por Calderón, 1691, en 4.°

Trofeo de la justicia española contra la perfidia francesa. Imp. en México, por Calderón, 1691, 4.°

Los infortunios de Alonso Ramírez. Imp. en México por Calderón, 1690, 4.°—Este Alonso Ramírez era natural de San Juan de Puerto Rico. Fué apresado por unos piratas en los mares de Filipinas, desde donde librándose prodigiosamente, navegó solo y sin derrota hasta las costas de Yucatan, habiendo dado casi una vuelta al globo.

Mercurio volante. Papel periódico. Imp. en México, 1693, 4.°

El oriental planeta evangélico. Imp. en México por Benavides, 1700, 4.°

Descripción del seno de Santa María de Galve, alias Pansacola, de la Movila y del Río Mísisipí. M. S. De esta se valió Cárdenas en su *Historia de la Florida.*

La piedad heróica de D. Fernando Cortés.

Tratado sobre los eclipses de sol. M. S.

Apología del poema intitulado: Primavera indiana.—La cita el Rmo. Monroi.

Ciclografia Mexicana.

Historia del imperio de los Chichimecas.

El Fénix de Occidente.

Genealogía de los reyes mexicanos.

Teatro de la santa Iglesia metropolitana de México.

Historia de la Universidad de México.

Tribunal histórico.

Historia de la provincia de Tejas.

Vida del Ven. arzobispo de México, D. Alonso de Cuevas Davalos.

Elogio fúnebre de la célebre poetisa mexicana Sor Juana Inés de la Cruz,

Tratado de la esfera. En 200 fojas.—De todos estos hay noticia y constancia, pero yo no he hallado ninguno de ellos. Mas en la Biblioteca de la Universidad de México, he visto los siguientes:

Informe al Virrey de México sobre la fortaleza de San Juan de Ulua fecho á 31 de Diciembre de 1691. M. S. en folio.

Un fragmento de la historia antigua de los Indios, con estampas M. S. en folio.

Kalendario de los meses y fiestas de los mexicanos. MS.

Reducciones de estancias de ganado á caballerías de tierra, hechas según reglas de aritmética y geometría. MS. fol.

Deben, por último, añadirse á estos escritos propios de D. Carlos de Sigüenza los otros originales ajenos que colectó en 28 volúmenes y ego en su estamento al colegio maximo de San Pedro y San Pablo. de los jesuítas de México, de los cuales en 1750 en que escribió su Biblioteca Mexicana el Ilmo. Eguiara, sólo existían 8. Y habiendo pasado á la Públioa de la Universidad los libros de aquel Colegio, de resultas de la expatriación, ya no restan sino los fragmentos arriba expresados.-BERISTAIN. *Biblioteca.* Amecameca, 1883, t. III, págs. 143 á 148.»

A título de curiosidad, hemos reproducido en fac-símil la portada de los *Infortunios de Alonso Ramírez*, libro de insigne rareza.



La segunda obra de este t. XX, págs. 135 y siguientes, es la traducción al castellano del libro del insigne Recoleto P. Luis Hennepin, *Nouvelle decouverte d'un tres grand pays situé dans l'Amerique entre le Nouveau*

Mexique et la mer Glaciele. Utrech, 1697. El original que nos ha servido, se halla en la *Geografía del mundo*, compuesta por D. Sebastián Fernández de Medrano, *Amberes*, 1709, tomo II, páginas 129 á 207.

Del célebre ngeniero Fernandez de Medrano existe una noticia biográfica y bibliográfica publicada por el Sr. Lallave en Madrid en 1877, titulada: *D. Sebastián Fernández de Medrano, escritor militar* y á dicha obra remitimos á los curiosos que quieran saber noticias acerca de aquel fecundo militar matemático.

Por último, se incluye también el curioso opúsculo, en cuatro capítulos, intitulado *Maximas y ardides de que se sirven los extranjeros para introducirse por todo el mundo.*

El Colector

PEDRO VINDEL

Madrid, 9 de Febrero de 1902.



AL EXCMO. SEÑOR

D. GASPAR DE SANDOVAL CERDA SILVA Y MENDOZA

Conde de Galve, gentil hombre (con ejercicio) de la cámara de S. M., comendador de Salamea y Seclavin en la orden y caballería de Alcántara, Alcaide perpétuo de los reales alcasares, puertas y puentes de la ciudad de Toledo y del castillo y torres de la de Leon, señor de las villas de Tortola y Sacedon, virey, gobernador y capitan general de la Nueva España y presidente de la real chancillería de México, etc.

—

Si suele ser consecuencia de la temeridad la dicha, y es raro el error á que le falta disculpa, sóbranme, para presumir acogerme al sagrado de vuestra excelencia estos motivos á no contrapesar en mí (para que

mi yerro sea inculpable) cuantos aprecios le ha merecido á su comprensión delicada sobre discreta la *Libra astronómica y filosófica*, que á la sombra del patrocinio de V. E. en este mismo año entregué á los moldes. Y si al relatarlos en compendio quien fué el paciente, le dió V. E. gratos oídos, ahora que en relación más difusa se los representó á los ojos, ¿cómo podré dejar de asegurarme atención igual?

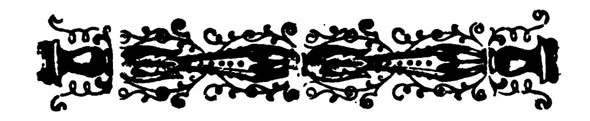
Cerró *Alonso Ramírez* en México el círculo de trabajos, con que apresado de ingleses piratas en Filipinas, varando en las costas de Yucatán en esta América dió vuelta al mundo, y condoliéndose V. E. de él cuando los refería, ¿quién dudará el que sea objeto de su munificencia en lo de adelante, sino quien no supiere el que templando V. E. con su conmiseración su grandeza tan recíprocamente las concilia, que las iguala sin que pueda discernir la perspicacia más lince cual sea antes en V. E. lo grande heredado de sus progenitores excelentísimos, ó la piedad connatural de no negarse compasivo á los gemidos tristes de cuantos

lastimados la soliciten en sus afanes.

Alentado, pues, con lo que desta veo cada día prácticamente y con el seguro de que jamás se cierran las puertas del Palacio de V. E. á los desvalidos, en nombre de quien me dió el asunto para escribirla consagro á las aras de la benignidad de V. E. esta peregrinación lastimosa, confiado desde luego, por lo que me toca, que en la crisis altísima que sabe hacer con espanto mío de la hidrografía y geografía del mundo, tendrá patrocinio y merecimiento, etc.

B. l. m. de V. E.,

D. CARLOS DE SIGUENZA Y GÓNGORA.



Aprobación del Licenciado D. Francisco de Ayerra Santa María, Capellán del Rey Nuestro Señor, en su Convento Real de Jesús María de México.

—

Así por obedecer ciegamente al decreto de V. S. en que me manda censurar la relación de los *Infortunios de Alonso Ramírez*, mi compatriota, descrita por *D. Carlos de Sigüenza y Góngora*, cosmógrafo del Rey nuestro señor y su catedrático de matemáticas en esta Real Universidad, como por la novedad deliciosa que su argumento me prometía, me hallé empeñado en la lección de la obra, y si al principio entré en ella con obligación y curiosidad, en el progreso, con tanta variedad de casos, disposición y es-

tructura de sus períodos agradecí como inestimable gracia lo que traía sobreescrito de estudiosa tarea.

Puede el sujeto de esta narración quedar muy desvanecido de que sus infortunios son hoy dos veces dichosos: una, por ya gloriosamente padecidos, que es lo que encareció la musa de Mantua en boca de Eneas en ocasión semejante á sus compañeros Troyanos: ***Forsan & hæc ólim meminisse iuvabit:*** y otra porque le cupo en suerte la pluma de este Homero (que era lo que deseaba para su Cesar Antonio: ***Romanusque tibi contingat Homerus***) que al embrión de la funestidad confusa de tanto suceso dió alma con lo aliñado de sus discursos y al laberinto enmarañado de tales rodeos halló el hilo de oro para coronarse de aplausos.

No es nuevo en las exquisitas noticias y laboriosas fatigas del autor lograr con dichas cuanto comprende con diligencias: y como en las tablas de la geografía é hidrografía tiene tanto caudal adquirido, no admiro que saliese tan consumado lo que con

estos principios se llevaba de antemano medio hecho.

Bastóle tener cuerpo la materia, para que la excediese con su lima la obra. Ni era para que se quedase solamente dicho lo que pue de servir escrito para observado, pues esto reducido á escritura se conserva y aquello con la vicisitud del tiempo se olvida y un caso no otra vez acontecido, es digno de que quede para memoria estampado. *¿Quis mihi tribuat ut scribantur sermones mei? ¿Quis mihi det, ut exarentur in libro styl ferreo, vel saltem sculpantur in scilice?* Para eternizar Job lo que refería deseaba quien lo escribiera y no se contentaba con menos de que labrase en el pedernal el buril cuanto él había sabido tolerar: *dura quæ sustinet, non vult per silentium tegi* (dice la glosa) *sed exemplo ad notitiam pertrahi.* Este: *Quis mihi tribuat* de Job halló (y halló cuanto podía desear) el sujeto en el autor de esta relación que para noticia y utilidad común por no tener cosa digna de censura, será muy conveniente que la eternice la prensa.

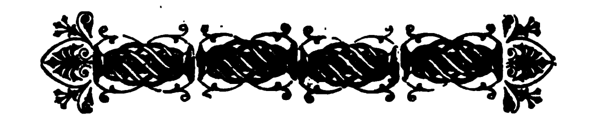
Así lo siento, salvo, etc.
México 26 de Junio de 1690.

D. Francisco de Ayerra
Santa María



SUMA DE LAS LICENCIAS

Por decreto del Excmo. Sr. Virey, Conde de Galve, etc., de 26 de Junio de este año de 1690. Y por auto que el Sr. Dr. D. Diego de la Sierra, etc., Juez provisor y Vicario general deste arzobispado, proveyó este mismo día, se concedió licencia para imprimir esta Relación.



INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ, &.

Motivos que tuvo para salir de su patria: Ocupaciones y viajes que hizo por la Nueva España, su asistencia en México hasta pasar á las Ph lipinas.

§ I.

Quiero que se entretenga el curioso que esto leyere por algunas horas con las noticias de lo que á mí me causó tribulaciones de muerte por muchos años. Y aunque de sucesos que solo subsistieron en la idea de quien los finge, se suelen deducir máximas y aforismos que entre lo deleitable de la narración que entretiene cultiven la razon de quien en ello se ocupa, no será esto lo

que yo aquí intente sino solicitar lástimas que, aunque posteriores á mis trabajos, harán por lo menos tolerable su memoria, trayéndolas á compañía de las que me tenía á mí mismo cuando me aquejaban. No por esto estoy tan de parte de mi dolor que quiera incurrir en la fea nota de pusilánime y así omitiendo menudencias que á otros menos atribulados que yo lo estuve pudieran dar asunto de muchas quejas, diré lo primero que me ocurriere por ser en la série de mis sucesos lo más notable.

Es mi nombre ALONSO RAMÍREZ y mi patria la ciudad de San Juan de Puerto Rico, cabeza de la isla, que en los tiempos de ahora con este nombre y con el de *Borriquen* en la antigüedad entre el seno mexicano y el mar Atlántico divide términos. Hácenla célebre los refrescos que hallan en su deleitosa aguada cuantos desde la antigua navegan sedientos á la Nueva España; la hermosura de su bahía, lo incontrastable del Morro que la defiende; las cortinas y baluartes coronados de artillería que la aseguran. Sirviendo, aún no tanto esto, que

en otras partes de las Indias también se halla, cuanto el espíritu que á sus hijos les reparte el genio de aquella tierra sin escasez á tenerla privilegiada de las hostilidades de corsantes.

Empeño es este en que pone á sus naturales su pundonor y fidelidad sin otro motivo, cuando es cierto que la riqueza que le dió nombre por los veneros de oro que en ella se hallan, hoy por falta de sus originarios habitadores que los trabajen y por la vehemencia con que los huracanes procelosos rozaron los árboles de cacao que á falta de oro provicionaban de lo necesario á los que lo traficaban, y por el consiguiente al resto de los isleños se transformó en pobreza.

Entre los que esta había tomado muy á su cargo fueron mis padres y así era fuerza que hubiera sido porque no lo merecian sus procederes; pero ya es pensión de las Indias el que así sea. Llamose mi padre *Lúcas de Villa-nueva*, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento cónstame porque varias veces se le oía que era andaluz, y sé muy

bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto-Rico y es su nombre *Ana Ramírez*, á cuya cristiandad le debí en mi niñez lo que los pobres solo le pueden dar á sus hijos que son consejos para inclinarlos á la v rtud.

Era mi padre carpintero de ribera, é impúsome (en cuanto permitía la edad) al propio ejercicio, pero reconociendo no ser continua la fábrica y temiéndome no vivir siempre, por esta causa, con las incomodidades que aunque muchacho me hacían fuerza determiné hurtarle el cuerpo á mi misma patria para buscar en las agenas más conveniencia.

Valime de la ocasión que me ofreció para esto una urqueta del capitán *Juan del Corcho* que salía de aquel puerto para el de la *Habana*, en que corriendo el año de 1675 y siendo menos de trece los de mi edad me recibieron por paje. No me pareció trabajosa la ocupación considerándome en libertad y sin la pensión de cortar madera; pero confieso que tal vez presagiando lo porvenir dudaba si podría prometerme algo que fue-

se bueno„ habiéndome valido de un corcho para principiar mi fortuna. Mas; ¿quien podrá negarme que dudé bien, advirtiendo consiguientes mis sucesos á aquel principio? Del puerto de la *Habana* (célebre entre cuantos gozan las islas de Barlovento, así por las conveniencias que le debió á la naturaleza que asi lo hizo, como por las fortalezas con que el arte y el desvelo lo ha asegurado, pasamos al de *S in Juan de Ul va* en la tierra firme de Nueva España de donde apartándome de mi patrón subí á la ciudad de la *Puebla de los Angeles*, habiendo pasado no pocas incomodidades en el camino, así por la aspereza de las veredas que desde *Xalapa* corren hasta *Perote*, como también por los frios que por no experimentados hasta allí, me parecieron intensos. Dicen los que la habitan ser aquella ciudad inmediata á México en la amplitud que coge, en el desembarazo de sus calles, en la magnificencia de sus templos y en cuantas otras cosas hay que la asemejen á aquélla; y ofreciéndoseme (por no haber visto hasta entonces otra mayor) que

en ciudad tan grande me sería muy fácil el conseguir conveniencia grande, determiné, sin más discurso que este, el quedarme en ella, aplicándome á servir á un carpintero para granjear el sustento en el ínterin que se me ofrecía otro modo para ser rico.

En la demora de seis meses que allí perdí experimenté mayor hambre que en Puerto Rico y abominando la resolución indiscreta de abandonar mi patria por tierra á donde no siempre se da acogida á la liberalidad generosa, haciendo mayor el número de unos arrieros sin considerable trabajo me puse en México.

Lástima es grande el que no corran por el mundo grabadas á punta de diamante en láminas de oro las grandezas magníficas de tan soberbia ciudad. Borróse de mi memoria lo que de la Puebla aprendí como grande desde que pisé la calzada, en que por la parte de medio día (á pesar de la gran laguna sobre que está fundada) se franquea á los forasteros. Y siendo uno de los primeros elogios de esta metrópoli la magnanimidad de los que la habitan, á que ayuda la abun-

dancia de cuanto se necesita para pasar la vida con descanso, que en ella se halla, atribuyo á fatalidad de mi estrella haber sido necesario ejercitar mi oficio para sustentarme. Ocupóme *Cristobal de Medina*, maestro de Alarife y de arquitectura con competente salario en obras que le ocurrían, y se gastaría en ello cosa de un año.

El motivo que tuve para salir de México á la ciudad de *Huasaca* fué la noticia de que asistía en ella con el título y ejercicio honroso de regidor *D. Luis Ramírez*, en quien por parentesco que con mi madre tiene, afiancé, ya que no ascensos desproporcionados á los fundamentos tales cuales en que estrivaran, por lo menos alguna mano para subir un poco; pero conseguí después de un viaje de ochenta leguas el que negándome con muy malas palabras el parentesco, tuviese necesidad de valerme de los extraños por no poder sufrir despegos sensibilísimos por no esperados, y así me apliqué á servir á un mercader traginante que se llamaba *Juan Lopez*. Ocupábase éste en permutar con los indios *Míxes Chontales* y

Cuicatecas por géneros de Castilla que les faltaban, los que son propios de aquella tierra, y se reducen á algodón, mantas, bainillas, cacao y grana. Lo que se experimenta en la fragosidad de la Sierra, que para conseguir esto se atraviesa, y huella continuamente, no es otra cosa sino repetidos sustos de derrumbarse por lo acantilado de las veredas, profundidad horrorosa de las barrancas, aguas contínuas, atolladeros penosos, á que se añaden en los pequeños calidísimos valles que allí se hacen, muchos mosquitos y en cualquier parte sabandijas abominables á todo viviente por su mortal veneno.

Con todo esto atropella la gana de enriquecer y todo esto experimenté acompañando á mi amo, persuadido á que sería á medida del trabajo la recompensa. Hicimos viaje á *Chiapa* de Indios, y de allí á diferentes lugares de las provincias de *Soconusco* y de *Guatemala*, pero siendo pensión de los sucesos humanos interpolarse con el día alegre de la prosperidad, la noche pesada y triste del sinsabor, estando de vuelta para Huaxaca enfermó mi amo en el pueblo de

Talistaca, con tanto extremo que se le administraron los Sacramentos para morir.

Sentía yo su trabajo y en igual contrapeso sentía el mío gastando el tiempo en idear ocupaciones en que pasar la vida con más descanso, pero con la mejoría de *Juan Lopez* se sosegó mi borrasca á que se siguió tranquilidad, aunque momentánea, supuesto que en el siguiente viaje, sin que le valiese remedio alguno, acometiéndole el mismo achaque en el pueblo de *Cuicatlan*, le faltó la vida.

Cobré de sus herederos lo que quisieron darme por mi asistencia, y despechado de mí mesmo y de mi fortuna, me volví á México, y queriendo entrar en aquesta ciudad con algunos reales, intenté trabajar en la Puebla para conseguirlos, pero no hallé acogida en maestro alguno y temiéndome de lo que experimenté de hambre cuando allí estuve, aceleré mi viaje.

Debíle á la aplicación que tuve al trabajo cuando le asistí al maestro *Cristobal de Medina*, por el discurso de un año y á la que volvieron á ver en mí cuantos me co-

nocían, el que tratasen de avecindarme en México, y conseguílo mediante el matrimonio que contraje con FRANCISCA XAVIER, doncella, huérfana de Doña *María de Poblete*, hermana del Venerable señor Dr. D. Juan de Poblete, dean de la iglesia metropolitana, quien renunciando la mitra arzobispal de Manila, por morir como Fenix en su patrio nido, vivió para ejemplar de cuantos aspiraren á eternizar su memoria con la rectitud de sus procederes.

Sé muy bien que expresar su nombre es compendiar cuanto puede hallarse en la mayor nobleza y en la más sobresaliente virtud, y así callo, aunque con repugnancia por no ser largo en mi narración, cuanto me está sugiriendo la gratitud.

Hallé en mi esposa mucha virtud y merecíle en mi asistencia cariñoso amor, pero fué esta dicha como soñada, teniendo solos once meses de duración, supuesto que en el primer parto le faltó la vida. Quedé casi sin ella á tan no esperado y sensible golpe, y para errarlo todo me volví á la Puebla.

Acomodéme por oficial de *Estevan Gu-*

tiérrez, maestro de carpintero, y sustentándose el tal mi maestro con escasez ¿cómo lo pasaría el pobre de su oficial?

Desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia, no solo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México á los que son delincuentes, que es enviarlos desterrados á las Filipinas. Pasé, pues, á ellas en el galeón Santa Rosa, que (á cargo del general *Antonio Nieto*, y de quien el almirante *Leandro Coello* era piloto) salió del puerto de *Acapulco* para el de *Cavite* el año 1682.

Está este puerto en altura de 16 gr. 40 m. á la banda del Septentrión, y cuanto tiene de hermoso y seguro para las naos que en él se encierra, tiene de desacomodado y penoso para los que lo habitan, que son muy pocos, así por su mal temple y esterilidad del paraje, como por falta de agua dulce, y aun del sustento, que siempre se le conduce de la comarca, y añadiéndose lo que se

experimenta de calores intolerables, barrancas y precipicios por el camino, todo ello estimula á solicitar la salida del puerto.





§ II

Sale de Acapulco para Philipinas; dícese la derrota de este viaje y en lo que gastó el tiempo hasta que lo apresaron ingleses.

Hácese esta salida con la virazón por el Oesnoroeste ó Noroeste, que entonces entra allí como á las once del día; pero siendo más ordinaria por el Sudoeste y saliéndose al Sur y Sursudueste, es necesario para excusar bordos esperar á las tres de la tarde, porque pasado el sol del Meridiano alarga el viento para el Oesnoroeste y Noroeste y se consigue la salida sin barloventear.

Navégase desde allí la vuelta del Sur con

las virazones de arriba (sin reparar mucho en que se varien las cuartas ó se aparten algo del Meridiano) hasta ponerse en 12 gr. ó en algo menos. Comenzando ya aquí á variar los vientos desde el Nordeste al Norte, así que se reconoce el que llaman del Lesnordeste y Leste haciendo la derrota al Oessudueste, al Oeste y á la cuarta del Noroeste se apartaran de aquel meridiano quinientas leguas, y conviene hallarse entonces en 13 gr. de altura.

Desde aquí comienzan las agujas á nordestear y en llegando á 18 gr. la variación se habrán navegado (sin las quinientas que he dicho) mil y cien leguas, y sin apartarse del paralelo de 13 gr. cuando se reconozca nordestea la aguja solos 10 gr. (que será estando apartados del meridiano de Acapulco mil setecientas y setenta y cinco leguas) con una singladura de veinte leguas ó poco más se dará con la cabeza del Sur de una de las islas *Marianas* que se nombra *Gu n*, y corre desde 13 y 5 hasta 13 gr. y 25 m. Pasada una isletilla que tiene cerca, se ha de meter de loo con bolinas aladas para dar

fondo en la ensenada de *Humata* que es la inmediata, y dando de resguardo un solo tiro de cañón al arrecife, que al Oeste arroja esta isletilla, en veinte brazas, ó en las que se quisiere porque es bueno y limpio el fondo se podrá surgir.

Para buscar desde aquí el embocadero de *S. Bernardino*, se ha de ir al Oeste cuarta al Sudoeste, con advertencia de ir haciendo la derrota como se recogiere la aguja y en navegando doscientas y noventa y cinco leguas se dará con el *Cabo del Espíritu Santo* que está en 12 gr. 45 m. y si se puede buscar por menos altura es mejor, porque si los vendavales se anticipan y entran por el Sursudueste ó por el Sudueste es aquí sumamente necesario estar á barlovento y al abrigo de la isla de *Palapa* y del mismo Cabo.

En soplando brisas se navegará por la costa de esta misma isla, cosa de veinte leguas, la proa al Oesnoroeste, guiñando al Oeste porque aquí se afija la aguja, y pasando por la parte del Leste del islote de *San Bernardino*, se va en demanda de la

isla de *Capul* que á distancia de cuatro leguas está al Sudueste. Desde aquí se ha de gobernar al Oeste seis leguas hasta la isla de *Ticao* y después de costear las cinco leguas yendo al Noroeste hasta la cabeza del Norte, se virará al Oessudueste en demanda de la bocayna que hacen las islas de *Burias* y *Masbate*. Habrá de distancia de una á otra casi una legua, y de ellas es la de Burias la que cae al Norte. Dista esta bocayna de la cabeza de Ticao cosa de cuatro leguas.

Pasadas estas angosturas se ha de gobernar al Oesnoroeste en demanda de la bocayna de las islas de *Marinduque* y *Banton*, de las cuales está esta al Sur de la otra tres cuartos de legua, y distan de Burias diez y siete. De aquí al Noroeste cuarta al Oeste se han de ir á buscar las isletas de *Mindoro*, *Lobo* y *Galván*.

Luego por entre las angosturas de *Isla Verde* y *Mindoro* se navegarán al Oeste once ó doce leguas, hasta cerca de la isla de *Ambil* y las catorce leguas que desde aquí se cuentan á *Mariveles* (que está en

14 gr. 30 m.) se grangean yendo al Nornoroeste, Norte y Nordeste.

Desde *Marivelez* se ha de ir en demanda del puerto de *Cavite* al Nordeste, Lesnordeste y Leste como cinco leguas por dar resguardo á un bajo que está al Lesnordeste de Marivelez con cuatro brazas y media de agua sobre su fondo.

Desengañado en el discurso de mi viaje de que jamás saldría de mi esfera con sentimiento de que muchos con menores fundamentos perfeccionasen las suyas, despedí cuantas ideas me embarazaron la imaginación por algunos años.

Es la abundancia de aquellas islas, y con especialidad la que se goza en la ciudad de Manila en extremo mucha. Hállase allí para el sustento y vestuario cuanto se quiere á moderado precio, debido á la solicitud con que por enriquecer los sangleyes lo comercian en su *Parían*, que es el lugar donde fuera de las murallas, con permiso de los españoles, se avecindaron. Esto, y lo hermoso y fortalecido de la ciudad, coadyuvado con la amenidad de su río y huertas, y

lo demás que la hace célebre entre las colonias que tienen los europeos en el Oriente, obliga á pasar gustosos á los que en ella viven.

Lo que allí ordinariamente se tragina es de mar en fuera, y, siendo por eso las navegaciones de unas á otras partes casi contínuas, aplicándome al ejercicio de marinero, me avecindé en Cavite.

Conseguí por este medio, no sólo mercadear en cosas en que hallé ganancia y en que me prometía para lo venidero bastante logro, sino el ver diversas ciudades y puertos de la India en diferentes viajes.

Estuve en *Madrastapatan*, antiguamente Calamina ó Meliapor, donde murió el apostol *Santo Tomé*, ciudad grande, cuando la poseían los portugueses, hoy un monte de ruinas, á violencia de los estragos que en ella hicieron los franceses y holandeses por poseerla.

Estuve en Malaca, llave de toda la India y de sus comercios por el lugar que tiene en el estrecho de *Syncapura*, y á cuyo go-

bernador pagan anclage cuantos lo navegan.

Son dueños de ella y de otras muchas los holandeses, debajo de cuyo yugo gimen los desvalidos católicos que allí han quedado, á quienes no se permite el uso de la religión verdadera, no estorbándoles á los moros y gentiles sus vasallos, sus sacrificios.

Estuve en ***Batavia*** ciudad celebérrima, que poseen los mismos en la *Java* ***mayor*** y adonde reside el gobernador y capitán general de los Estados de Holanda. Sus murallas, baluartes y fortalezas son admirables.

El concurso que allí se ve de navíos de Malayos, Macasares, Sianes, Bugifes, Chinos, Armenios, Franceses, Ingleses, Dinamarcos, Portugueses y Castellanos, no tiene número. Hállanse en este emporio cuantos artefactos hay en la Europa, y los que en retorno de ellos le envía la Asia. Fabrícanse allí para quien quisiere comprarlas, excelentes armas. Pero con decir estar allí compendiado el Universo lo digo todo.

Estuve también en ***Macán***, donde aunque fortalecida de los portugueses que la poseen,

no dejan de estar expuestos á las supercherías de los Tártaros (que dominan en la gran China) los que la habitan.

Aun más por mi conveniencia que por mi gusto, me ocupé en esto, pero no faltaron ocasiones en que por obedecer á quien podía mandármelo hice lo propio, y fué una de ellas la que me causó las fatalidades en que hoy me hallo y que empezaron así:

Para provisionarse de bastimentos que en el presidio de Cavite ya nos faltaban, por orden del general *D. Gabriel de Cruzalaegui* que gobernaba las islas, se despachó una fragata de una cubierta á la provincia de *Ilocos*, para que de ella, como otras veces se hacía, se condujesen.

Eran hombres de mar cuantos allí se embarcaron, y de ella y de ellos que eran veinticinco, se me dió el cargo. Sacáronse de los almacenes reales y se me entregaron para que defendiese la embarcación *cuatro chuses* y *dos mosquetes* que necesitaban de estar con prevención de cuerdas para darles fuego por tener quebrados los serpentines

entregáronme también *dos puños de balas y cinco libras de pólvora.*

Con esta prevención de armas y municiones, y sin artillería, ni aun pedrero alguno, aunque tenía portas para seis piezas, me hice á la vela. Pasáronse seis días para llegar á Ilocos; ocupáronse en el rescate y carga de los bastimentos como nueve ó diez, y estando al quinto del tornaviaje barloventeando con la brisa para tomar la boca de Marivelez para entrar al Puerto, como á las cuatro de la tarde se descubrieron por la parte de tierra dos embarcaciones, y presumiendo, no solo yo, sino los que conmigo venían, serían las que á cargo de los capitanes *Juan Bautista* y *Juan Carvallo* habían ido á *Pangasinan* y *Panay* en busca de arroz y de otras cosas que se necesitaban en el presidio de Cavite y lugares de la comarca, aunque me hallaba á su sotavento proseguí con mis bordos sin recelo alguno, porque no había de qué tenerlo.

No dejé de alterarme cuando dentro de breve rato vi venir para mí dos piraguas á todo remo, y fué mi susto en extremo gran-

de, reconociendo en su cercanía ser de enemigos.

Dispuesto á la defensa como mejor pude con mis dos mosquetes y cuatro chuzos, llovían balas de la escopetería de los que en en ella venían sobre nosotros, pero sin abordarnos, y tal vez se respondía con los mosquetes haciendo uno la puntería y dando otro fuego con una ascua, y en el ínterin partíamos las balas con un cuchillo para que habiendo munición duplicada para más tiros fuese más durable nuestra ridícula resistencia.

Llegar casi inmediatamente sobre nosotros las dos embarcaciones grandes que habíamos visto, y de donde habían salido las piraguas y arriar las de gavia pidiendo buen cuartel y entrar más de cincuenta ingleses con alfanges en las manos en mi fragata, todo fué uno.

Hechos señores de la toldilla, mientras á palos nos retiraron á proa, celebraron con mofa y risa la prevención de armas y municiones que en ella hallaron, y fué mucho mayor cuando supieron el que aquella fra-

gata pertenecía al rey, y que habían sacado de sus almacenes aquellas armas. Eran entonces las seis de la tarde del día martes cuatro de Marzo de mil seiscientos y ochenta y siete.





Pónense en compendio los robos y crueldades que hicieron estos piratas en mar y tierra hasta llegar á la América.

§ III

Sabiendo ser yo la persona á cuyo cargo venía la embarcación, cambiándome á la mayor de las suyas me recibió el capitán con fingido agrado. Prometióme á las primeras palabras la libertad si le noticiaba cuáles lugares de las islas eran más ricos, y si podría hallar en ellos gran resistencia. Respondíle no haber salido de Cavite, sino para la provincia de Ilocos, de donde venía, y que así no podia satisfacerle á lo que preguntaba. Instóme si en la isla de *Caponiz* que á distancia de catorce leguas está Noroeste Su-

este con Marivelez podría aliñar sus embarcaciones, y si había gente que se lo estorbase; díjele no haber allí población alguna y que sabía de una bahía donde conseguiría fácilmente lo que deseaba. Era mi intento el que si así lo hiciesen los cogiesen desprevenidos, no solo los naturales de ella, sino los españoles que asisten de presidio en aquella isla, y los apresasen. Como á las diez de la noche surgieron donde les pareció á propósito y en estas y otras preguntas que se me hicieron se pasó la noche.

Antes de levarse pasaron á bordo de la capitana mis veinticinco hombres. Gobernábala un inglés á quien nombraban maestre Bel, tenía ochenta hombres, veinte y cuatro piezas de artillería y ocho pedreros todos de bronce, era dueño de la segunda el capitán Donkin, tenía setenta hombres, veinte piezas de artillería y ocho pedreros, y en una y otra había sobradísimo número de escopetas, alfanges, hachas, arpeos, granadas y ollas llenas de varios ingredientes de olor pestífero.

Jamás alcancé por diligencia que hice el

lugar donde se armaron para salir al mar, sólo sí supe habían pasado al del Sur por el estrecho de *Mayre*, y que imposibilitados de poder robar las costas del *Perú* y *Chile* que era su intento, porque con ocasión de un tiempo que entrándoles con notable vehemencia y tesón por el Leste les duró once días, se apartaron de aquel meridiano más de quinientas leguas, y no siéndoles fácil volver á él, determinaron valerse de lo andado pasando á robar á la India que era más pingüe.

Supe también habían estado en islas Marianas, y que batallando con tiempos desechos y muchos mares, montando los cabos del Engaño y del Boxeador, y habiendo antes apresado algunos juncos y champanes de indios y chinos, llegaron á la boca de Marivelez, á donde dieron conmigo.

Puestas las proas de sus fragatas (llevaban la mía á remolque) para Caponiz comenzaron con pistolas y alfanges en las manos á examinarme de nuevo, y aun á atormentarme; amarráronme á mí y á un compañero mío al arbol mayor, y como no

se les respondía á propósito acerca de los parajes donde podían hallar la plata y oro por que nos preguntaban, echando mano de Francisco de la Cruz, sangley mestizo, mi compañero, con cruelísimos tratos de cuerda que le dieron quedó desmayado en el combes y casi sin vida; metiéronme á mí y á los míos en la bodega, desde donde percibí grandes voces y un trabucazo; pasado un rato y habiéndome hecho salir afuera, vide mucha sangre, y mostrándomela, dijeron ser de uno de los míos á quien habían muerto, y que lo mismo sería de mí si no respondía á propósito de lo que preguntaban; díjeles con humildad que hiciesen de mí lo que les pareciese, porque no tenía que añadir cosa alguna á mis primeras respuestas.

Cuidadoso, desde entonces, de saber quién era de mis compañeros el que habían muerto, hice diligencias por conseguirlo, y hallando cabal el número, me quedé confuso. Supe mucho después era sangre de un perro la que había visto, y no pesó del engaño.

No satisfechos de lo que yo había dicho, repreguntando con cariño á mi contramaestre, de quien por indio jamás se podía prometer cosa que buena fuese, supieron de él haber población y presidio en la isla de Caponiz, que yo había afirmado ser despoblada.

Con esta noticia, y mucho más por haber visto estando ya sobre ella ir por el largo de la costa dos hombres montados, á que se añadía la mentira de que nunca había salido de Cavite sino para Ilocos, y dar razón de la bahía de Caponiz, en que, aunque lo disimularon, me habían cogido, desenvainados los alfanges con muy grandes voces y vituperios dieron en mí.

Jamás me recelé de la muerte con mayor susto que en este instante; pero conmutáronla en tantas patadas y pescozones que descargaron en mí, que me dejaron incapaz de movimiento por muchos días.

Surgieron en parte de donde no podían recelar insulto alguno de los isleños, y dejando en tierra á los indios dueños de un junco, de que se habían apoderado el ante-

cedente día al aciago y triste en que me cogieron, hicieron su derrota á ***Pulicondon***, isla poblada de *Cochinchinas* en la costa de Camboja, donde tomado puerto cambiaron á sus dos fragatas cuanto en la mía se halló, y le pegaron fuego.

Armadas las piraguas con suficientes hombres, fueron á tierra y hallaron los esperaban los moradores de ella sin repugnancia; propusiéronles no querían más que proveerse allí de lo necesario dándoles lado á sus navíos y rescatarles también frutos de la tierra, por lo que les faltaba.

O de miedo, ó por otros motivos que yo no supe, asintieron á ello los pobres bárbaros; recibían ropa de la que traían hurtada, y correspondían con brea, grasa y carne salada de tortugas y con otras cosas.

Debe de ser la falta que hay de abrigo en aquella isla ó el deseo que tienen de lo que en otras partes se hace en extremo mucho, pues les forzaba la desnudez ó curiosidad á cometer la más desvergonzada vileza que jamás ví.

Traían las madres á las hijas y los mis-

mos maridos á sus mujeres, y se las entregaban con la recomendación de hermosas, á los ingleses, por el vilísimo precio de una manta ó equivalente cosa.

Hízoseles tolerable la estada de cuatro meses en aquel paraje con conveniencia tan fea, pero pareciéndoles no vivían mientras no hurtaban, estando sus navíos para navegar se bastimentaron de cuanto pudieron para salir de allí.

Consultaron primero la paga que se les daría á los Pulicondones por el hospedaje, y remitiéndola al mismo día en que saliesen al mar, acometieron aquella madrugada á los que dormían incautos y pasando á cuchillo aun á las que dejaban en cinta y poniendo fuego en lo más del pueblo, tremolando sus banderas y con grande regocijo vinieron á bordo.

No me hallé presente á tan nefanda crueldad; pero con temores de que en algún tiempo pasaría yo por lo mismo, desde la capitana, en que siempre estuve, oí el ruido de la escopetería y ví el incendio.

Si hubieran celebrado esta abominable

victoria agotando frasqueras de aguardiente, como siempre usan, poco importara encomendarla al silencio; pero habiendo intervenido en ello lo que yo vide, ¿cómo pudiera dejar de expresarlo, sino es quedándome dolor y escrúpulo de no decirlo?

Entre los despojos con que vinieron del pueblo y fueron cuanto por sus mujeres y bastimentos les habian dado, estaba un brazo humano de los que perecieron en el incendio; de este cortó cada uno una pequeña presa y alabando el gusto de tan linda carne entre repetidas saludes le dieron fin.

Miraba yo con escándalo y congoja tan bestial accion, y llegándose á mí uno con un pedazo me instó con importunaciones molestas á que lo comiese. A la debida repulsa que yo le hice, me dijo: Que siendo español, y por el consiguiente cobarde, bien podía para igualarlos á ellos en el valor, no ser melindroso. No me instó más por responder á un brindis.

Avistaron la costa de la tierra firme de Camboja al tercero dia, y andando continuamente de un bordo á otro, apresaron un

champan lleno de pimienta; hicieron con los que lo llevaban lo que conmigo, y sacándole la plata y cosas de valor que en él se llevaban sin hacer caso alguno de la pimienta, quitándole timón y velas y abriéndole un rumbo lo dejaron ir al garete para que se perdiese.

Echada la gente de este champan en la tierra firme, y pasándose á la isla despoblada de *Pulinbi*, en donde se hallan cocos y ñame con abundancia, con la seguridad de que no tenía yo ni los míos por dónde huir, nos sacaron de las embarcaciones para colchar un cable. Era la materia de que se hizo bejuco verde, y quedamos casi sin uso de las manos por muchos días por acabarlo en pocos.

Fueron las presas que en este paraje hicieron de mucha monta, aunque no pasaran de tres, y de ellas pertenecía la una al rey de *Siam*, y las otras dos á los portugueses de *Macan* y *Goa*.

Iba en la primera un embajador de aquel rey para el gobernador de Manila, y llevaba para éste un regalo de preseas de mucha es-

tima y muchos frutos y géneros preciosos de aquella tierra.

Era el interés de la segunda mucho mayor, porque se reducía á solos tejidos de seda de la China en extremo ricos, y á cantidad de oro en piezas de filigrana que por vía de Goa se remitía á Europa.

Era la tercera del virey de Goa é iba á cargo de un embajador que enviaba al rey de Siam por este motivo.

Consiguió un *Ginovés* (no se las circunstancias con que vino allí), no solo la privanza con aquel rey, sino el que lo hiciese su lugar-teniente en el principal de sus puertos.

Ensoberbecido éste con tanto cargo, les cortó las manos á dos caballeros portugueses que allí asistian, por leves causas.

Noticiado de ello el virey de Goa enviaba á pedirle satisfacción y aun á solicitar se le entregase el ginovés para castigarle.

A empeño que parece no cabía en la esfera de lo asequible correspondió el regalo que para granjearle la voluntad al rey se le remitía.

Vide y toqué con mis manos *uno* como



torre, ó castillo de vara en alto de puro oro sembrada de diamantes y otras preciosas piedras, y aunque no de tanto valor le igualaban en lo curioso muchas alhajas de plata, cantidad de canfora, ambar y almizcle, sin el resto de lo que para comerciar y vender en aquel reino había en la embarcación.

Desembarazada ésta y las dos primeras de lo que llevaban les dieron fuego, y dejando así á portugueses como á *sianes* y á ocho de los míos en aquella isla sin gente, tiraron la vuelta de las de *Ciantan* habitadas de Malayos, cuya vestimenta no pasa de la cintura, y cuyas armas son crices.

Rescataron de ellos algunas cabras, cocos y aceite de estos para la lantia y otros refrescos, y dándoles un albazo á los pobres bárbaros, después de matar algunos y de robarlos á todos, en demanda de la isla de Tamburlan, viraron á fuera.

Viven en ella Macazares, y sentidos los ingleses de no haber hallado allí lo que en otras partes, poniendo fuego á la población en ocasión que dormian sus habitadores, navegaron á la grande isla de *Borney*, y por

haber barloventeado catorce dias su costa Occidental sin haber pillage, se acercaron al puerto de *Cicudana* en la misma isla.

Hállanse en el territorio de este lugar muchas preciosas piedras, y en especial diamantes de rico fondo, y la cudicia de rescatarlos y poseerlos, no muchos meses antes que allí llegásemos, estimuló á los ingleses que en la India viven, pidiesen al rey de Borney (valiéndose para eso del gobernador que en Cicudana tenía) les permitiese factoría en aquel paraje.

Pusiéronse los piratas á sondar en las piraguas la barra del río, no solo para entrar en él con las embarcaciones mayores, sino para hacerse capaces de aquellos puestos.

Imterrumpióles este ejercicio un champan de los de la tierra, en que se venía de parte de quien la gobernaba á reconocerlos.

Fué su respuesta ser de nación ingleses y que venían cargados de géneros nobles y exquisitos para contratar y rescatarles diamantes.

Como ya antes habían experimentado en los de esta nación amigable trato y vieron

ricas muestras de lo que en los navíos que apresaron en Puliubi, les pusieron luego á la vista, se les facilitó la licencia para comerciar.

Hiciéronle al gobernador un regalo considerable y consiguieron el que por el río subiesen al pueblo (que dista un cuarto de legua de la marina) cuando gustasen.

En tres días que allí estuvimos reconocieron estar indefenso y abierto por todas partes y proponiendo á los Cicudanes no poder detenerse por mucho tiempo, y que así se recogiesen los diamantes en casa del gobernador, donde se haría la feria, dejándonos aprisionados á bordo y con bastante guarda, subiendo al punto de media noche por el río arriba muy bien armados, dieron de improviso en el pueblo, y fué la casa del gobernador la que primero avanzaron.

Saquearon cuantos diamantes y otras piedras preciosas ya estaban juntas, y lo propio consiguieron en otras muchas á que pegaron fuego, como también á algunas embarcaciones que allí se hallaron.

Oíase á bordo el clamor del pueblo y la

escopetería, y fué la mortandad (como blasonaron después), muy considerable.

Cometida muy á su salvo tan execrable traición, trayendo preso al gobernador y á otros principales, se vinieron á bordo con gran presteza, y con la misma se levaron saliendo á fuera.

No hubo pillaje que á este se comparase por lo poco que ocupaba, y su excesivo precio. ¿Quién será el que sepa lo que importaba?

Vídele al capitán Bel tener á granel llena la copa de su sombrero de solos diamantes. Aportamos á la isla de Baturiñan dentro de seis días y dejándola por inútil se dió fondo en la de Pulitiman donde hicieron aguada y tomaron leña, y poniendo en tierra (después de muy maltratados y muertos de hambre) al gobernador y principales de Cicudana, viraron para la costa de Bengala por ser más cursada de embarçaciones, y en pocos días apresaron dos bien grandes de moros negros, cargadas de razos, elefantes, garzas y sarampures, y habiéndolas desvalijado de lo más precioso, les dieron fuego, quitándoles

entonces la vida á muchos de aquellos moros á sangre fría, y dándoles á los que quedaron las pequeñas lanchas que ellos mismos traían para que se fuesen.

Hasta este tiempo no habían encontrado con navío alguno que se les pudiera oponer, y en este paraje, ó por casualidad de la contingencia, ó porque ya se tendría noticia de tan famosos ladrones en algunas partes, de donde creo había ya salido gente para castigarlos, se descubrieron cuatro navíos de guerra bien artillados, y todos de holandeses á lo que parecía.

Estaban estos á Sotavento, y teniéndose de loo los piratas cuanto les fué posible, ayudados de la obscuridad de la noche, mudaron rumbo hasta dar en Pulilaor, y se rehicieron de bastimentos y de agua; pero no teniéndose ya por seguros en parte alguna, y temerosos de perder las nestimables riquezas con que se hallaban, determinaron dejar aquel Archipiélago.

Dudando si desembocarían por el estrecho de *Sunda* ó de *Sincapura*, eligieron éste por más cercano, aunque más prolijo y

dificultoso, desechando el otro, aunque más breve y limpio por más distante, ó lo más cierto, por más frecuentado de los muchos navíos que van y vienen de la nueva *Batavia*, como arriba dije.

Fiándose, pues, en un práctico de aquel estrecho que iba con ellos, ayudándoles la brisa y corrientes cuanto no es decible, con banderas holandesas y bien prevenidas las armas para cualquier acaso, esperando una noche que fuese lóbrega, se entraron por él con desesperada resolución y lo corrieron casi hasta el fin sin encontrar sino una sola embarcación al segundo día.

Era esta una fragata de treinta y tres codos de quilla, cargada de arroz y de una fruta que llaman *Bonga*, y al mismo tiempo de acometerla (por no perder la costumbre de robar, aun cuando huían) dejándola sola los que la llevaban, y eran Malayos, se echaron al mar y de allí salieron á tierra para salvar las vidas.

Alegres de haber hallado embarcación en que poder aliviarse de la mucha carga con que se hallaban, pasaron á ella de cada uno

de sus navíos siete personas con todas armas y diez piezas de artillería con sus pertrechos, y prosiguiendo con su viaje como á las cinco de la tarde de este mismo día desembocaron.

En esta ocasión se desaparecieron cinco de los míos y presumo que valiéndose de la cercanía á la tierra, lograron la libertad con echarse á nado.

A los veinticinco días de navegación avistamos una isla (no sé su nombre) de que por habitada de portugueses, según decian ó presumían, nos apartamos y desde allí se tiró la vuelta de la Nueva Holanda, tierra aun no bastantemente descubierta de los europeos, y poseida, á lo que parece, de gentes bárbaras, y al fin de más de tres meses dimos con ella.

Desembarcados en la costa los que se enviaron á tierra con las piraguas, hallaron rastros antiguos de haber estado gente en aquel paraje, pero siendo allí los vientos contrarios y vehementes y el surgidero malo, solicitando lugar más cómodo, se consiguió en una isla de tierra llana, y hallando no

solo resguardo y abrigo á las embarcaciones, sino un arroyo de agua dulce, mucha tortuga y ninguna gente, se determinaron dar allí carena para volverse á sus casas. Ocupáronse ellos en hacer esto, y yo y los mios en remendarles las velas y en hacer carne.

A cosa de cuatro meses ó poco más, estabamos ya para salir á viaje, y poniendo las proas a la isla de Madagascar, ó de San Lorenzo, con Lestes á popa, llegamos á ella en veintiocho días. Rescatáronse de los negros que la habitan muchas gallinas, cabras y vacas, y noticiados de que un navio inglés mercantil estaba para entrar en aquel puerto a contratar con los negros, determinaron esperarlo y así lo hicieron.

No era esto como yo infería de sus acciones y platicas, sino por ver si lograban el apresarlo; pero reconociendo cuando llegó á surgir que venía muy bien artillado y con bastante gente, hubo de la una á la otra parte repetidas salvas y amistad reciproca.

Diéronles los mercaderes á los piratas aguardiente y vino, y retornáronles éstos

de lo que traían hurtado, con abundancia.

Ya que no por fuerza (que era imposible) no omitía diligencia el capitán Bel para hacerse dueño de aquel navío como pudiese; pero lo que tenía éste de ladrón y de codicioso, tenía el capitán de los mercaderes de vigilante y sagaz, y así sin pasar jamás á bordo nuestro (aunque con grande instancia y con convites que le hicieron, y que él no admitía, lo procuraban) procedió en las acciones con gran recato. No fué menor el que pusieron Bel y Donkin para que no supiesen los mercaderes el ejercicio en que andaban y para conseguirlo con más seguro nos mandaron á mí y á los míos, de quien únicamente se recelaban, el que pena de la vida no hablásemos con ellos palabra alguna y que dijésemos éramos marineros voluntarios suyos y que nos pagaban.

Contravinieron á este mandato dos de mis compañeros hablándole á un portugués que venía con ellos, y mostrándose piadosos en no quitarles la vida luego al instante los condenaron á recibir cuatro azotes de cada uno. Por ser ellos ciento y cincuenta, llega-

ron los azotes á novecientos y fué tal el rebenque y tan violento el impulso con que los daban, que amanecieron muertos los pobres al siguiente día.

Trataron de dejarme á mí y á los pocos compañeros que habían quedado en aquella isla; pero considerando la barbaridad de los negros moros que allí vivían, hincado de rodillas y besándoles los piés con gran rendimiento, después de reconvenirles con lo mucho que les había servido y ofreciéndome á asistirles en su viaje como si fuese esclavo, conseguí el que me llevasen consigo.

Propusiéronme entonces como ya otras veces me lo habían dicho, el que jurase de acompañarlos siempre y me darían armas.

Agradecíles la merced, y haciendo refleja á las obligaciones con que nací, les respondí con afectada humildad el que más me acomodaba á servirlos á ellos que á pelear con otros, por ser grande el temor que les tenía á las balas, tratándome de español cobarde y gallina, y por eso indigno de estar en su compañía, que me honrara y valiera mucho, no me instaron más.

Despedidos de los mercaderes, y bien provisionados de bastimentos salieron en demanda del Cabo de Buena Esperanza en la costa de Africa, y después de dos meses de navegación estando primero cinco días barloventándolo, lo montaron. Desde allí por espacio de mes y medio se costeó un muy extendido pedazo de tierra firme, hasta llegar á una isla que nombran *de piedras*, de donde después de tomar agua y proveerse de leña, con las proas al Oeste y con brisas largas dimos en la costa del Brasil en veinte y cinco días.

En el tiempo de dos semanas en que fuimos al luengo de la costa y sus vueltas disminuyendo altura, en dos ocasiones echaron seis hombres á tierra en una canoa, y habiendo hablado con no sé qué portugueses y comprándoles algún refresco, se pasó adelante hasta llegar finalmente á un río dilatadísimo sobre cuya boca surgieron en cinco brazas, y presumo fué el de las Amazonas, si no me engaño.



Danle libertad los piratas y trae á la memoria lo que toleró en su prisión.

§ IV.

Debo advertir antes de expresar lo que toleré y sufrí de trabajos y penalidades en tantos años el que solo en el condestable *Nicpat* y en *Dick* quartamaestre del capitán *Bel* hallé alguna conmiseración y consuelo en mis contínuas fatigas, así socorriéndome sin que sus compañeros lo viesen en casi extremas necesidades, como en buenas palabras con que me exhortaban á la paciencia. Persuádome á que era el Condestable católico sin duda alguna.

Juntáronse á consejo en este paraje y no se trató otra cosa sino qué se haría de mí y

de siete compañeros míos que habían quedado.

Votaron unos, y fueron los más, que nos degollasen, y otros, no tan crueles, que nos dejasen en tierra. A unos y otros se opusieron el Condestable Nicpat, el Quartamaestre Dick y el capitán Donkin con los de su séquito, afeando acción tan indigna á la generosidad inglesa.

—Bástanos (decia éste) haber degenerado de quienes somos, robando lo mejor del Oriente con circunstancias tan impías. ¿Por ventura no están clamando al cielo tantos inocentes á quienes les llevamos lo que á costa de sudores poseían, á quienes les quitamos la vida? ¿Qué es lo que hizo este pobre español ahora para que la pierda? Habernos servido como un esclavo en agradecimiento de lo que con él se ha hecho desde que lo cogimos. Dejarlo en este río donde juzgo no hay otra cosa sino indios bárbaros, es ingratitud. Degollarlo, como otros decís, es más que impiedad, y porque no dé voces que se oigan por todo el mundo su inocente sangre, yo soy, y los míos, quien los patrocina.

Llegó á tanto la controversia, que estando ya para tomar las armas para decidirla, se convinieron en que me diesen la fragata que apresaron en el estrecho de Syncapura, y con ella la libertad para que dispusiese de mí y de mis compañeros como mejor me estuviese.

Presuponiendo el que á todo ello me hallé presente, póngase en mi lugar quien aquí llegare y discurra de qué tamaño sería el susto y la congoja con que yo estuve.

Desembarazada la fragata que me daban, de cuanto había en ella, y cambiado á las suyas, me obligaron á que agradeciese á cada uno separadamente la libertad y piedad que conmigo usaban, y así lo hice.

Diéronme un astrolabio y agujón, un derrotero holandés, una sola tinaja de agua y dos tercios de arroz; pero al abrazarme al Condestable para despedirse, me avisó cómo me había dejado, á excusas de sus compañeros, alguna sal y tasajos, cuatro barriles de pólvora, muchas balas de artillería, una caja de medicinas y otras diversas cosas.

Intimáronme (haciendo testigos de que lo

oía) el que si otra vez me cogían en aquella costa, sin que otro que Dios lo remediase, me matarían, y que para escusarlo gobernase siempre entre el Oeste y Noroeste donde hallaría españoles que me amparasen, y haciendo que me levase, dándome el buen viaje, ó por mejor decir, mofándome y escarneciéndome, me dejaron ir.

Alabo á cuantos, aun con riesgo de la vida, solicitan la libertad, por ser sola ella la que merece, aun entre animales brutos, la estimación.

Sacónos á mí y á mis compañeros tan no esperada dicha copiosas lágrimas, y juzgo corrían gustosas por nuestros rostros por lo que antes las habíamos tenido reprimidas y ocultas en nuestras penas.

Con un regocijo nunca esperado suele de ordinario embarazarse el discurso, y pareciéndonos sueño lo que pasaba, se necesitó de mucha reflexa para creernos libres.

Fué nuestra acción primera levantar las voces al cielo engrandeciendo á la divina misericordia como mejor pudimos, y con inmediación dimos las gracias á la que en e



mar de tantas borrascas fué nuestra estrella.

Creo hubiera sido imposible mi libertad si continuamente no hubiera ocupado la memoria y afectos en María Santísima de Guadalupe de México, de quien siempre protesto viviré esclavo por lo que le debo.

He traido siempre conmigo un retrato suyo, y temiendo no le profanaran los hereges piratas cuando me apresaron supuesto que entonces quitándonos los rosarios de los cuellos y reprendiéndonos como á impíos y supersticiosos, los arrojaron al mar, como mejor pude se lo quité de la vista, y la vez primera que subí al tope lo escondí allí.

Los nombres de los que consiguieron conmigo la libertad y habian quedado de los veinticinco (porque de ellos en la isla despoblada de Poliubi dejaron ocho, cinco se huyeron en Syncapura, dos murieron de los azotes en *Madagascar*, y otros tres tuvieron la misma suerte en diferentes parages) son *Juan de Casas*, español, natural de la Puebla de los Angeles, en Nueva España, *Juan Pinto* y *Marcos de la Cruz*, indios pangasinán aquel, y éste pampango, Francisco de

la Cruz, y Antonio González, sangleyes; Juan Díaz, Malabar, y Pedro, negro de Mozambique, esclavo mío. A las lágrimas de regocijo por la libertad conseguida se siguieron las que bien pudieran ser de sangre, por los trabajos pasados, los cuales nos representó luego al instante la memoria en este compendio.

A las amenazas con que estando sobre la isla de *Caponiz* nos tomaron la confesión para saber qué navíos y con qué armas estaban para salir de Manila, y cuáles lugares eran más ricos, añidieron dejarnos casi quebrados los dedos de las manos con las llaves de las escopetas y carabinas, y sin atender á la sangre que lo manchaba nos hicieron hacer ovillos del algodón que venía en greña para cocer velas; continuose este ejercicio siempre que fué necesario en todo el viaje siendo distribución de todos los días, sin dispensa alguna, baldear y barrer por dentro y fuera las embarcaciones.

Era también común á todos nosotros limpiar los alfanges, cañones y llaves de carabinas con tiestos de lozas de China, molidos



cada tercero día; hacer meollar, colchar cables, faulas y contrabrasas, hacer también cagetas, embergues y mojeles.

Añadíase á esto ir al timón y pilar el arroz que de contínuo comían, habiendo precedido el remojarlo para hacerlo harina y hubo ocasión en que á cada uno se nos dieron once costales de á dos arrobas por tarea de un solo día con pena de azotes (que muchas veces toleramos) si se faltaba á ello.

Jamás en las turbonadas que en tan prolija navegación experimentamos, aferraron velas, nosotros éramos los que lo hacíamos, siendo el galardón ordinario de tanto riesgo crueles azotes; ó por no ejecutarlo con toda priesa, ó porque las velas, como en semejantes frangentes sucede, solían romperse.

El sustento que se nos daba para que no nos faltasen las fuerzas en tan continuo trabajo, se reducía á una ganta (que viene á ser un almud) de arroz, que se sancochaba como se podía; valiéndonos de agua de la mar en vez de la sal que le sobraba, y que jamás nos dieron; menos de un cuartillo de agua se repartía á cada uno para cada día.

Carne, vino, aguardiente, bonga, ni otra alguna de las muchas miniestras que traían llegó á nuestras bocas, y teniendo cocos en grande copia nos arrojaban solo las cáscaras para hacer bonote, que es limpiarlas y dejarlas como estopa para calafetear, y cuando por estar surgidos los tenían frescos, les bebian el agua y los arrojaban al mar.

Diéronnos en el último año de nuestra prisión el cargo de la cocina y no solo contaban los pedazos de carne que nos entregaban, sino que también los medían para que nada comiésemos.

¡Notable crueldad y miseria es esta! pero no tiene comparación á la que se sigue. Ocupáronnos también en hacerles calzado de lona y en coserles camisas y calzoncillos, y para ello se nos daban contadas y medidas las hebras de hilo, y si por echar tal vez menudos los pespuntes, como querían, faltaba alguna correspondian á cada una que se añadía veinticinco azotes.

Tuve yo otro trabajo de que se privilegiaron mis compañeros, y fue haberme obligado á ser barbero, y en este ejercicio me ocu-

paban todos los sábados sin descansar ni un breve rato, siguiéndosele á cada descuido de la navaja, y de ordinario eran muchos, por no saber científicamente su manejo, bofetadas crueles y muchos palos.

Todo cuanto aquí se ha dicho sucedía á bordo, porque solo en Puliubi, y en la isla despoblada de la Nueva Holanda para hacer agua y leña y para colchar un cable de bejuco nos desembarcaron.

Si quisiera especificar particulares sucesos me dilatara mucho, y con individuar uno ú otro se discurrirán los que callo.

Era para nosotros el día del lunes el más temido, porque haciendo un círculo de bejuco en torno de la mesana, y amarrándonos á él las manos siniestras, nos ponían en las derechas unos rebenques, y habiéndonos desnudado nos obligaban con puñales y pistolas á los pechos á que unos á otros nos azotásemos.

Era igual la vergüenza y el dolor que en ello teníamos al regocijo y aplauso con que lo festejaban.

No pudiendo asistir mi compañero Juan

de Casas á la distribución del contínuo trabajo que nos rendía, atribuyéndolo el capitán Bel á la que llamaba flojera, dijo que él lo curaría, y por modo fácil (perdóneme la decencia y el respeto que se debe á quien esto lee que lo refiera) redújose éste á hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán, teniéndole puesto un cuchillo al cuello para acelerarle la muerte si le repugnase, y como á tan no oída medicina se siguiesen grandes vómitos que le causó el asco, y con que accidentalmente recuperó la salud, desde luego nos la recetó, con aplauso de todos, para cuando por nuestras desdichas adoleciésemos.

Sufría yo todas estas cosas, porque por el amor que tenía á mi vida no podía más, y advirtiendo había días enteros que los pasaban borrachos, sentía no tener bastantes compañeros de quien valerme para matarlos y alzándome con la fragata irme á Manila; pero también puede ser que no me fiara de ellos aunque los tuviera por no haber otro español entre ellos sino Juan de Casas.

Un día que más que otro me embarazaba

las acciones este pensamiento, llegándose á mí uno de los ingleses que se llamaba Cornelio, y gastando larga prosa para encargarme el secreto, me propuso si tendría valor para ayudarle con los míos á sublevarse.

Respondíle con gran recato; pero asegurándome tenía ya convencidos á algunos de los suyos (cuyos nombres dijo) para lo propio, consiguió de mí el que no le faltaría llegado el caso, pero pactando primero lo que para mi seguro me pareció convenir.

No fué esta tentativa de Cornelio, sino realidad, y de hecho había algunos que se lo aplaudiesen, pero por motivos que yo no supe desistió de ello.

Persuádome á que él fué sin duda quien dió noticia al Capitán Bel, de que yo y los mios lo querían matar, porque comenzaron á vivir de allí en adelante con más vigilancia abocando dos piezas cargadas de munición hacia la proa donde siempre estábamos, y procediendo con gran cautela.

No dejó de darme toda esta prevención de cosas grande cuidado, y preguntándole al condestable Nicpat, mi patrocinador, lo que lo

causaba, no me respondió otra cosa sino que mirásemos yo y los mios cómo dormíamos.

Maldiciendo yo entonces la hora en que me habló Cornelio, me previne como mejor pude para la muerte. A la noche de este día amarrándome fuertemente contra la mesana, comenzaron á atormentarme para que confesase lo que acerca de querer alzarme con el navío tenía dispuesto.

Negué con la mayor constancia que pude y creo que á persuasiones del condestable me dejaron solo: llegóse éste entonces á mí, y asegurándome el que de ninguna manera peligraría si me fiase dél, después de referirle enteramente lo que me había pasado, desamarrándome me llevó al camarote del capitan.

Hincado de rodillas en su presencia, dije lo que Cornelio me había propuesto.

Espantado el capitan Bel con esta noticia, haciendo primero el que en ella me ratificase con juramento, con amenaza de castigarme por no haberle dado cuenta de ello inmediatamente, me hizo cargo de traidor y de sedicioso.

Yo con ruegos y lágrimas y el condestable Nicpat con reverencias y súplicas, conseguimos que me absolviese, pero fué imponiéndome con pena de la vida que guardase el secreto.

No pasaron muchos días sin que de Cornelio y sus secuaces echasen mano, y fueron tales los azotes con que los castigaron que yo aseguro el que jamás se olviden de ellos mientras vivieren, y con la misma pena y otras mayores se les mandó el que ni conmigo ni con los míos se entrometiesen; prueba de la bondad de los azotes sea el que uno de los pacientes que se llamaba Enrique, recogió cuanto en plata, oro y diamantes le había cabido, y quizás receloso de otro castigo se quedó en la isla de San Lorenzo sin que valiesen cuantas diligencias hizo el capitan Bel para recobrarlo.

Hilación es, y necesaria, de cuanto aquí se ha dicho, poder competir estos piratas en crueldad y abominaciones á cuantos en la primera plana de este ejercicio tienen sus nombres, pero creo el que no hubieran sido tan malos como para nosotros lo fueron, si no

estuviera con ellos un español que se preciaba de sevillano y se llamaba Miguel.

No hubo trabajo intolerable en que nos pusiesen, no hubo ocasión alguna en que nos maltratasen, no hubo hambre que padeciésemos, ni riesgo de la vida en que peligrásemos, que no viniese por su mano y su dirección haciendo gala de mostrarse impío y abandonando lo católico en que nació por vivir pirata y morir hereje.

Acompañaba á los ingleses, y esto era para mí y para los mios lo más sensible, cuando se ponían de fiesta, que eran las Pascuas de Navidad, y los domingos del año, leyendo ó rezando lo que ellos en sus propios libros.

Alúmbrele Dios el entendimiento, para que enmendando su vida consiga el perdón de sus iniquidades.



Navega Alonso Ramírez y sus compañeros sin saber dónde estaban ni la parte á que iban; dícense los trabajos y sustos que padecieron hasta varar tierra.

---

§ V.

Basta de estos trabajos, que aun para leídos son muchos, por pasar á otros de diversa especie.

No sabía yo ni mis compañeros el paraje en que nos hallábamos ni el término que tendría nuestro viaje, porque ni entendía el derrotero holandés ni teníamos carta que entre tantas confusiones nos sirviera de algo, y para todos era aquella la vez primera que allí nos víamos.

En estas dudas, haciendo reflexa á la sentencia que nos habían dado de muerte si

segunda vez nos aprisionaban, cogiendo la vuelta del Oeste me hice á la mar.

A los seis días sin haber mudado la derrota, avistamos tierra que parecía firme por lo tendido y alta y poniendo la proa al Oes noroeste me hallé el día siguiente á la madrugada sobre tres islas de poca ambitu.

Acompañado de Juan de Casas en un cayuco pequeño que en la fragata había, salí á una de ellas, donde se hallaron pájaros, tabones y bobos, y trayendo grandísima cantidad de ellos para cenizarlos, me vine á bordo.

Arrimándonos á la costa proseguimos por el largo de ella, y á los diez días se descubrió una (1) isla y al parecer grande; eran entonces las seis de la mañana, y á la misma hora se nos dejó ver una armada de hasta veinte velas de varios portes y echando bandera inglesa me llamaron, con una pieza.

Dudando si llegaría discurrí el que viendo á mi bordo cosas de ingleses quizás no me

---

(1) La Trinidad,

creerían la relación que les diese, sino que presumirían había yo muerto á los dueños de la fragata y que andaba fugitivo por aquellos mares, y aunque con turbonada, que empezó á entrar, juzgando me la enviaba Dios para mi escape, largué las velas de gavia y con el aparejo siempre en la mano, (cosa que no se atrevió á hacer ninguna de las naos inglesas) escapé con la proa al Norte caminando todo aquel día y noche sin mudar derrota.

Al siguiente volví la vuelta del Oeste á proseguir mi camino, y al otro por la parte del Leste tomé una (1) isla.

Estando ya sobre ella se nos acercó una canoa con seis hombres á reconocernos y apenas supieron de nosotros ser españoles y nosotros de ellos que eran ingleses, cuando corriendo por nuestros cuerpos un sudor frío, determinamos morir primero de hambre entre las olas que no exponernos otra vez á tolerar impiedades.

Dijeron que si queríamos comerciar ha-

(1) El Barbado.

llaríamos allí azucar, tinta, tabaco y otros buenos géneros.

Respondíles que eso queríamos, y atribuyendo á que era tarde para poder entrar, con el pretexto de estarme á la capa aquella noche y con asegurarles también el que tomaríamos puerto al siguiente día, se despidieron y poniendo luego al instante la proa al Leste me salí á la mar.

Ignorantes de aquellos parajes, y persuadidos á que no hallaríamos sino ingleses donde llegásemos, no cabía en mí ni en mis compañeros consuelo alguno, y más viendo que el bastimento se iba acabando, y que si no fuera por algunos aguaceros en que cogimos alguna, absolutamente nos faltara el agua.

Al Leste, como dije, y al Lesnordeste corrí tres días y después cambié la proa al Noroeste, y gobernando á esta parte seis días continuos llegué á una isla alta y grande y acercándome por una punta que tiene al Leste á reconocerla, salió de ella una lancha con siete hombres para nosotros.

Sabiendo de mí ser español y que busca-

ba agua y leña y algún bastimento, me dijeron ser aquella la isla de Guadalupe, donde vivían franceses y que con licencia del gobernador (que daría sin repugnancia) podría provisionarme en ella de cuanto necesitase y que si también quería negociación no faltaría forma, como no les faltaba á algunos que allí llegaban.

Dije que sí entraría pero que no sabía por dónde por no tener carta ni práctico que me guiase y que me dijesen en qué parte del mundo nos hallábamos.

Hízoles notable fuerza el oirme esto, é instándome que de dónde había salido y para qué parte, arrepentido inmediatamente de la pregunta, sin responderles á propósito, me despedí.

No se espante quien esto leyere, de la ignorancia en que estábamos de aquellas islas porque habiendo salido de mi patria de tan poca edad, nunca supe (ni cuidé de ello después) qué islas son circunvecinas y cuáles sus nombres; menos razón había para que Juan de Casas, siendo natural de la Puebla, en lo mediterráneo de la Nueva España, supiese

de ellas, y con más razón militaba lo propio en los compañeros restantes, siendo todos originarios de la India oriental donde no tienen necesidad de noticia que les importe de aquellos mares; pero no obstante, bien presumía yo el que era parte de la América en la que nos hallábamos.

Antes de apartarme de allí les propuse á mis compañeros el que me parecía imposible tolerar más, porque ya para los contínuos trabajos en que nos víamos nos faltaban fuerzas, con circunstancia de que los bastimentos eran muy pocos, y que pues los franceses eran católicos, surgiésemos á merced suya, en aquella isla, persuadidos que haciéndoles relación de nuestros infortunios les obligaría la piedad cristiana á patrocinarnos.

Opusiéronse á este dictamen mío con grande esfuerzo, siendo el motivo el que á ellos por su color, y por no ser españoles, los harían esclavos y que les sería menos sensible el que yo con mis manos los echase al mar, que ponerse en las de extranjeros para experimentar sus rigores.

Por no contristarlos, sintiendo más sus desconsuelos que los míos, mareé la vuelta del Norte todo el día, y el siguiente al Nornordeste, y por esta derrota á los tres días dí vista á una (1) isla, y de allí, habiéndola montado por la banda del Sur, y dejando (2) otra por la babor, después de dos días que fuimos al Noroeste y al Oesnoroeste me hallé cercado de islotes entre dos grandes (3) islas.

Costóme notable cuidado salir de aquí por el mucho mar y viento que hacía y corriendo con sólo el trinquete para el Oeste, después de tres días descubrí una isla (4) grandísima, alta y montuosa; pero habiendo amanecido cosa de seis leguas sotaventando de ella para la parte del Sur, nunca me dió lugar el tiempo para cogerla, aunque guiñé al Noroeste.

Gastados poco más de otros tres días sin

---

(1) La Barbada.
(2) La Antigua.
(3) San Bartolomé y San Martín.
(4) La Española.

rematarla, reconocidos (1) dos islotes eché al Sudoeste, y después de un día sin notar cosa alguna ni avistar tierra, para grangear lo perdido volví al Noroeste.

Al segundo día de esta derrota, descubrí y me acerqué á una isla (2) grande; vide en ella, á cuanto permitió la distancia, un puerto (3) con algunos cayuelos fuera y muchas embarcaciones adentro.

Apenas vide que salían de entre ellas dos balandras con bandera inglesa para reconoçerme, cargando todo el paño me atravesé á esperarlas, pero por esta acción ó por otro motivo que ellos tendrían, no atreviéndose á llegar cerca, se retiraron al puerto. Proseguí mi camino, y para montar una punta que salía por la proa goberné al Sur, y montada muy para afuera volví al Oeste y al Oesnoroeste, hasta que á los dos días y medio llegué á una isla (4) como de cinco ó

(1) Beata y Altobelo.
(2) Xamaica.
(3) Puerto Real.
(4) Cayman grande.



seis leguas de largo, pero de poca altura, de donde salió para mí una balandra con bandera inglesa.

A punto cargué el paño y me atravesé, pero después de haberme cogido el barlovento, reconociéndome por la popa, y muy despacio se volvió á la isla.

Llaméla disparando una pieza sin bala, pero no hizo caso. No haber llegado á esta isla, ni arrojádome al puerto de la antecedente era á instancias y lágrimas de mis compañeros, á quienes apenas vían cosa que tocase á inglés cuando al instante les faltaba el espíritu y se quedaban como azogados por largo rato.

Despechado entonces de mí mismo y determinado á no hacer caso en lo venidero de sus sollozos, supuesto que no comíamos sino lo que pescábamos, y la provisión de agua era tan poca que se reducía á un barril pequeño y á dos tinajas, deseando dar en cualquiera tierra para (aunque fuese poblada de ingleses) varar en ella, navegué ocho días al Oeste y al Oesudueste, y á las ocho de la mañana de aquel en que á nuestra in-

fructuosa y vaga navegación se le puso término (por estar ya casi sobre él), reconocí un muy prolongado bajo de arena y piedra, no manifestando el susto que me causó su vista, orillándome á él como mejor se pudo, por una quebrada que hacía, lo atravesé, sin que hasta las cinco de la tarde se descubriese tierra.

Viendo su cercanía, que por ser en extremo baja, y no haberla por eso divisado, era ya mucha, antes que se llegase la noche hice subir al tope por si se descubría otro bajo de que guardarnos y manteniéndome á bordos lo que quedó del día, poco después de anochecer dí fondo en cuatro brazas, y sobre piedras.

Fue esto con solo un anclote por no haber más, y con un pedazo de cable de cáñamo de hasta diez brazas ajustado á otro de bejuco (y fué el que colchamos en Poliubí) que tenía sesenta, y por ser el anclote (mejor lo llamara rezón) tan pequeño que solo podría servir para una chata, lo ayudé con una pieza de artillería entalingada con un cable de guamutil de cincuenta brazas.

Crecía el viento al peso de la noche y con gran pujunza y por esto y por las piedras del fondo poco después de las cinco de la mañana se rompieron los cables.

Viéndome perdido mareé todo el paño luego al instante, por ver si podía montar una punta que tenía á la vista; pero era la corrientetan en extremo furiosa, que no nos dió lugar ni tiempo para poder orzar, con que arribando más y más y sin resistencia, quedamos barados entre mucaras en la misma punta.

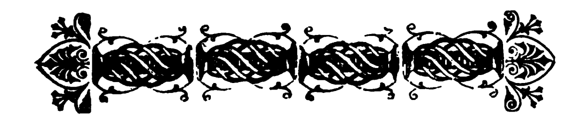
Era tanta la mar y los golpes que daba el navío tan expantosos, que no sólo á mis compañeros, sino aun á mí que ansiosamente deseaba aquel suceso para salir á tierra, me dejó confuso, y más hallándome sin lancha para escaparlos.

Quebrábanse las olas, no sólo en la punta sobre que estábamos, sino en lo que se vía de la costa con grandes golpes, y á cada uno de los que á correspondencia daba el navío, pensábamos que se abría y nos tragaba el abismo.

Considerando el peligro en la dilación,

haciendo fervorosos actos de contricción y queriendo merecerle á Dios su misericordia sacrificándole mi vida por la de aqullos pobres, ciñéndome un cabo delgado para que lo fuesen largando, me arrojé al agua.

Quiso concederme su piedad el que llegase á tierra donde lo hice firme, y sirviendo de andaribél á los que no sabían nadar, convencidos de no ser tan dificil el tránsito como se lo pintaba el miedo, conseguí el que (no sin peligro manifiesto de ahogarse dos) á más de media tarde estuviesen salvos.



Sed, hambre, enfermedades, muertes con que fueron atribulados en esta costa: hallan inopinadamente gente católica y saben estar en tierra firme de Yucatan en la Septemtrional América.

§ VI

Tendría de ámbito la peña que terminaba esta punta como doscientos pasos y por todas partes la cercaba el mar, y aun tal vez por la violencia con que la hería se derramaba por toda ella con grande ímpetu.

No tenía arbol ni cosa alguna á cuyo abrigo pudiésemos repararnos contra el viento, que soplaba vehementísimo y destemplado; pero haciéndole á Dios nuestro Señor repetidas súplicas y promesas, y persuadidos á que estábamos en parte donde jamás saldríamos, se pasó la noche.

Perseveró el viento, y por el consiguiente no se sosegó el mar hasta de allí á tres días; pero no obstante, después de haber amanecido, reconociendo su cercanía nos cambiamos á tierra firme, que distaría de nosotros como cien pasos, y no pasaba de la cintura el agua donde más hondo.

Estando todos muertos de sed y no habiendo agua dulce en cuanto se pudo reconocer en algún espacio, posponiendo mi riesgo al alivio y conveniencia de aquellos míseros, determiné ir á bordo, y encomendándome con todo afecto á María Santísima de Guadalupe, me arrojé al mar y llegué al navío, de donde saqué un hacha para cortar y cuanto me pareció necesario para hacer fuego.

Hice segundo viaje, y á empellones, ó por mejor decir, milagrosamente, puse un barrilete de agua en la misma playa, y no atreviéndome aquel día á tercer viaje, después que apagamos todos nuestra ardiente sed, hice que comenzasen los más fuertes á destrozar palmas de las muchas que allí había.

para comer los cogollos, y encendiendo candela se pasó la noche.

Halláronse el día siguiente unos charcos de agua (aunque algo salobre) entre aquellas palmas, y mientras se congratulaban los compañeros por este hallazgo, acompañándome Juan de Casas, pasé al navío, de donde en el Cuyuco que allí traíamos (siempre con riesgo por el mucho mar y la vehemencia del viento) sacamos á tierra el velacho, las dos velas del trinquete y gavia y pedazos de otras.

Sacamos también escopetas, pólvora y municiones y cuanto nos pareció por entonces más necesario para cualquier accidente.

Dispuesta una barraca en que cómodamente cabíamos todos, no sabiendo á qué parte de la costa se había de caminar para buscar gente, elegí sin motívo especial la que corre al Sur. Yendo conmigo Juan de Casas, y después de haber caminado aquel día como cuatro leguas matamos dos puercos monteses y escrupulizando el que se perdiese aquella carne en tanta nesesidad, car-

gamos con ellos para que los lograsen los compañeros.

Repetimos lo andado á la mañana siguiente hasta llegar á un rio de agua salada, cuya ancha y profunda boca nos atajó los pasos, y aunque por haber descubierto unos ranchos antiquísimos hechos de paja, estábamos persuadidos á que dentro de breve se hallaria gente, con la imposibilidad de pasar adelante, despues de cuatro dias de trabajo nos volvimos tristes.

Hallé á los compañeros con mucho mayores aflicciones, que las que yo traia, porque los charcos de donde se proveian de agua se iban secando, y todos estaban tan hinchados que parecian hidrópicos.

Al segundo dia de mi llegada se acabó el agua, y aunque por el término de cinco se hicieron cuantas diligencias nos dictó la necesidad para conseguirla, excedia á la de la mar en la amargura la que se hallaba.

A la noche del quinto dia, postrados todos en tierra, y mas con los afectos que con las voces, por sernos imposible el articularlas, le pedimos á la Santísima Virgen de

Guadalupe el que pues era fuente de aguas vivas para sus devotos compadeciéndose de lo que ya casi agonizábamos con la muerte, nos socorriese como á hijos, protestando no apartar jamás de nuestra memoria, para agradecérselo, beneficio tanto. Bien sabeis, madre y señora mía amantísima el que así pasó.

Antes que se acabase la súplica, viniendo por el Sueste la turbonada, cayó un aguacero tan copioso sobre nosotros, que refrigerando los cuerpos y dejándonos en el cayuco y en cuantas vasijas allí teníamos provisión bastante, nos dió las vidas.

Era aquel sitio, no sólo estéril y falto de agua, sino muy enfermo, y aunque así lo reconocían los compañeros, temiendo morir en el camino, no había modo de convencerlos para que lo dejásemos; pero quiso Dios que lo que no recabaron mis súplicas, lo consiguieron los mosquistos (que también allí había) con su molestia y ellos eran, sin duda alguna, los que en parte les habían causado las hinchazones que he dicho con sus picadas.

Treinta días se pasaron en aquel puesto comiendo chachalacas, palmitos y algún marisco, y antes de salir de él por no omitir diligencia pasé al navío que hasta entonces no se había escalimado, y cargando con bala toda la artillería la disparé dos veces.

Fué mi intento el que si acaso había gente la tierra adentro podía ser que les moviese el estruendo á saber la causa, y que acudiendo allí se acabasen nuestros trabajos con su venida.

Con esta esperanza me mantuve hasta el siguiente día en cuya noche (no sé cómo) tomando fuego un cartucho de á diez que tenía en la mano, no sólo me la abrasó, sino que me maltrató un muslo, parte del pecho, toda la cara y me voló el cabello.

Curado como mejor se pudo con ungüento blanco, que en la caja de medicina que me dejó el condestable se había hallado, y á la subsecuente mañana, dándoles á los compañeros el aliento, de que yo más que ellos necesitaba, salí de allí.

Quedóse (ojalá la pudiéramos haber traído con nosotros, aunque fuera acuestas, por



lo que adelante diré), quedóse, dígo, la fragata, que en pago de lo mucho que yo y los míos servimos á los ingleses nos dieron graciosamente.

Era (y no sé si todavía lo es) de treinta y tres codos de quilla y con tres aforros, los palos y vergas de excelentísimo pino, la fábrica toda de lindo galibo, y tanto, que corría ochenta leguas por singladura con viento fresco; quedáronse en ella y en las playas nueve piezas de artillería de hierro con más de dos mil balas de a cuatro, de á seis y de á diez, y todas de plomo, cien quintales, por lo menos, de este metal, cincuenta barras de estaño, sesenta arrobas de hierro, ochenta barras de cobre del Japón, muchas tinajas de la China, siete colmillos de elefante, tres barriles de pólvora, cuarenta cañones de escopetas, diez llaves, una caja de medicinas y muchas herramientas de cirujano.

Bien provisionados de pólvora y municiones y no otra cosa, y cada uno de nosotros con escopeta, comenzamos á caminar por la misma marina la vuelta del Norte, pero con mucho espacio por la debilidad y

flaqueza de los compañeros, y en llegar á un arroyo de agua dulce, pero bermeja, que distaria del primer sitio menos de cuatro leguas, se pasaron dos días.

La consideración de que á este paso sólo podíamos acercarnos á la muerte, y con mucha priesa me obligó á que, valiéndome de las más suaves palabras que me dictó el cariño, les propusiese el que pues ya no les podía faltar el agua, y como víamos acudía allí mucha volatería que les aseguraba el sustento, tuviesen á bien el que, acompañado de Juan de Casas, me adelantase hasta hallar poblado, de donde protestaba volvería cargado de refresco para sacarlos de allí.

Respondiéronme á esta proposición con tan lastimeras voces y copiosas lágrimas, que me las sacaron de lo más tierno del corazón en mayor raudal.

Abrazándose de mí, me pedían con mil amores y ternuras que no les desamparase, y que, pareciendo imposible en lo natural poder vivir el más robusto ni aun cuatro días, siendo la demora tan corta, quisiese,

como padre que era de todos, darles mi bendición en sus postreras boqueadas y que después prosiguiese, muy enhorabuena, á buscar el descanso que á ellos les negaba su infelicidad y desventura en tan extraños climas.

Convenciéronme sus lágrimas á que así lo hieciese; pero pasados seis días sin que mejorasen, reconociendo el que yo me iba hinchando, y que mi falta les aceleraría la muerte, temiendo, ante todas cosas la mía, conseguí el que aunque fuese muy poco á poco se prosiguiese el viaje.

Iba yo y Juan de Casas descubriendo lo que habían de caminar los que me seguían, y era el último, como más enfermo Francisco de la Cruz, sangley, á quien desde el trato de cuerda que le dieron los ingleses antes de llegar á Caponiz, le sobrevinieron mil males, siendo el que ahora le quitó la vida dos hinchazones en los pechos y otra en el medio de las espaldas que le llegaba al cerebro.

Habiendo caminado como una legua hicimos alto, y siendo la llegada de cada uno

según sus fuerzas; á más de las nueve de la noche no estaban juntos, porque este Francisco de la Cruz aún no había llegado.

En espera suya se pasó la noche, y dándole orden á Juan de Casas quc prosiguiera el camino antes que amaneciese, volví en su busca; hallelo á cosa de media legua, ya casi boqueando, pero en su sentido.

Deshecho en lágrimas, y con mal articuladas razones, porque me las embargaba el sentimiento, le dije lo que para que muriese conformándose con la voluntad de Dios y en gracia suya me pareció á propósito y poco antes del medio día rindió el espíritu.

Pasadas como dos horas hice un profundo hoyo en la misma arena, y pidiéndole á la divina majestad el descanso de su alma lo sepulté, y levantando una cruz (hecha de dos toscos maderos) en aquel lugar, me volví á los míos.

Hallélos alojados delante de donde habían salido como otra legua, y á Antonio González, el otro Sangley, casi moribundo, y no habiendo regalo que poder hacerle ni medicina alguna con qué esforzarlo, estándolo

consolando, ó de triste, ó de cansado, me quedé dormido, y dispertándome el cuidado á muy breve rato, lo hallé difunto.

Dímosle sepultura entre todos el siguiente día, y tomando por asunto una y otra muerte, los exhorté á que caminásemos cuanto más pudiésemos, parsuadidos á que así sólo se salvarían las vidas.

Anduviéronse aquel día como tres leguas y en los tres siguientes se grangearon quince y fué la causa que con el ejercicio del caminar al paso que se sudaba se revolvían las hinchazones y se nos aumentaban las fuerzas.

Hallóse aquí un río de agua salada muy poco ancho y en extremo hondo, y aunque retardó por todo un día un manglar muy espeso el llegar á él, reconocido después de sondarlo faltarle vado, con palmas que se cortaron, se le hizo puente y se fué adelante, sin que el hallarme en esta ocasión con calentura me fuese estorbo.

Al segundo día que allí salimos, yendo yo y Juan de Casas precediendo á todos, atravesó por él camino que llevábamos un dis-

forme oso, y no obstante el haberlo herido con la escopeta se vino para mi y auuque me defendía yo con el mocho como mejor podía, siendo pocas mis fuerzas y las suyas muchas, á no acudir á ayudarme mi compañero, me hubiera muerto; dejámoslo allí tendido, y se pasó de largo.

Después de cinco días de este suceso llegamos á una punta de piedra, de donde me parecía imposible pasar con vida por lo mucho que me había postrado la calentura, y ya entonces estaban notablemente recobrados todos, ó por mejor decir, con salud perfecta.

Hecha mansión, y mientras entraban en el monte adentro á buscar comida, me recogi á un rancho, que con una manta que llevábamos, al abrigo de una peña me habían hecho, y quedó en guarda mi esclavo Pedro.

Entre las muchas imaginaciones que me ofreció el desconsuelo, en esta ocasión fué la más molesta el que sin duda estaba en las costas de la Florida en la América, y que siendo cruelísimos en extremo sus habitadores, por último habíamos de reunir las vidas en sus sangrientas manos.



Interrumpióme estos dis
cho con grandes gritos, dic
cubría gente por la costa
nuda.

Levantéme asustado, y t
no la escopeta me salí fu
de la peña á cuyo abrigo
dos hombres desnudos c
ñas á las espaldas, y hacier
la cabeza como quien busc
só de que viniesen sin arm
á tiro mío les salí al encu

Turbados ellos mucho m
ción que lo que yo lo esta
verme que arrodillarse, y p
comenzaron á dar voces c
pedir cuartel.

Arrojé yo la escopeta,
ellos los abracé, y respondí
guntas que inmediatamen
ronme que eran católicos y
do á su amo que venía a
Juan Gonzalez, y era veci
Tejosuco, andaban por aq
cando ambar, dijeron tan

aquella costa la que llamaban de Bacalal en la provincia de Yucatan.

Siguiose á estas noticias tan en extremo alegres y más en ocasión en que la vehemencia de mi tristeza me ideaba muerto entre gentes bárbaras el darle á Dios y á su santísima Madre repetidas gracias, y disparando tres veces, que era contraseña para que acudiesen los compañeros, con su venida, que fué inmediata y acelerada, fué común entre todos el regocijo.

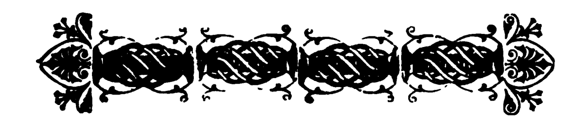
No satisfechos de nosotros los Yucatecos, dudando si seríamos de los piratas ingleses y franceses que por allí discurren, sacaron de lo que llevaban en sus mochilas para que comiésemos, y dándoles no tanto por retorno, cuanto porque depusiesen el miedo que en ellos causaban dos de nuestras escopetas, no las quisieron.

A lo que más nos instó su amo porque veía seguirlo á sus indios con pasos lentos, y reconociendo el que quería volver aceleradamente atrás para meterse en lo más espeso del monte, de donde no sería fácil el que lo hallásemos, quedando en rehenes uno de

sus dos indios fué el otro á persuasiones y súplicas nuestras á asegurarlo.

Después de una larga plática que entre sí tuvieron, vino, aunque con sobresalto y recelo, según por el rostro se le advertía, y en sus palabras se denotaba, á nuestra presencia; y hablándole yo con grande venebolencia y cariño, y haciéndole una relación pequeña de mis trabajos grandes, entregándole todas nuestras armas para que depusiese el miedo con que lo víamos, conseguí el que se quedase con nosotros aquella noche, para salir á la mañana siguiente donde quisiese llevarnos.

Díjonos, entre varias cosas que se parlaron, le agradeciésemos á Dios por merced muy suya, el que no me hubiesen visto sus indios primero, y á largo trecho, porque si teniéndonos por piratas se retiraran al monte para guarecerse en su espesura, jamás saldríamos de aquel parage inculto y solitario, porque nos faltaba embarcación para conseguirlo.



Pasan á Teiosuco, de allí á Valladolid, donde experimentan molestias; llegan á Mérida; vuelve Alonso Ramírez á Valladolid, y son aquellas mayores. Causa porque vino a México y lo que de ello resulta.

—

§ VII

Si á otros ha muerto un no esperado júbilo, á mí me quitó la calentura el que ya se puede discurrir si sería grande; libre pues de ella salimos de allí cuando rompía el día, y después de haber andado por la playa de la ensenada una legua, llegamos á un puertecillo donde tenían barada una canoa que habían pasado; entramos en ella, y quejándonos todos de mucha sed, haciéndonos desembarcar en una pequeña isla de las muchas que allí se hacen, á que viraron luego, ha-

llamos un edificio, al parecer antiquísimo, compuesto de solas cuatro paredes, y en el medio de cada una de ellas una pequeña puerta, y á correspondencia otra, en el medio, de mayor altura (sería la de las paredes de afuera como tres estados).

Vímos también allí cerca unos pozos hechos á mano y llenos llenos de excelente agua. Después que bebimos hasta quedar satisfechos, admirados de que en un islote que boxeaba doscientos pasos, se hallase agua, y con las circunstancias del edificio que tengo dicho, supe el que no solo éste, sino otros que se hallan en partes de aquella provincia, y mucho mayores, fueron fábrica de gentes que muchos siglos antes que la conquistaran los españoles vinieron á ella.

Prosiguiendo nuestro viaje, á cosa de las nueve del día se divisó una canoa de mucho porte. Asegurándonos la vela que traian (que se reconoció ser de petate ó estera que todo es uno), no ser piratas ingleses como se presumió, me propuso Juan González el que les embistiésemos y los apresásemos.

Era el motivo que para cohonestarlo se le

ofreció el que eran indios gentiles de la Sierra los que en ella iban, y que llevándolos al cura de su pueblo para que los catequizase, como cada día lo hacía con otros, le haríamos con ello un estimable obsequio, á que se añadía el que habiendo traído bastimentos para solos tres, siendo ya nueve los que allí ya íbamos, y muchos los días que sin esperanza de hallar comida habíamos de consumir para llegar á poblado, podíamos y aun debíamos valernos de los que sin duda llevaban los indios.

Parecióme conforme á razón lo que proponía, y á vela y remo les dimos caza. Eran catorce las personas (sin unos muchachos) que en la canoa iban, y habiendo hecho poderosa resistencia disparando sobre nosotros lluvias de flechas, atemorizados de los tiros de escopeta que aunque eran muy contínuos y espantosos iban sin balas, porque siendo impiedad matar á aquellos pobres sin que nos hubiesen ofendido, ni aun levemente, dí rigurosa orden á los míos de que fuese así.

Después de haberles abordado le hablaron

á Juan González, que entendía su lengua, y prometiéndole un pedazo de ambar que pesaría dos libras, y cuanto maiz quisiésemos del que alli llevaban, le pidieron la libertad.

Propúsome el que si así me parecía se les concediese, y desagradándome el que más se apeteciese el ambar que la reducción de aquellos miserables gentiles al gremio de la iglesia católica, como me insinuaron, no vine en ello.

Guardóse Juan González el ámbar, y amarradas las canoas y asegurados los prisioneros, proseguimos nuestra derrota hasta que atravesada la ensenada, ya casi entrada la noche, saltamos en tierra.

Gastóse el día siguiente en moler maíz y disponer bastimento para los seis que dijeron habíamos de tardar para pasar el monte, y echando por delante á los indios con la provisión, comenzamos á caminar; á la noche de este día, queriendo sacar lumbre con mi escopeta, no pensando estar cargada, y no poniendo por esta inadvertencia el cuidado que se debía, saliéndoseme de las manos y lastimándome el pecho y la cabeza, con el

no prevenido golpe se me quitó el sentido.

No volví en mi acuerdo hasta que cerca de media noche comenzó á caer sobre nosotros tan poderoso aguacero que inundando el paraje en que nos alojamos, y pasando casi por la cintura la avenida, que fué improvisa, perdimos la mayor parte del bastimento y tcda la pólvora, menos la que tenía en mi graniel.

Con esta incomodidad, y llevándome cargado los indios porque no podía moverme dejándonos á sus dos criados para que nos guiasen, y habiéndose Juan González adelantado, así para solicitarnos algún refresco como para noticiar á los indios de los pueblos inmediatos, adonde habíamos de ir, el que no éramos piratas, como podían pensar, sino hombres perdidos que íbamos á su amparo.

Proseguimos por el monte nuestro camino, sin un indio y una india de los gentiles que, valiéndose del aguacero se nos huyeron: pasamos excesiva hambre, hasta que dando en un plantanal, no sólo comimos

hasta satisfacernos, sino que proveídos de plantanos asados, se pasó adelante.

Noticiado por Juan González el beneficiado de Tejozuco (de quien ya diré) de nuestros infortunios, nos despachó al camino un muy buen refresco, y fortalecidos con él llegamos al día siguiente á un pueblo de su feligresía, que dista como una legua de la cabecera y se nombra Tila donde hallamos gente de parte suya, que con un regalo de chocolate y comida expléndida nos esperaba.

Allí nos detuvimos hasta que llegaron caballos en que montamos, y rodeados de indios que salían á vernos como cosa rara, llegamos al pueblo de *Tejozuco* como á las nueve del día.

Es pueblo no solo grande, sino delicioso y ameno, asisten en él muchos españoles, y entre ellos D. Melchor Pacheco, á quien acuden los indios como á su encomendero.

La iglesia parroquial se forma de tres naves, y está adornada con excelentes altares y cuida de ella como su cura beneficiado el licenciado D. Cristóbal de Muros, á



quien jamás pagaré dignamente lo que le debo, y para cuya alabanza me faltan voces.

Saliónos á recibir con el cariño de Padre, y conduciéndonos á la iglesia nos ayudó á dar á Dios Nuestro Señor las debidas gracias por habernos sacado de la opresión tirana de los ingleses, de los peligros en que nos vimos por tantos mares, y de los que últimamente toleramos en aquellas costas, y acabada nuestra oración, acompañados de todo el pueblo, nos llevó á su casa.

En ocho días que allí estuvimos á mí y á Juan de Casas nos dió su mesa abastecida de todo, y desde ella enviaba siempre sus platos á diferentes pobres.

Acudióseles también y á proporción de lo que con nosotros se hacia, no solo á los compañeros sino á los indios gentiles, en abundancia.

Repartió éstos (después de haberlos vestido) entre otros que ya tenía bautizados de los de su nación para catequizarlos, disponiéndonos para la confesión de que estuvimos imposibilitados por tanto tiempo, oyéndonos con la paciencia y cariño que nunca

he visto, conseguimos el día de Santa Catalina que nos comulgase.

En el ínterin que esto pasaba, notició á los alcaldes de la Villa de Valladolid (en cuya comarca cae aquel pueblo) de lo sucedido, y dándonos carta así para ellos como para el guardián de la Vicaría de Tixcacal que nos recibió con notable amor, salimos de *Tejozuco* para la villa, con su beneplácito.

Encontrónos en este pueblo de Tixcacal un sargento que remitían los alcaldes para que nos condujese, y en llegando á la villa y á su presencia, les dí carta.

Eran dos estos alcaldes como en todas partes se usa; llámase el uno D. Francisco de Zelerun, hombre á lo que me pareció poco entremetido, y de muy buena intención y el otro D. Ziphirino de Castro.

No puedo proseguir sin referir un donosísimo cuento que aquí pasó. Sabiéndose, porque yo se lo habia dicho á quien lo preguntaba, ser esclavo mio el negrillo Pedro, esperando uno de los que me habían examinado a que estuviese solo, llegándose



á mí y echándome los brazos al cuello, me dijo así:

—¿Es posible, amigo y querido paisano mío, que os ven mis ojos? ¡Oh, cuántas veces se me han anegado en lágrimas al acordarme de vos! ¡Quién me dijera que os había de ver en tanta miseria! Abrazadme recio, mitad de mi alma, y dadle gracias á Dios de que esté yo aqui.

Preguntele quién era y cómo se llamaba, porque de ninguna manera lo conocía.

—¿Cómo es eso, me replicó, cuando no tuvistéis en vuestros primeros años mayor amigo, y para que conozcáis el que todavía soy el que entonces era, sabed que corren voces que sois espía de algún Corsario, y noticiado de ello el gobernador de esta provincia os hará prender, y sin duda alguna os atormentará. Yo por ciertos negocios en que intervengo tengo con su señoría relación estrecha y lo mismo es proponerle yo una cosa que ejecutarla. Bueno será grangearle la voluntad presentándole ese negro, y para ello no será malo el que me hagáis donación de él. Considerad que el peligro

en que os veo es en extremo mucho. Guardadme el secreto y mirad por vos, si así no se hace, persuadiéndoos á que no podré redimir vuestra vejación si lo que os propongo, como tan querido y antiguo amigo vuestro, no tiene forma.

No soy tan simple, le respondí, que no reconozca ser Vmd. un grande embustero y que puede dar lecciones de robar á los mayores corsarios. A quien me regalare con trescientos reales de á ocho que vale, le regalaré con mi negro, y vaya con Dios.

No me replicó, porque llamándome de parte de los alcaldes, me quité de allí. Era D. Francisco de Zelerun no sólo alcalde, sino también teniente, y como de la declaración que le hice de mis trabajos resultó saberse por toda la villa lo que dejaba en las playas, pensando muchos el que por la necesidad casi extrema que padecía haría baratas, comenzaron á prometerme dinero porque les vendiese siquiera lo que estaba en ellas, y me daban luego quinientos pesos.

Quise admitirlos, y volver con algunos que me ofrecieron su compañía, así para re-

mediar la fragata como para poner cobro á lo que en ella tenía; pero enviándome á notificar D. Ziphirino de Castro el que debajo de graves penas no saliese de la villa para las playas, porque la embarcación y cuanto en ella venía pertenecía á la cruzada, me quedé suspenso, y acordándome del sevillano Miguel, encogí los hombros.

Súpose también cómo al encomendero de Tejozuco D. Melchor Pacheco le dí un criz y un espadin mohoso que conmigo traía, y de que por cosa extraordinaria se aficionó, y persuadidos por lo que dije del saqueo de Cicudana á que tendrían empuñadura de oro y diamantes, despachó luego al instante por él con iguales penas, y noticiado de que quería yo pedir de mi justicia, y que se me oyese, al segundo día me remitieron á Mérida.

Lleváronme con la misma velocidad con que yo huía con mi fragata cuando avistaba ingleses, y sin permitirme visitar el milagroso santuario de Nuestra Señora de Ytzamal, á ocho de Diciembre de 1689, die-

ron conmigo mis conductores en la ciudad de Mérida.

Reside en ella como gobernador y capitán general de aquella provincia D. Juan Joseph de la Bárcena, y después de haberle besado la mano yo y mis compañeros y dádole extrajudicial relación de cuanto queda dicho, me envió á las que llaman casas reales de S. Cristóbal y á quince, por orden suyo, me tomó declaración de lo mismo el Sargento mayor Francisco Guerrero, y á 7 de Enero de 1690, Bernardo Sabido, escribano real, certificación de que después de haber salido perdido por aquellas costas me estuve hasta entonces en la ciudad de Mérida.

Las molestias que pasé en esta ciudad no son ponderables. No hubo vecino de ella que no me hiciese relatar cuanto aquí se ha escrito, y esto no una, sino muchas veces. Para esto solían llevarme á mí y á los míos de casa en casa, pero al punto de medio día me despachaban todos.

Es aquella ciudad, y generalmente toda la provincia, abundante y fertil y muy barata,



y si no fué el Licenciado D. Cristóbal de Muros mi único amparo, un criado del encomendero D. Melchor Pacheco que me dió un capote y el Ilmo. Sr. Obispo D. Juan Cano y Sandoval que me socorrió con dos pesos, no hubo persona alguna que viéndome á mí y á los míos casi desnudos y muertos de hambre extendiese la mano para socorrerme.

Ni comimos en las que llaman Casas Reales de S. Cristóbal (son un honrado mesón en que se albergan forasteros), sino lo que nos dieron los indios que cuidan de él y se redujo á tortillas de maíz y cotidianos fríjoles. Porque rogándoles una vez á los indios el que mudasen manjar diciendo que aquello lo daban ellos (póngase por esto en el catálogo de mis benefactores) sin esperanza de que se lo pagase quien allí nos puso, y que así me contentase con lo que gratuitamente me daban, callé mi boca.

Faltándome los fríjoles con que en las reales casas de S. Cristóbal me sustentaron los indios, y fué esto en el mismo día en que dándome la certificación me dijo el escriba-

no tenia ya libertad para poder irme donde gustase, valiéndome del alférez Pedro Flores de Ureña, paisano mío, á quien si á correspondencia de su pundonor y honra le hubiera acudido la fortuna, fuera sin duda alguna muy poderoso, precediendo información que di con los míos de pertenecerme, y con declaración que hizo el negro Pedro de ser mi esclavo, lo vendí en trescientos pesos con que vestí á aquellos, y dándoles alguna ayuda de costa para que buscasen su vida, permití (porque se habían juramentado de asistirme siempre) pusiesen la proa de su elección donde los llamase el genio.

Prosiguiendo D. Ziphirino de Castro en las comenzadas diligencias para recaudar con el pretexto frívolo de la cruzada lo que la Bula de la Cena me aseguraba en las playas y en lo que estaba á bordo, quiso abrir camino en el monte para conducir á la villa en recuas lo que á hombros de indios no era muy fácil.

Opúsose el beneficiado D. Cristóbal de Muros previniendo era facilitarles á los corsantes y piratas que por allí cruzan el que

robasen los pueblos de su feligresía, hallando camino andable y no defendido para venir á ellos.

Llevóme la cierta noticia que tuve de esto, á Valladolid, quise pasar á las playas á ser ocular testigo de la iniquidad que contra mí y los míos hacían los que por españoles y católicos estaban obligados á ampararme y á socorrerme con sus propios bienes, y llegando al pueblo de Tila con amenazas de que sería declarado por traidor al rey, no me consintió el alferez Antonio Zapata el que pasase de allí, diciendo tenia orden de D. Ziphirino de Castro para hacerlo así.

A persuasiones, y con fomento de D. Cristobal de Muros volví á la ciudad de Mérida, y habiendo pasado la Semana Santa en el Santuario de Ytzmal llegué á aquella ciudad el miércoles después de Pascua. Lo que decretó el gobernador, á petición que le presenté, fué tenía orden del Excmo. Sr. Virey de la Nueva España para que viniese á su presencia con brevedad.

No sirvieron de cosa alguna réplicas mías, y sin dejarme aviar salí de Mérida domingo

2 de Abril. Viernes 7 llegué á Campeche, jueves 13 en una balandra del Capítan Peña salí del puerto. Domingo 16 salté en tierra en la Vera-Cruz. Allí me aviaron los oficiales reales con veinte pesos, y saliendo de aquella ciudad á 24 del mismo mes llegué á México á 4 de Abril.

El viernes siguiente besé la mano á Su Excelencia y correspondiendo sus cariños afables á su presencia augusta, compadeciéndose primero de mis trabajos y congratulándose, de mi libertad con parabienes y plácemes escuchó atento cuanto en la vuelta entera que he dado al mundo queda escrito, y allí solo le insinué á Su Excelencia en compendio breve.

Mandóme (ó por el afecto con que lo mira ó quizá porque estando enfermo divirtiese sus males con la noticia que yo le daría de los muchos mios) fuese á visitar á don Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo y catedrático de matemáticas del Rey nuestro señor en la Academia mexicana, y capellán mayor del hospital Real del Amor de

Dios de la ciudad de México (títulos son estos que suenan mucho y valen muy poco, y á cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia). Compadecido de mis trabajos, no solo formó esta Relación en que se contienen, sino que me consíguió con la intercesión y súplicas que en mi presencia hizo al Excmo. Sr. Virey, Decreto para que D. Sebastian de Guzman y Córdoba, factor veedor y proveedor de las cajas reales me socorriese, como se hizo.

Otro para que se me entretenga en la Real Armada de Barlovento hasta acomodarme y mandamiento para que el gobernador de Yucatán haga que los ministros que corrieron con el embargo ó seguro de lo que estaba en las playas y hallaron á bordo, á mí ó á mi odatario, sin réplica ni pretexto lo entreguen todo.

Ayudóme para mi víaje con lo que pudo, y disponiendo bajase á la Vera-Cruz en compañía de D. Juan Enriquez Barroto, capitan de la Artillería de la Real Armada de Barlovento, mancebo excelentemente consumado

en la hidrografía, docto en las ciencias matemáticas y por eso íntimo amigo y huésped suyo en esta ocasión, me escusó de gastos.

FIN



RELACIÓN DE UN PAIS

QUE NUEVAMENTE SE HA DESCUBIERTO

EN LA

AMÉRICA SEPTENTRIONAL

POR EL

P. LUIS HENNEPIN

TRADUCIDO POR

D. SEBASTIÁN FERNÁNDEZ
DE MEDRANO







PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR

—

Como después, curioso lector, que informado S. M. había unido á la práctica y experiencia de las ocasiones en que me había hallado, la teórica de las disciplinas matemáticas, que pertenecen al arte marcial, fuese servido mandarme que estableciese la Academia militar de la cual soy Director, para que se criasen personas que de sus dominios pudiesen profesar en ellos la Arqui-

tectura militar como ingenieros, los que hasta entonces eran extranjeros y en quienes se aventuraba la confianza, y dispusiese para desempeñarme de tan singular honra el esforzarme en sacar luego sujetos capaces para el fin que se pretendía y debiese al cielo se lograse con el acierto que es notorio, como el que los libros que de las partes pertenecientes al dicho arte saqué á luz, y de que se carecía en nuestro idioma, de Geometría, Geografía, formación de escuadrones y fortificación moderna (todo según el nuevo modo de guerrear) y estuviese ultimamente imprimiendo una obra de Artificios de fuego, nueva forma de granadas, bombas y artillería, etc., con resolución de descansar y no trabajar más en estas materias, tanto por ser suficientes los libros referidos como por el grande costa que me tienen la multitud de láminas que piden estas obras, pero habiéndome llegado de París, entre otras cartas geográficas, la de un nuevo Descubrimiento hecho en la América Septentrional por los franceses de Canadá, me vi obligado á romper el propósito que había hecho y dejar la



dicha obra hasta sacar á luz esta relación, por la razón siguiente.

La curiosidad de saber qué terreno era el recien descubierto, motivó en mí á hacer viva diligencia de si había algo escrito sobre este punto, y averigüé cómo el Sr. de la Sala, gobernador de un fuerte de los que la Francia tiene en la América, había emprendido hacer dicho descubrimiento, como lo hizo con alguna gente en que iban diversos misionarios y entre ellos un Recoleto llamado Luis Hennepin, natural de Atha (plaza de la provincia de Hainaut) y que vuelto éste á Francia con el Sr. de la Sala, hizo un *Tratado* de lo descubierto, atribuyéndosele á sí; pero como el Sr. de la Sala había sido el Cabo, y motivo de todo, no logró aquel religioso la primacía que pretendía, y disgustado se pasó á Holanda, y se despicó con dedicar al rey Guillermo y á aquellos Estados dicho Descubrimiento, ofreciéndoles ser guía para ir á establecer colonias y la luz Evangélica en aquel dilatado país, que es tan grande que excede á la Europa, comprehendido entre el mar Glacial, Florida y Nuevo Reino Mexi-

cano, y por donde corre un caudaloso río navegable, llamado Meschasipy, que entra en dicho golfo; y dice en su dedicatoria que á nadie como á las naciones inglesa y holandesa conviene más el apoderarse de aquellas regiones y plantar en ellas la fe (esto dice un religioso) y como una y otra tengan dominios en aquellas partes, que les facilitan la entrada, le dieron oídos. Y esto, y que al rey cristianísimo se le ofrece la misma ventaja, y de que ya se ha servido, y asimismo dichas naciones, como adelante diré, valiéndose del Sr. de la Sala referido, me obligó á dar noticia á mi patria de todo, por lo que importa y puede importar tenerla de aquellas regiones, y así saqué de su impreso lo concerniente al viaje que se hizo, dejando las digresiones que lo indignado que se muestra contra la Francia, le obligan á prolongar la obra de su descubrimiento, donde permita la Majestad Divina sean nuestros españoles los que allá planten la Fe católica, como lo han hecho en lo demás de la América, á donde si hay algunos cristianos apartados de la Iglesia Romana, son los que han



sido instruídos por la secta de Lutero y Calvino, que son los Misionarios, que este buen Recoleto, por su pasión, procura hagan lo mismo en aquellos salvajes que viven hoy sin ley ni religión.





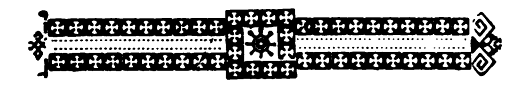
RELACIÓN SUMARIA

DEL NUEVO DESCUBRIMIENTO QUE EN LA

América Septentrional hizo el Padre

LUIS HENNEPIN,

con otros sujetos, y que es mayor que toda la Europa, comprehendida entre la Florida, Imperio Mexicano y el Mar del Norte.



CAPÍTULO PRIMERO

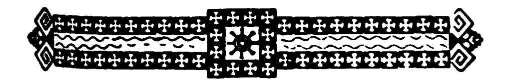
Del motivo que tuvo el autor para hallarse en este descubrimiento.

Siendo inclinado el autor á la cosmografía y á la historia, se dió á leer la de su Religión, y admirando los viajes que por remotas regiones del mundo y partes incógnitas de él habían hecho los Padres Misionarios de su Orden, se aficionó á aquellas peregrinaciones; y así, después de haber visitado lo principal de Europa, y hallándose en diversos rencuentros y sitios de plazas, asistiendo á los fieles en la administración de los Sacramentos, alcanzó ser nombrado Misionario para Canadá ó Nueva Francia, parte

septentrional de la América y dominio del rey cristianísimo; se embarcó en la Rochela con Francisco Leval, hecho obispo de Petrea *in partibus* y después consagrado obispo de Quebec, capital de Canadá, y donde asiste el virrey, y al cabo de su navegación llegó á aquel país, donde estuvo por espacio de cuatro años, ocupado en diversas Misiones, en tiempo que se hallaba allí el Abad de Fenelón (hoy arzobispo de Cambray) y cuenta dicho autor vió en este viaje la batalla que en el cabo Bretón (que es en la misma costa de Canadá) tienen de ordinario las ballenas con los pescados dichos espadas, y asímismo la multitud de bajeles que encontró cerca de Canadá en los contornos de la isla de Terranova, que iban á la pesca de bacalao, que se hace allí tan copiosa.







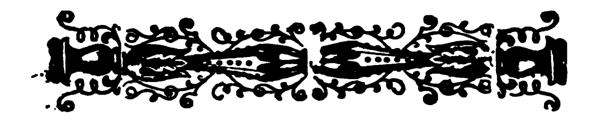
CAPÍTULO II

Cuenta el autor su llegada á Quebec, y el principio de su Misión.

—

Luego que llegó á Quebec resolvió dar principio á su Misión, y (tomando una capilla portátil y un perro que llevaba su bagaje) anduvo de veinte á treinta leguas de Quebec, predicando y dando á muchos el bautismo, marchando á veces por terrenos poco accesibles y sin población, y otras en un barquillo como una canoa pequeña, y en fin, llegó hasta las bocas de los tres ríos (que llaman así) que entran en el río de San Lorenzo, y llegó á los parajes de Monte Real, Punta-Levi é islas de San Lorenzo.





CAPÍTULO III

De las embarcaciones de que se sirven en verano en la América Septentrional.

Como los salvajes que habitan en aquellas partes, carezcan del uso de caminos conocidos, y la multitud de árboles que hay de excesiva grandeza, caigan en tierra, ya impelidos de los vientos ó de vejez, viene á estar por esta causa impracticable el terreno, razón que obliga á aquellos indios á valerse de unos barquillos ó canoas, que el mayor es para seis ú ocho personas lo más, y que puede llevar hasta mil y quinientas libras de peso, y el menor, en que pueden ir una ó dos ó tres personas llevando 300 á 400 li-

bras; la forma de dicho barco ó canoa es como la de una lanzadera cóncava y redonda por abajo, siendo la materia de corcho, ó corteza de arbol, que guarnecen por la parte interior con maderos de á cuatro dedos de ancho para sostener firme la dicha corteza, que forma la canoa, la cual, estando sobre agua corriente, marcha de 30 á 40 leguas cada día, guiada por los que van dentro, porque no hay timón, sino unas paletas de que se sirven por remos y teniendo viento favorable hacen vela de una corteza de arbol delgada y los europeos hacen dicha vela de tres ó cuatro varas de lona, y en marchando por lagunas ó inundaciones, cogen, en llegando á terreno seco, la canoa en los hombros, y la llevan así hasta que hallan agua donde la vuelven á echar, y de este modo navegan el verano en aquellas regiones, estando los inviernos en sus chozas ó cabañas, donde habitan, á causa de las grandes nieves que hay entonces.

CAPITULO IV

En que continúa el autor su misión y descubrimiento.

—

Resuelto á continuar la misión, indujo el autor á muchas personas á seguirle y penetrar, como al cabo lo hizo. hasta más de 1200 leguas de Canadá, llevando en lo general el rumbo de Nordéste al Sud-Oeste, y así comenzó atravesando unas ciento y veinte leguas de la otra parte de Quebec (que como se ha dicho es la corte de Canadá) montando por el río de San Lorenzo hasta llegar al borde de un lago llamado Ontario por los Irroquois, salvajes de aquella región, y allí hizo conocimiento con algunos de los naturales, tanto para cultivar alguna tierra

como para hacer barracas y habitar allí, donde puso una cruz de grandes maderos é hizo una capilla al borde del lago, donde se recogía con otro religioso de su Orden, llamado el Padre Lucas Buisset, que después murió acá en el Convento de San Francisco sobre el Rio Sambra, y de quien habla adelante porque estuvieron mucho tiempo juntos en el Fuerte de Cataro Kouy, de que hablaré adelante.

Informado de aquellos salvajes, supo que de la otra parte del lago grande se podría hacer habitación y penetrar hasta la mar, yendo al Sud-Oeste, y así con algunos de los Irroquois, de cinco cantones que tiene su territorio, y un soldado de dicho Fuerte, marchó unas setenta leguas, penetrando desiertos cubiertos de nieve, de que se admiraron los salvajes, viendo marchaban los europeos como ellos en la nieve y que se abarracaban de noche, durmiendo en las cortezas de los arboles, comiendo grano de Indias hecho harina, y de este modo atravesaron el país de los Honnhiouts y Onontages, que los recibieron bien, siendo los más fieros

salvages de los Irroquois, de quien supieron eran bien acogidos, por la señal que hicieron de poner los cuatro dedos en sus bocas, admirándose del viaje que habían hecho en el rigor del invierno y porque juzgaban sería de la mayor importancia.

De aqui pasaron á los Ganniekes ó Agnies, penetrando por terrenos quebrados pantanosos é inundados, y diversos arroyos, con grandes trabajos; este país es uno de los cinco cantones de los irroquois, situado á una jornada de la Nueva Holanda, que hoy llaman Nueva Jorka; aquí comieron muchas ranas, que los salvajes cojen en las praderias cuando la níeve se deshace.

En dicho parage estuvieron algún tiempo en compañía de un Padre Jesuita, francés de León, que les dió un Diccionario para inteligencia de la lengua Irroquoís, y habíendo ido con algunos holandeses á la Nueva Orange, se volvieron á su fuerte de Cátarokouy, por el mismo camino, pero con más facilidad; y aunque los holandeses los querian detener, no se quedaron, por no dar celos á los franceses de Canadá.



CAPÍTULO V

De la situación del Fuerte de Catarokouy, llamado hoy de Fontenac, y del natural y costumbres de los Irroquois y demás gentes.

—

Los franceses de Canadá hallaron convenir tomar puesto hacia el lago Ontario (lo mismo que en lengua Irroquois, bello lago) y así lo hicieron á cien leguas, con poca diferencia, de Quebec, rio arriba de San Lorenzo, y á la parte septentrional y oriental de dicho lago, haciendo al principio un fortezuelo para solo estar fuera de insulto de los salvajes y llamáronle el Fuerte de Catarokouy, y con el tiempo, gobernando en Canadá el conde de Fontenac redujo dicho

fuerte á una fortificación Real de cuatro baluartes, revestida de piedra, fundando allí colonia de su nación, de donde hacen comercio con los salvajes, disminuyendo e que estos tienen con los holandeses de la Nueva Jorka, que están á la parte oriental de dicho lago, etc., los cuales les hacen mejor partido que los franceses.

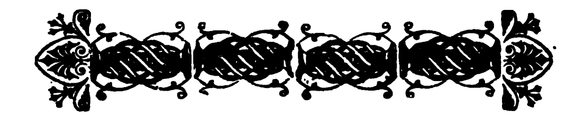
El natural de los Irroquois es el de la gente más fiera de la América Septentrional y como tales, hacen en sus enemigos grandes crueldades, siendo, por la mayor parte, los que más carne humana comen; su habitación es en cabañas, que en verano dejan, y con todas sus familias van á caza de toros salvajes, castores y otros animales, llevando los barquillos ó canoas que quedan mencionados, para, siendo menester, servirse de ellos, y en volviendo, salan aquellas carnes y las meten en cuevas, como el grano de centeno que cogen, cultivando en los contornos de sus cabañas, donde viven el invierno cuando vuelven de la caza, la que van á hacer por doscientas y trescientas leguas, ganando á fuerza las campañas de los otros

Salvajes sus enemigos, que tienen en grande horror á los Irroquois, tanto por su fiereza como porque tienen algunas armas de fuego que adquieren de los europeos en trueque de pellejos de castor y otros animales, que es su único comercio.

Religión ni ley no la tienen los Irroquois, ni tampoco los demás salvajes de aquellas regiones, si bien cuenta el autor ha visto á algunos de sus reyes, cabos ó caciques, tomar dos ó tres bocanadas de humo de tabaco y echarlas hacia el sol, cuando éste sale, haciendo tanto aprecio del tabaco en pipa, que no teniendo uso de él, como en las demás partes de América, es el mayor regalo que se les puede hacer, darles un poco de Martínico, ó de otro, porque dan pellejos de castor, como por un cuchillo, pistola ú otra arma de fuego, ó cuentas de colores, y finalmente en las pipas de tabaco que trae el cabo de ellos, indican la paz ó la guerra; ésta presentan tomando tabaco en una pipa de un género y la paz en la de otro; y en conclusión, muestran amistad y benignidad á uno, metiendo los cuatro dedos de la mano

en la boca, y esto es general por todo el viaje que hizo el autòr, que como está dicho, es de unas mil y doscientas leguas.





CAPITULO VI

Descripción de algunos laqos de agua dulce, y que son los mayores del mundo.

Para que los curiosos puedan con más inteligencia entrar después en conocimiento de este dilatado viaje, quiso describir primero el autor los lagos prodigiosos que notó, los cuales, aunque de antes eran descubiertos, no habían sido hasta ahora terminados ni penetrados.

El lago Ontario referido, tomó nombre de lago Fontenac, por el Conde de este nombre, y tiene ochenta leguas de largo y de veinticinco á treinta de ancho; es profundo, y por todo navegable; abunda de pescado y

cae á la parte Septentrional de los cinco cantones de los Yrroquois, y los Ganniekes ó Agnies son los que confinan con la Nueva Holanda ó Jorka; los llamados Onotages, ó montañeses, gente la más belicosa de aquella nación, como también los Onnehiouts, y los Tsonnontovans; y hállanse en este territorio los lugares de Teyayagon, Keut y Ganneusse, y este último dista unas nueve leguas del Fuerte de Fontenac, siendo los dichos lugares, por la mayor parte, unas cabañas.

El celebrado Río de San Lorenzo, ó Canadá, sale del lago Ontario, á quien los naturales llaman por otro nombre (además del lindo lago) Skanadario, y en parte tiene origen dicho río del lago superior, como se dirá después.

Es el lago Ontario de agua dulce, como los otros, y buena para beber; su figura es oval, que corre de Occidente á Oriente; y aunque es por todo navegable, ha de ser en verano, porque los vientos del invierno lo dificultan, y puédese ir por él con embarcaciones hasta el pie de una roca, que está al

fin del lago, dos leguas del salto que llaman de Niágara y que se describe en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

Descripción de salto prodigioso ó caida de agua que hace el rio Niagara, que está entre los lagos Ontario y Erié

A la parte occidental del Ontario hay un estrecho de tierra de unas veinticinco leguas, que le divide del lago Erié, que está mas al Occidente y á cuatro leguas del lago Ontario se halla el saut ó salto del rio Niagara, cuya anchura es de medio cuarto de legua, y es tan rápido que queriendo los animales pasarle para ir á pacer de un lado á otro, se los lleva consigo y caen con él precipitados por más de 600 pies de altura, con tal estruendo y ruido que es mayor que el de los truenos y que se oye á larga distancia y según el viento, á más de quince

leguas, causando temor y horror el oirlo, haciendo, cuando da abajo el golpe del agua, una montaña de espuma que parece que hierve á borbotones, y en fin, dice el autor que es la cosa más espantosa que se ha visto, y que aunque en Suecia y otras partes hay caidas de aguas ó saltos, son nada en comparación del dicho; más el que esto escribe dice ha leido que el río de las Amazonas que corre en la América Meridional hace otro salto semejante.

Antes de precipitarse dicho río se divíde en dos brazos, que, despues, cayendo se vuelven á juntar al llegar abajo, y con tal rapidez corre luego hacia el Ontario, por discurso de dos leguas que hay hasta la roca, (donde como se ha dicho llegan las embarcaciones que vienen de Fontetenac) que hace intratable su navegación; pero las otras dos leguas que corre para entrar en el lago, va más pacifico y se navega, de que se infiere que embarcandose en el fuerte de Fontenac se puede navegar por el lago, y tomando la boca del dicho río, ir por él las dos leguas que hay hasta la roca, de donde, como

se ha notado, es innavegable el río, que deja la tal roca al Poniente, bañándola por el pié, y asi es necesario desembarcar allí, marchando por tierra las otras dos leguas que hay hasta el salto, siendo facil marchar aquel espacio, no obstante haber tres montes que pasar y entre ellos lo mas es prados, donde en algunas partes se ven robles y pinos y por todas aquellas dos leguas va tan profundo el río que desvanece querer mirar desde la orilla abajo.

Habiendo llegado por tierra á la otra parte del salto, se vuelve á tomar el río Niágara y se navega hasta desembocar el mencionado lago Erié, por donde se conoce, que á no ser por el embarazo que causa el tal salto, se podía llegar por agua á dicho lago desde el Fuerte de Fontenac.

Cuenta el autor, que el Sr. de la Sala, gobernador de Fontenac, intentó fabricar un Fuerte á un lado de la roca del río Niágara que entra en el Ontario para embarazar que los salvages comerciasen con los de la Nueva Holanda, y no habiéndolo ejecutado, dice que se hizo una casa á la parte

oriental de dicha roca, parage dónde se puede hacer una bahía capaz de multitud de embarcaciones, que con un cabrestante se puedan aproximar hasta tierra, y habiendo en aquella agua gran pesca de estursión y pescado blanco, facilita el establecer una colonia.



CAPÍTULO VIII

Descripción del lago Irié.

Los Irroquois llaman á este lago Tejocharoutiongo y tiene de largo unas ciento y cuarenta leguas y entró el autor en él después, con todos los que íban en su compañía en una embarcación de sesenta toneladas que fabricaron para este fin sobre el río Niágara, entre dicho lago y el Salto, á dos leguas de éste, y dice que los contornos de todo el lago son de buenas campañas y que él y sus compañeros son los primeros europeos que han reconocido aquella situación.

A la parte septentrional de dicho lago está el llamado lago Hurón, que tiene unas setecientas leguas de circuito y doscientas de

largo, siendo su anchura inigual, mas navegable por todo, y dista este lago del otro Erié treinta leguas y se comunican por un canal ó río que en la medianía forma otro lago pequeño de unas seis leguas de diámetro, que llaman los salvajes Otsiketa y el autor le dió el nombre de Santa Clara.



CAPÍTULO IX

De los habitadores de los contornos del lago Hurón y descripción del estrecho que hay de él al lago Ilinois y de otro lago dicho Superior.

Los habitadores de aquellos contornos se llaman huroneses, los cuales fueron arruinados por los Irroquois que los habitan hoy, y llaman ellos á este lago Karegnondi, y hacia el Poniente tiene diversas islas de gran terreno, y que están frente de las bocas de unos canales que entran en dicho lago.

A la parte occidental del referido lago, se halla el llamado Ilinois, que se comunica con el de Hurón por un canal que tiene una legua de ancho y tres de largo, llevando el rumbo de Oeste Nord-Oeste.

A la parte septentrional del lago Ilinois

hay otro, dicho Superior, entre el cual y el de Hurón hay un espacio de tierra de quince leguas y se comunica un lago con otro por un canal de cinco leguas de ancho, donde hay diversas islillas, y que se estrecha hacia el saut ó salto que llaman de Santa María Misilimakinak, el cual está en medio de la desembocadura que hace el río en el lago de Hurón, y aunque tiene gran caída el agua, todavía se puede navegar por un lado, con tal que se vaya con cuidado y reme á toda fuerza, si bien los salvajes, por seguridad, se valen de llevar sus barcos y mercancias á cuestas hasta salvar este paso.



CAPÍTULO X

Descripción del lago Ilinois.

—

El lago dicho Ilinois, á quien llaman los salvajes Ilinuak, está, como se ha referido, al Occidente del de Hurón, y va de Sur á Norte, siendo su largueza de ciento y veinte á ciento y treinta leguas y la anchura de unas cuarenta, conteniendo en su circuito hasta cuatrocientas y llaman á este lago los de la nación dicha Miamis Mischigonong, lo mismo que gran Lago; dista del Superior de quince á dieciseis leguas; su origen viene de un río nombrado Miamis que corre de Sur á Norte, cuyo nacimiento está próximo de otro río llamado Hohio, que lleva el rumbo de Oriente á Occidente; este lago es por todo navegable y tiene á la parte occi-

dental una bahía ó ensenada que llaman de los Hediondos, por razón de que los habitadores de sus contornos vinieron allí de otros parajes huyendo de unas aguas que olían mal.



CAPÍTULO XI

Descripción particular del lago Superior.

—

Este lago se extiende de Occidente á Oriente por ciento y cincuenta leguas de largo, teniendo sesenta de ancho y quinientas de circuito; dice el autor que no navegó en él como en los otros, pero que supo era profundo, como un verdadero mar, y que entran en él cantidad de ríos que se comunican por diversas partes de un lago á otro, y de que al cabo se viene á formar el caudaloso río de San Lorenzo, ó Canadá, que atravesando la provincia de este nombre, ó de Nueva Francia, desemboca en el mar occidental y septentrional, cerca de la isla de Terranova, y con las vueltas que hace en

su curso viene á correr desde su origen unas seiscientas leguas, aunque en línea recta hay solo cuatrocientas y cincuenta.

Todos los lagos referidos son, como se ha dicho, de agua dulce, y en unos y otros hay multitud de pescado excelente y truchas á salmonadas de cincuenta á sesenta libras, siendo los terrenos de sus circuitos capaces de grandes poblaciones, y cultivados sería un país fértil, pues se ven cedros, pinos, robles, etc., y minerales de hierro, con que se puede esperar los haya de otros metales, y de todo se podría comerciar por los referidos canales y lagos, los cuales, como está notado, fueron antes descubiertos, mas no conocidos sus contornos ni sus terrenos.

—

CAPÍTULO XII

De la segunda embarcación hecha en el Fuerte de Fontenac.

—

Todo lo que hasta aquí se ha tratado ha sido dar el autor noticia y descripción de los referidos lagos, para que el viaje y descubrimiento de que pretende hacer relación, sea más comprensible.

Después de la misión que se ha dicho, hizo el Padre, partiendo de Quebec, cuenta cómo al cabo llegó al Fuerte de Fontenac donde los religiosos de su orden tienen casa de Misión, en la cual residió por discurso de dos años, continuando siempre en la conversión de aquellos salvajes, con quienes hizo conocimiento recibiendo agasajos él y los demás religiosos de aquellos que se conver-

tían, y de ellos vino á saber cuán peligroso era el viaje que intentaba hacer, por los trabajos que amenazaban los pasos y naciones tan extrañas que había de pasar; pero habiendo llegado de Quebec muchos europeos á Fontenac, con el Sr. de la Sala, gobernador de él, se dispuso dicho señor á partir para penetrar adelante, (como lo tenía premeditado de antes) habiendo enviado delante hasta los Ilinois quince personas con mercancías, con mira de que fuesen reconociendo lo que habían de hacer hasta el río Maschasipy, que está al Occidente del lago Ilinois, aunque estos sujetos no cumplieron con su obligación, por el interés de sus mercancias y así se perdió tiempo en adelante.

Con esta ocasión pudo el autor lograr el designio que tenía de pasar á su descubrimiento sin comunicarlo al Sr. de la Sala (que por sí tenía el mismo intento) y prevenido lo necesario se embarcó á 18 de Noviembre de 1678 en un bergantín de hasta diez toneladas, con la primera gente que despachó el Sr. de la Sala que eran 16 personas entre religiosos, marineros y carpin-

teros, yendo por cabo el Sr. de la Mota; y por ser la razón contraria para engolfarse en el lago Ontario, tomaron el rumbo del Norte para ir al abrigo del Nord-Oeste, lo que no se hizo aun sin gran dificultad y riesgo; pero al fin, volviendo el viento favorable, vinieron á dar al extremo del lago cerca de un lugarcillo llamado Tayayagon que está á la parte occidental y septentrional de dicho lago, y á setenta leguas de Frontenac, y allí se detuvieron y trocaron algunas mercancías con los Irroquois que se admiraron de verlos y los venían á hablar al bergantín, que habían metido en una ensenada, ó boca de un río para guarecerse del temporal; pero antes tuvieron gran tormenta, y tal, que catorce personas fué menester se salvasen en canoas y asistiesen á sacar el lastre de su embarcación y luego les sobrevino helarse la ensenada y valerse de hachas para romper el hielo.

Por haber faltado los vientos no pudieron continuar el viaje hasta 5 de Diciembre de dicho año, que partieron y llegaron con harto trabajo, padeciendo borrascas á la

boca del río Niágara que está á la parte Meridional y Occidental del referido lugar de Tayayagon, lo que hicieron día de San Nicolás, cantando en hacimiento de gracias el *Te Deum*, porque era la primera embarcación que de aquella grandeza había entrado en el río, de que asombrados los salvajes de los contornos, que son los Tsonnontuans, cantón de los Irroquois, y que estaban en la pesca, les dieron cantidad de pescado blanco de mayor grandeza que las Carpas, y que es de buen gusto y saludable, y les decían que la gran pesca que habian hecho se la debían á la buena llegada de su embarcación, que ellos llamaron gran canoa de madera.

El día 7, avanzados dos leguas rio arriba en pequeños barquillos, buscando lugar propio para abarracarse y cultivar, y no hallándolo ni pudiendo por el gran corriente pasar con los barquillos, saltaron en tierra, y marcharon hasta unas tres leguas, donde tampoco lo podían hacer, y así se recogieron próximo á un río que viene de Oeste, Nordoeste, una legua más allá del salto de Niá-



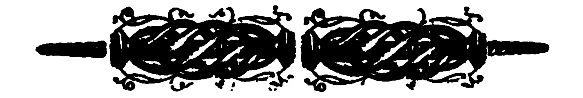
gara, siendo necesario hacer lugar, apartando la nieve que había en cantidad, para hacer fuego, y por la mañana volviéndose, vieron gran número de venados y bandas de pavos salvajes.

El día once de Diciembre dijeron la primera misa que en aquel paraje se había dicho, y se trató de hacer alguna habitación, en que se empleaban los que eran carpinteros; pero como el Sr. de la Mota no pudiese tolerar una vida tan penosa y un tiempo tan riguroso, resolvió volverse á Canadá por algún tiempo, lo que hizo marchando por tierra más de doscientas leguas después de haber ido á una embajada á los Irroquois.

Antes de emprender la embajada se había propuesto hacer allí un Fuerte, como el de Fontenac, para que los de Canadá embarazasen el comercio de los Irroquois con los de la Nueva Holanda, sobre que hallaron dificultades. y se dispuso hacer dicha embajada á los salvajes para asegurarse de ellos.

El día quince se retiraron con su embarcación y amarraron junto á la roca mencio-

nada al bordo del río Niágara, fabricando en tierra una cabaña que los servía de almacen para después hacer allí el Fuerte, y para poderlo ejecutar, fue menester echar mucha agua caliente para deshacer lo helado del terreno y allí hicieron pié por algún tiempo.



CAPÍTULO XIII

De la embajada hecha á los Tsonnontouans, que habitan uno de los cinco cantones de los Irroquois.

—

Después de hecha una cabaña para almacen, trataron con los salvajes del lugar de Niágara, haciéndoles saber cómo aquella cabaña no era fortificación, mas si para tener donde guarecerse, diligencia que sirvió para que aquellos naturales se asegurasen por todo de la buena intención con que entraban allí los europeos.

Con este seguro se partió el Sr. de la Mota, llevando consigo siete personas de las diez y seis de la compañía, é iban entre los siete el autor y el Padre Jesuita Misionario, llamado Garnier, é iban bien armados

y prevenidos de ropillas de estofa, cuchillos tabaco y cosas propias para presentar á aquellas gentes; y al cabo de cinco días que marcharon por aquellos despoblados y bosques cubiertos de nieve, llegaron á un lugar nombrado Tegarondies, que es adonde habita el cabo de los Irroquois Tsonnontotuans, y que está á 32 leguas del Niágara; llegados los condugeron á la cabaña del dicho cabo ó cacique, que es el rey de ellos, habiendo primero gritado por todo un anciano para dar aviso de la entrada del embajador, y antes de presentarse al cacique vinieron unos muchachos á lavarlos los pies y engrasarselos con untos de bestias, lo que hecho, se aparecieron en la presencia de la embajada cuarenta y dos ancianos de grande estatura. adornados de pellejos de castor, lobo y de ardillas negras, animales que allí son buenos de comer; mostrábanse todos muy fieros y espetados aguardando la petición de los europeos, que fué esta.

Uno de la compañía, que se llamaba Antonio Brassart, que entendía bien la lengua Irroquois, hizo en nombre del Sr. de la



Mota la arenga, diciendo: «Nosotros somos europeos que habitamos en Canadá, y venimos á tomar con vosotros tabaco en las pipas de Paz (á que llaman los naturales Calimet, que son pipas que tienen dos alas de plumas hacia la boca) y á tratar de introducir el comercio para traeros mercancias de Europa que en trueque de pellejos de castor, etc., os daremos á mejor precio que los holandeses, y para esto os pedimos salvoconducto, y que nos permitais para la ejecución, fabricar una embarcación grande para traer en ella cantidad de todos géneros, la que pretendemos hacer en el río Niágara, por donde con más facilidad y corto camino lo podremos ejecutar, y así lo podreis comunicar en la comarca, como que en dicho lugar os pondremos fábrica de hachas y cuchillos, etc.

Hecha la arenga y dado á cada proposición un presente de cuchillos, escopetas, ropas de estofa, tabaco y piezas de porcelana (porque de ellos no se alcanza nada de otra manera) y advertídoles de que lo que contra ellos les digesen los holandeses

no lo creyesen, saltó uno de los ancianos y respondió artículo por artículo, sacando á cada uno un palillo que había ido previniendo á cada cosa que se había propuesto, y al fin otro anciano empezó á gritar en voz alta diciendo por tres veces: Niaova, lo mismo que decir: está bien y os damos las gracias; y luego todos los cuarenta y dos y demás salvajes circunstantes gritaron lo mismo por tres veces, á una misma voz.

Al acabarse la función de la embajada, llegaron gran multitud de salvajes que venian de la caza con muchos esclavos que habían hecho hacia la Virginia, en los cuales usaron su crueldad acostumbrada, como es asparlos y dejarlos así, á que las moscas les consuman la sangre, y cortándoles por todo el cuerpo pedazos de carne, los asan y comen, haciendo también á los mismos esclavos que la coman; y en fin, son tan inhumanos que estando así aspados los miserables esclavos, les abren las venas y cogen la sangre en unos vasos hechos de cortezas de árboles, y dan á beber á los muchachos para que se enfurezcan contra

sus enemipos, y este espectáculo dió tanto horror al Sr. de la Mota y su compañía, que trataron de sin detenerse allí más, despedirse y volverse á Niágara.





CAPÍTULO XIV

De la construcción de un bajel de sesenta toneladas.

Vueltos de la embajada llegaron á su estancia de Niágara en 14 de Enero de 1679, y después llegó allí el Sr de la Sala, el cual había venido en una embarcación con materiales para el nuevo bajel que se había de construir y con mercancias, para los bárbaros; pero en una borrasca que tubo en el lago Ontario, perdió mucho, y aún dió al través su embarcación, pero no obstante no se dejó de continuar el navío que pretendían, lo que hicieron próximo al lago Erié, en la boca de un río que entra en el de Niágara.

Entre tanto que los carpinteros y demás

gente estuvieron sin comenzar la fábrica, trabajaban en hacer un fuerte en el lugar, que, con título de almacén, habían comenzado; pero celosos los Irroquois comenzaban á murmurar entre ellos, lo que supieron por dos salvajes, que tenían grande introdución con los europeos, y por eso trataron de no proseguir con el fuerte, y para estar libres del insulto de los bárbaros, pusieron alrededor una estacada, y para contentarlos, se hizo la fragua que se les había ofrecido, pero esta era para servirse de ella y forjar el herraje para su bajel; y como viesen los naturales que dicha fragua no los servía de nada, y que el bajel se adelantaba, andaban escrupulosos y diversas veces los quisieron insultar y quemar la embarcación, lo que se impidió satisfaciéndolos con que todo lo que se les había ofrecido se cumpliría; con esto, y presentes que se les dieron y buenos oficios que los dichos dos salvajes hicieron, pudieron concluir con el bajel de sesenta toneladas (á quien llamaron Grifon, por tener en la popa dos grifos que son las armas del conde Fontenac) si bien pasaron grandes

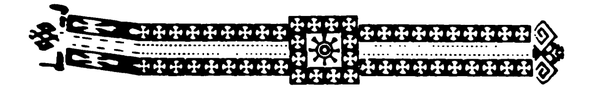


trabajos y necesidad, tanto por habe
perdido mucha de la provisión que traía
señor de la Sala, como porque, con el rec
que tenian los Irroquois, no querian v
[illegible]rles viveres, algunos á ningún precio;
[illegible] con el centeno que aun tenían de Indi
[illegible]za que los salvajes amigos les traian,
[illegible]scado blanco que cocian en agua, q
[illegible]spués se congelaba como manteca, por
[illegible]aso que tenían los peces, pudieron
[illegible]rar.

Como el Sr. de la Sala se hubiese vuel
su gobierno de Fontenac, y dejado p
[illegible]bo de la gente á uno de la compañía ll
[illegible]ado Tonty, italiano de nación, y este fu
[illegible] hombre inquieto, y amigo del señor
[illegible] Sala, intentó usurparle á el autor el diar
que iba haciendo, con intento de dárselo
señor de la Sala, que según dice el Padr
pretendía para sí la gloria de este descub
miento, presentándoselo al rey cristianísim
(como hizo después) mas no pudo adquir
el dicho cabo el diario que pretendía,
tampoco influir en los ánimos de los de
compañía á dejar la empresa, diciéndole

que era temeraria por las grandes dificultades que amenazaban y que ya, aun los de Canadá tenian el viaje por desatino, mas al cabo no consiguió nada; antes el autor, acabado el bajel, cantó en él el *Te Deun*, y dejando el campamento de sus cabañas, se entraron todos en su embarcación, donde se quedaron hasta que el autor fué y volvió á Fontenac, habiendo primero reconocido cómo por el Norte ó Nord-Oeste pod a con su nueva embarcación desembocar y navegar por el Lago Erié.





CAPÍTULO XV

De la vuelta del autor á Fontenac.

—

Antes de proseguir el viaje resolvió el au
tor volver á Fontenac para llevar consig
al unos religiosos de su Orden, y asimism
pr venirse de cosas necesarias, con que de
ja ndo la compañía en el bajel donde ya ha
bi taban, como se ha dicho, se partió con un
na tural de Canadá, llamado el Sr. de Charo
y metidos en una canoa, navegaron hasta
Salto, y de él por las dos leguas que hay
la roca referida, marcharon con su canoa
Cogiendo otra vez el río Niágara navegaro
las otras dos leguas, y entrando en el lag
Ontario siguieron su navegación hasta lleg

á Fontenac en un bergantín con que había llegado antes á la boca del río Niágara, el Sr. de la Forena; y si bien hace el autor algunas digresiones en este viaje, que por no ser del caso no se ponen aquí, solo diré que dice aportó á una islilla del lago que llaman Goylan, donde vió unos pájaros de mar de que hay gran cantidad en aquella isla, en cuya arena hallaron muchos huevos, que los anima el sol y no las aves que los ponen, y de estos dice que llevó algunos en un pañuelo á Fontenac.

Los Padres Recoletos, de que había cuatro en Fontenac, que eran los Padres Gabriel de la Ribarde, Lucas Buisset, Zenobe Membre y Milton Wato, recibieron al autor con grande alegría, lamentándose de los trabajos que tenían noticia había padecido, y en particular con el cabo nombrado Tonty; mas él disimuló mucho de lo que le había acaecido por llevarse consigo á los Padres Gabriel y Zenobe, y también porque, si se quejaba, temía tomara, con pretexto de piedad el Sr. de la Sala motivo para impedirle el descubrimiento que pretendía atribuirse á sí, y

valiéndole el haber observado esta máxima, negoció el poderse partir con los dichos Padres.

CAPÍTULO XVI

De la vuelta del autor á Niágara.

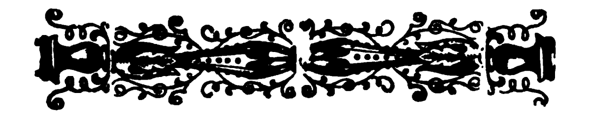
—

Luego que el viento fué favorable, se embarcó el autor con los Padres Zenobe y Gabriel en el mencionado bergantin, en el cual iban muchos mercaderes, bocas de fuego, municiones, capotes, cuchillos, tabaco y aguardiente, etc.

Y llegando á la boca del río de los Tsonnontouans, que entra en el mismo Ontario, hicieron alto por ocho días para distribuir mercancías en el lugar de los Tsonnontouans, donde había llegado el Sr. de la Sala en una canoa particular, y asegurándoles él á aquellos bárbaros de una buena correspondencia, zarpó, y al cabo de la navegación,

llegaron al pie de la roca mencionada por el río Niágara, donde desembarcaron, y á cuestas pasaron las mercancías y lo que llevaban, las dos leguas que no se navega el río, y así vinieron al lugar adonde estaba el bajel Grifon, que fué á 30 de Julio y fueron recibidos con grande alegría de los compañeros.





CAPÍTULO XVII

En que se continúa el viaje,

Como el viento no fuese propio, emplearon algún tiempo en cultivar un pedazo de tierra, donde había acelgas salvajes y otras yerbas, tanto para la subsistencia del Padre Milton, que quedó allí con otros, como para que les sirviesen si fuese por allí su vuelta.

Venido el viento que esperaban, zarparon á 7 de Agosto de 1679, cantando el *Te Deum* y haciendo salva con 7 piecezuelas que tenían, asombrándose de oirlos los salvajes, como lo estaban de ver tan grande embarcación y fabricada en tan breve tiempo; iban en todo hasta treinta y dos personas y dos Misionarios que se habían agregado, yendo

con el mando el Sr. de la Sala que con gran riesgo y trabajo desembocó en el lago Erié, navegando ya á la vela, ya tirando el vaso con cuerdas por la orilla, y una vez ganado el lago, hallaron su navegación tan buena, que con viento fresco hubo día que avanzaron cuarenta y cinco leguas.

Al Occidente hallaron tres puntas que entran en dicho lago, y pusieron á la primera nombre de San Francisco, y en fin vinieron á dar á la boca del canal del río, que comunica este lago con el de Hurón y que, como se ha dicho, tiene treinta leguas de largo y una de ancho, y en su medianía el lago de Santa Clara.

Las campañas que están de una y otra parte del canal, son muy fértiles, teniendo viñas salvajes, hayas y otros géneros de árboles, como también frutales de peras, ciruelas, nueces y castañas y de animales, ciervos, castores, venados y osos, que su carne es muy buena de comer, y aves de muchos géneros, con copia de pavos, gallinas y cisnes, por donde se conoce cuántas colonias se podían establecer entre estos lagos y por-

que temiendo los Irroquois que la abundancia de la tierra aficionase á los europeos, dieron cuenta de su entrada á los de la Nueva Holanda, llevándoles por cosa prodigiosa las medidas del bajel.



CAPÍTULO XVIII

De la opinión que se tuvo de hacer habitación entre los lagos Erié y Hurón.

—

Viendo el autor la fertilidad de que hemos dicho es el terreno que hay entre estos dos lagos y gran número de los salvajes que le habitan de una y otra parte del río que los comunica, aconsejaba al Sr. de la Sala de establecer en él por entonces una colonia, y con el tiempo otras para introducir el comercio desde Fontenac, ofreciendo á los naturales darlos todas las cosas á mejor precio que los de la Nueva Holanda é Inglaterra, lo que se facilitaría formando allí la fragua que les habían ofrecido para su servicio, mas no obstante esta representación y la de que convidaba á ello la gran pesca que en diversos

parajes del río se hace, y que asimismo se podría dar principio á la conversión de aquellas gentes, no entro en ello el Sr. de la Sala, diciendo que no hallaba acertado hacer el primer asiento á más de doscientas leguas que hay de allí á Fontenac, y así era menester pasar el lago Hurón lo que hicieron venciendo la rápidez grande que allí hace el canal al desembocar, tomando el rumbo de Norte y Nord Oeste.

Como el autor tuviese siempre contiendas con el Sr. de la Sala, le acumuló que la intención de no querer establecer habitación entre los dos lagos, era con mira de hacer él solo empleo de todos los pellejos de aquellos salvajes, para ser poderoso de una vez; tal era la emulación que se tenía uno á otro.

Antes de entrar en el lago Hurón hallaron que en el lago de Santa Clara había poco fondo y que antes de desembocar el río en el lago Hurón se divide en diversos brazos por bancos de arena, mas que al cabo ofrecen la entrada algunos de los canales y que por el uno entraron tirando con cuerdas el bajel, el cual entrando en el lago, hizo la

salva y se cantó el *Te Deum*, y después vieron á un lado del canal una bahía llamada Sakimam donde por lo pasado, habían tenido los huroneses gran comercio y que habían sido convertidos por los primeros Misionarios de San Francisco, pero fueron consumidos por los Irroquois.

CAPÍTULO XIX

De la navegación del lago Hurón hasta Misilimakinak.

—

Después de heber navegado unas trescientas leguas, que hay de Quebec al lago Hurón, se hicieron á la vela el mismo día, tomando por la costa Occidental del lago, el rumbo del Norte cuarta al Nord Oeste, y á la noche mudó el viento al Sud-Oeste, con gran violencia, y pusieron la proa al Nord-Oeste; y en la borrasca de aquella noche pasaron dicha bahía llamada Sakinam, que tiene más de treinta leguas de ancho; aquí se vieron en gran peligro y tribulación, ayudándoles poco el piloto, como el que ignoraba aquella navegación, y porque desespe-

raban de pasar adelante; pero después de grandes tormentas y correr diversos rumbos viníeron á llegar á Misilimakinak, y dieron fondo en una ensenada que tenía seis brazas de agua.

Misilimakinak es una punta de tierra que está a la entrada de uno de los dos canales que entran en el lago Hurón y que es el más septentrional de los dos, conteniendo una legua de ancho y tres de largo, llevando un curso al Oeste.

A quince leguas al Este de Misilimakinak hay otra punta que está á la entrada del canal que comunica el lago superior con el de Hurón, y que tiene cinco leguas de ancho á la entrada y quince leguas de largo y hállanse algunas islillas en él, y luego se va estrechando hasta el salto de Santa María, que es un pasaje, donde lleva el agua gran rapidez entre unas rocas, y por donde el lago superior con gran violencia envía sus aguas al de Hurón; mas ya se dijo en su lugar cómo se puede pasar.

A un lado y otro de este canal se hallan algunos lugares de los salvajes cercados con

altas estacadas y aquellos que caen á la punta de Misilimakinak son de los Outtoavets, y los del otro lado son de los Huroneses.

El día de su llegada al paraje referido, fué á 28 de Agosto de 1679 y de que aquellos bárbaros quedaron aturdidos, como de ver una embarcación tan grande en aquellos paises y más cuando oyeron los cañonazos de la salva, pero no obstante saltando en tierra, fueron á la manera de la de aquellos salvajes cumplimentados por los cabos de los Outtoavets, y esto era en ocasión que los suyos llegaban de la pesca del pescado blanco y truchas de á cincuenta y sesenta libras y traían los pescadores más de ciento y veinte canoas de las que se han dicho, y esto es lo que más espantó á los naturales, porque rodeando sus barquillas al Grifon, le tenian por una montaña.

Estos salvajes les mostraron buen semblante y lo dieron á entender por tres cargas que dieron con sus arcabuces para hacerlas salva. Las dos naciones de Huroneses y Outtoavets están siempre aliados contra la

fiereza de los Irroquois sus mayores enemigos; ellos viven del centeno que cultivan, pescado que cogen, y caza de los animales, haciendo con la harina de centeno una especie de caldo ó papas, cociendola con agua, moliendo la harina en unos morteros hechos de troncos de árboles; mas los de los contornos del salto de Santa María que llaman los saltadores, carecen del dicho centeno ó grano de Indias, porque su terreno no lo produce.

Los pasajes de Misilimakinak y Santa María, son los más considerables de los salvajes de la parte del Norte y Occidente y por donde tienen el comercio de sus pellejos con los de Canadá, llegando con ellos hasta Mont real.







CAPITULO XX

De la entrada en el lago Ilinois.

A dos de Septiembre se hicieron a la vela y zarparon de Misilimakinak y entraron en el lago de los Ilinois, llegando á una isla situada á la entrada de la bahia de los Hediondos, que está á cuarenta leguas de Misilimakinak y habitada por la nación llamados Poutouatoaous, donde hallaron algunos de los de Canadá, que el Sr. de la Sala había enviado allá en otros tiempos á comerciar y así habían adquirido gran multitud de pellejos de castor, etc.

Estando el Grifon dado fondo á treinta pasos de tierra, le sobrevino una gran tormenta donde pudiera haber perecido sin la

fortuna de que el cabo de los dichos Poutouataous era persona que había estado en Canadá y cobrado amistad con sus naturales, y en particular con el conde de Fontenac y como fuese hombre de actividad y conociese el gran riesgo que corrian los europeos, hizo á los suyos danzasen con sus calimetes ó pipas, en ceremonia de paz, y arrojándose el dicho cabo en una canoa, fué, no obstante las horribles, al Grifon, y dijo al Sr. de la Sala cómo habia arriesgado su persona por salvarlos del peligro en que estaban, moviéndole á ello la amistad que había profesado al Gobernador de Canadá.

Estando en el paraje referido resolvió el señor de la Sala enviar el Grifon á Niágara con la riqueza de pellejos que había adquirido, ofreciendo á los que se quedaban allí con él volvería el bajel en descargándole con el mismo piloto y cinco marineros; pero no volvió ni se supo más de él, antes se creyó haberse perdido por las noticias que aquellos naturales dieron á la vuelta á los que prosiguieron el descubrimiento, como fué decirlos que estando el vaso todavía á

su vista le vieron en una fuerte borrasca, en la cual se desapareció, creyendo que, según lo que duró el mal temporal, bancos de arena y peligros que había en el paraje, habría hecho naufragio, de que los europeos recibieron gran desconsuelo, viendo se había malogrado aquel famoso bajel que se apreciaba su valor en unos veinticinco mil escudos de pellejos, mercancías. barcos pequeños que para la ocasión llevaba, piezas, armas y áncoras que en él había.



CAPÍTULO XXI

En que se continúa el descubrimiento por canoas.

Partió el autor con catorce personas en cuatro canoas, en que llevaba la resta de las mercancías y una fragua para lo necesario, y entre los carpinteros había uno que nuevamente había llegado de Europa y fué su partida del distrito de los Poutouataous, á diecinueve de Septiembre, y navegando al Sur, á cuatro leguas de tierra firme, con serenidad, les sobrevino de repente tal tormenta, por el discurso de cuatro días, que se vieron en peligro de perderse, mas sosegado el viento, abordaron á una ensenada de arena donde se detuvieron cinco días, hasta que

hubiese seguridad de proseguir el viaje, y en tanto comían de la caza que hacían los dos salvajes sus amigos que iban con la compañía.

El día veinticinco partieron por la costa occidental del lago de los Ilinois, mas alterándose las aguas otra vez, se vieron obligados á saltar en tierra al abrigo de un peñasco, donde resistieron por dos días á la lluvia y gran cantidad de nieve, cubiertos con la ropa que llevaban, y pacífico el lago, continuaron el viaje el día veintiocho, mas presto volvieron á cesar, sobreviniendo un torbellino que les precisó volver á tierra y ampararse de unas peñas cubiertas de broza y quedando allí por tres días se vieron ya faltos de víveres.

Del dicho lugar se partieron á primero de Octubre y marchando unas doce leguas encontraron con un lugar de los Poutouataous llamado Jum, cuyos salvajes acudieron al bordo del lago para recibirlos y ayudarlos á salir, porque por instantes se iban irritando las aguas; pero el Sr. de la Sala viendo la gente disgustada con los trabajos que pade-

cían, temió que quedándose allí, se huyesen y llevasen las mercancías, y por excusarlo quiso aventurarse y marchar á todo riesgo, hasta un lugar que estaba tres leguas más allá.

Como no tenían conocimiento alguno en aquel lugar, se acogieron á una eminencia y pusieron en forma de defensa por lo que pudiera suceder, y faltándoles los víveres resolvieron enviar por ellos á dicho lugar á tres personas, valiéndose de uno de los que los llevaban la pipa de paz que los Poutouataous de la isla les habían dado el cual estaba diestro en todas las ceremonias de aquellas gentes.



CAPÍTULO XXII

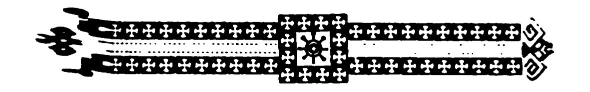
De lo que acaeció á los que fueron por víveres.

—

Llegaron los exploradores con su Calimet de paz (que como se ha dicho es una pipa de tabaco hecha de marmol, muy adornada con dos alas, con qué se manifiesta la buena fe y danzas en sus regocijos) y no hallando á nadie en el lugar, porque estando la mayor parte de sus vecinos á la caza, los que habian quedado se huyeron al ver los europeos, y así se valieron de tomar de las cabañas el grano de Indias que necesitaban, dejando allí en pago hachas y cuchillos, y antes que volviesen á la compañía se apareció número de los salvajes que se habían juntado, armados de escopetas, hachas, mazas, arcos y flechas y viéndolos el Sr. de la Sala salió

os con su gente armada, y díjoles que cercasen, porque temía que viniendo los os que habían ido á la caza los hallasen artados y matasen, y entreteniéndolos con to llegaron los que habían ido á buscar ue comer, y como viesen los bárbaros la ipa de paz que traían, comenzaron á danzar mostrando grande alegría, viendo era gente de paz, y á una seña que hicieron se aparecieron los cabos del lugar con sus pipas de paz, y no solo les dejaron el grano que habían tomado, sino que les abastecieron de carnes de ciervos y de otros animales.





CAPÍTULO XXIII

En que se prosigue el viaje.

—

El día dos de Octubre salieron del lugar referido, y navegando siempre á la vista de tierra por espacio de cuatro días, pasaron grandas riesgos por los temporales y porque era necesario saltar en tierra las más de las noches al pie de unas rocas tajadas y muy altas que están al bordo del lago, y como ya no tuviesen que comer, que el trigo de Indias hecho papas, sucedió que viendo bandadas de cuervos y de águilas se acercaron á tierra y vieron un ciervo que habian comenzado á comer aquellas aves, con que se remediaron hasta que llegaron más al Sur, donde

hallaron el país más abierto y fértil pues encontraron viñas y otros árboles frutales silvestres, como asimismo pavos, ciervos, gallinas y otras aves con que se pudieron proveer, hasta venir á dar en dieciocho de Octubre al fondo del lago de los Ilinois, cuyo territorio es de la fertilidad que se acaba de decir, y porque saltaron en tierra y como uno de los de la compañía matase un oso de un arcabuzazo y éste yendo á tirarle, viese pisadas frescas de personas, avisó, y el Sr. de la Sala se puso en estado de defensa, y á deshora de la noche sintieron gente cuando ya les habían robado una ropilla y otras cosas y preguntando quién vivía respondieron que eran amigos, y el Sr. de la Sala les dijo que los amigos no venían así, sino los ladrones y esta era una cuadrilla de salvajes que eran los tales venidos de un campamento que estaba allí cerca de los Poutouataous, disculpándose con decir: «Nosotros hemos oido un tiro y creimos que eran los Irroquois nuestros crueles enemigos, y no gente de Canadá, que teniamos noticia habían de llegar, cuya venida deseaban para tomar tabaco

con ellos en las pipas de paz.» Con esto se satisfizo el Sr. de la Sala y acudiendo por la mañana á registrar sus mercancías, halló que los dichos salvajes le habian robado una parte y él salió con gente, y dos que halló apartados los trajo á su cabaña y dejando al uno preso envió al otro á que dijese á su cabo que si no le enviaban lo que le habian robado lo pagaría el que quedaba preso, que era uno de los principales de ellos.





CAPÍTULO XXIV

Del ajuste hecho con los Poutouataous.

Como aquellos bárbaros hubiesen roto la ropilla y quitado los botones se vieron imposibilitados de volverla, y viendo que no había forma de sacar el preso, resolvieron tomarlo por la fuerza, y así el día treinta de Octubre se presentaron armados, y aproximándose á la parte donde estaban los europeos, como hasta un tiro de mosquete y en el intermedio hubiese algunos altos y bajos, se cubrió en ellos el Sr. de la Sala y postó allí hasta cinco hombres, á quienes, para que reparasen las flechas, mandó que las mantas ó cubiertas que tenía cada uno, las revolvie-

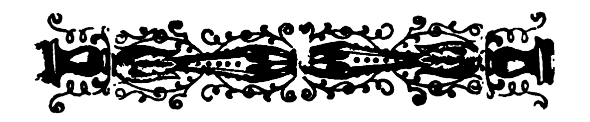
se al brazo izquierdo para cubrirse contra las flechas y luego siguió el Sr. de la Sala con los demás para sostenerlos lo que viendo los enemigos hicieron apartar los muchachos y acercarse á ellos á embestir y como fuesen multitud, se dispuso para excusar llegar á las manos, el que el autor con el salvaje que de su compañía llevaba la pipa de paz, se adelantasen, lo que hecho, vino á ellos un salvaje á quien preguntaron la causa de venir de guerra contra ellos, y respondió que la necesidad les había obligado á ello, respecto á haber hecho pedazos la ropilla, y que si lo querian así, lo volverian y darian lo que quisiesen demás en pellejos de castor, y para ganar al Sr. de la Sala le presentaron ropas de dichos pellejos, lo que se aceptó é hicieron la paz.

El día siguiente se pasó en danzas á la costumbre de aquellas gentes, que festejan así la paz, y uno de sus principales, viendo los hábitos de los frailes, dijo al Sr. de la Sala les dejase uno de aquellos, que traían ropas de pardas y no armas, de los cuales habían experimentado en Canadá su desinterés

en todo, y que antes agasajaban á niños y hombres, y que en recompensa le darían castores y á él le aconsejaban que no pasase adelante y quedase con ellos, porque sabían que los Ilinois los esperaban para matarlos.

A esta proposición se les dió las gracias por el buen consejo, y respondió que los Ilinois eran hombres mas los europeos eran espíritus, (así los llamaban los bárbaros) y que así los sabrían ganar amistosamente ó por fuerza, y tomando la precaución necesaria para su seguridad, se partieron al otro día, primero de Noviembre, y por el lago de los Ilinois llegaron al otro bordo del lago á la desembocadura que hace en el río Miamis, donde creyeron hallar veinte europeos que habían dado su palabra de hallarse allí, y no hallándolos les desconsoló mucho, y resolvieron hacer allí un fuerte para estar libres de insulto de la gran copia de los Ilinois que hay en aquellas partes.





CAPÍTULO XXV

De la construcción del fuerte que llamaron de Miamis.

—

A un lado del río Miamis hay una eminencia que en lo alto forma por sí una especie de plataforma de que se valieron para hacer un reducto de ochenta piés en cuadro y á prueba de mosquete, sirviéndose para ello de árboles, durando la obra todo el mes de Noviembre, comiendo de la carne de oso y de ciervo que cazaban.

Al cabo llegó con parte de la gente que esperaban el Sr. Tonty, que habia perdido en la derrota con los malos temporales los demás y algunas provisiones y mercancías, y aunque su llegada fué de gran satisfacción,

todavía desconsoló mucho al Sr. de la Sala el que los que llegaron dijeron no habían encontrado embarcación ninguna en el viaje, por donde comenzaron á temer se habría perdido el Griton.



CAPÍTULO XXVI

De la partida del fuerte y rio de Miamis al de los Ilinois.

—

Partieron por el rio Miamis á tres de Diciembre en ocho canoas en que iban treinta personas y tres Misionarios, y después de haber navegado rio arriba, que viene del Sud-Oeste por espacio de veinticinco leguas, sin poder reconocer dónde desembarcarían para transportar por tierra sus canoas y mercancías hasta el rio Ilinois, el cual entra en el rio llamado Meschaspy.

La confusión que les causó no hallar dónde desembarcar, les obligó á hacer alto y aguardar al Sr. de la Sala que había ido por

tierra á reconocer los pasajes, y viendo tardaba, resolvieron enviar dos personas por agua y otras dos por tierra para ver si podían dar con él, con orden de que en hallándole disparasen para dar aviso, y al fin le vieron venir desfigurado con manos y cara negras como las de un carbonero de puro soplar el fuego á que se vió obligado por el gran frio y nieve que había padecido; traía dos animales, cada uno de la grandeza de una rata, cuyos pellejos eran muy finos y matizados, que parecían de armiños, los cuales animales él había muerto con un palo, porque no huyen y así son buenos de coger y aun de comer, porque es su carne excelente; el susto en que había estado la compañía por la tardanza del Sr. de la Sala, motivó el que le suplicasen no se aventurase más respecto que en las adversidades los tendría su presencia con ánimo y esperanza de salir de ellas, pues como en el cabo de todos se confiaba en el acierto de la empresa.

El día siguiente llegaron á un lugar llamado Portage, donde en diversos árboles

pusieron cruces y escritos como acostumbraban hacer en todos los lugares que habitaban, tanto para que volviendo les sirviesen de guías como para los otros que quedaban atrás y habian de venir á juntarse con ellos en aquel paraje, en el cual hallaron muchas astas de toros salvajes y carcaxes de éstos con diversas canoas, que sin duda tenían allí los bárbaros para pasar y repasar el río.

Está el lugar de Portage referido situado al bordo de una gran campaña hacia cuyo extremo y parte oriental, hay otro lugar de los Miamis Maskoutens y Abinons que se juntaron á habitar en dicha campaña en la cual tiene su nacimiento el río de los Ilinois, y dos leguas de éste le toma el río Miamis, y es por todo un terreno flotante ó movible, difícil de marchar por él y porque fué necesario trabajar en aquel espacio para afirmar comino y transportar las canoas y bagage.

Nota que el lugar de Portage dista de los montes Apalaches de setenta á ochenta leguas y dichos montes son los que terminan la Florida por su parte Septentrional y que

de los vertientes de estos montes se forma el referido río Miamis todo lo cual indica que desde la Florida, pudiendo penetrar los montes, se puede entrar al nuevo descubrimiento, ó de éste á la Florida y lo mismo por la parte occidental de dicha Florida.

CAPITULO XXVII

Del embarco que se hizo en el río de los Ilinois.

—

A cien pasos del origen del referido rio comienza ya á ser navegable, y en breve se hace tan caudaloso, ancho y profundo como el Tajo ó el Duero en España, y son tantas las vueltas que va dando, que con ir con su gran corriente, dice el autor, que en un día avanzaron en línea recta más que dos leguas, impidiendo hacerlas por tierra lo impracticable que se ha dicho que es aquel terreno, y por la misma causa, es estéril de frutos y caza, y donde se halló el Sr. de la Sala en tan grande aprieto por la falta de víveres, que, según lo mal contenta que es

taba la compañía se hubiera pasado lo más de ella, si hubiera tenido modo, á los bárbaros que lejos de allí veían en la caza de toros salvajes, de que hay gran copia en aquellas partes, y algunos monstruosos.

La navegación sobre dicho río fué de ciento y treinta leguas y en línea recta noventa, que hay de su nacimiento al lugar principal de los Ilinois, á cuyo lugar de este nombre llegaron al fin de Diciembre de mil seiscientes y sesenta y nueve, después de un mes de viaje.







CAPÍTULO XXVIII

De la caza de los toros salvajes que hacen los Ilinois.

—

Entre los animales que hay en las regiones de los Ilinois, son los más considerabl los toros, porque de las carnes, la más prin cipal para comer es la de estos animales, lo que cazan así.

Por el Otoño se juntan los bárbaros qu viven debajo de un mismo dominio y r deando el paraje donde han de cazar, por discurso de algunas leguas en contorno, de jan á diversas distancias aberturas por dond pueden ir á salir los toros, lo que hace viendo el fuego, porque pegándole á la ye

ba y bosques se pone la campaña en llama, y al salvarse los toros por dichas aberturas, los están aguardando los salvajes para flecharlos al salir, y de este modo adquieren carne para todo el invierno, la que entregan á las mujeres para que ellas la acomoden á su usanza, como es á falta de sal, que allí no conocen; la entierran en unas concavi dades donde se conserva, y en cualquier tiempo sabe tan bien como si fuera fresca.

El pellejo de aquellos toros tiene en lugar de pelo, lana muy larga y fina, que tuercen las mujeres y tiñen con varios colores para hacer mantas de gala para las festividades, y otras mantas no tales para cubrirse el invierno; conque se puede decir que comen y visten de estos toros, los cuales son, aunque más cortos de piés que los de Earopa, de cuerpo más gruesos como de pescuezo, aunque corto, con una eabeza monstruosa, siendo sus cuernos negros, gruesos y cortos, y cayéndoles de entre ellos una gran clín sobre la frente, se muestran de gran fiereza, la que usan cuando se hallan heridos, que hasta que los matan chocan con



todos los que encuentran; tienen como camello sobre el lomo una corcova ent hombro y hombro; estos animales tienen instinto de como hacen en Europa las g londrinas, etc., pasar del Norte en invierr á la parte del Sur, siguiendo unos á otro por caminos, que con el curso del tiemp tienen ellos hechos, y en encontrando lago ó ríos de que hay muchos navegables, lo pasan á nado.

Hállanse también en dichas campaña osos, ciervos, venados, nutras, multitud d castores y de aves, pavos, gallinas, cisnes perdices de extraña grandeza, tórtolas y papagayos, como águilas, cuervos y pelícanos de picos monstruosos; y de pescado hay la abundancia que por todas partes, como de frutas, y tales viñas silvestres, que siendo sus uvas admirables de comer, hicieron los europeos vino de ellas, de que bebieron mucho tiempo, y hallaron que era excelente bebida, y por no saber el uso de ella los naturales, es la común por toda la América Septentrional el caldo que sacan cociendo la carne de los toros.

Por el discurso de este capítulo y otros mencionados atrás, se conoce la fertilidad de aquellos países, donde dos veces al año se coge de todos frutos, y hallándose minas de carbón de piedra, pizarra, hierro, piedra lumbre y vetas de cobre, puede ser se descubriesen también de otros metales habiendo europeos establecidos con buenas colonias, de que es capaz aquel territorio, y más siendo como es de un buen temperamento y aire saludable.

—



CAPÍTULO XXIX

De la entrada en los Ilinois y costumbres de aquella gente.

El principal lugar de los Ilinois es el donde se ha dicho llegó la Compañía, que está en cuarenta grados de latitud y doscientos y setenta y ocho de longiiud, y aunque es poblado de muchas y buenas cabañas, todavía, como sus vecinos hubiesen ido á caza, no hallaron á nadie; mas viéndose faltos de víveres, les obligó la necesidad á tomar grano, dejando hachas y cuchillos en pago, y con esto continuaron el viaje por el mismo rio, que allí lleva el rumbo al Sud-Oeste, y al cuarto día del año 1680 pasaron

un lago que hace el mismo río de siete leguas de largo y una de ancho, y á que llaman los de la tierra Pimiteoui, y supieron cómo dicho lago tiene la particularidad de que la parte del río que corre desde él hasta desembocar en el río Meschasipy no se hiela aunque sea el tiempo más crudo, mas la otra parte que está hacia el Norte se hiela muchas veces.

Como les hubiesen dado noticia de que los Ilinois los aguardaban de guerra y sucediese que de repente se hallaron cercados de ellos, que estaban campados de una y otra parte del río, se asustaron, pero previniéndose, opusieron la mitad de los barcos á la una orilla, y la otra mitad á la otra, lo que causó á los salvajes tal confusión, porque no estaban avisados de que tal flota había llegado allí, que tomaron unos y otros la fuga, lo que animó mucho á la compañía, y más cuando se había logrado el buen consejo que había tomado en no presentar á los bárbaros la pipa de paz, por no mostrarles desde luego temor, más viéndolos huir, les dieron voces diciendo que eran gente de



Canadá, y saltando en tierra se vinieron al señor de la Sala algunos de los principales salvajes, con sus pipas de paz y mostrándoles á ellos las mismas, se hubieron en buena conformidad y quitó el pavor que había concebido aquella gente, con ser millaradas de hombres.

Estando en esta conformidad les hizo saber el Sr. de la Sala cómo su venida era á hacer con ellos alianza para introducir el comercio y llevarles de Canadá las mercancías á buen precio y establecer allí fábrica de hachas, cuchillos y arcabuces, de que ellos no tenían aún el uso; de todo lo cual se mostraron tan agradecidos, que á todos los de la compañía los lavaron y engrasaron los piés, dándoles los tres primeros bocados de la carne que ellos comían, todas ceremonias de grande amistad, y porque el Sr. de la Sala les presentó hachas, cuchillos y tabaco de Martinico, y luego les declaró cómo pasando por su habitación y enviando á ella á buscar víveres, no hallaron á nadie y la necesidad les obligó á tomar grano de Indias, con intento de satisfacer el precio, y que teniendo

todavía allí el grano sin haberlo tocado, lo pagarían si lo querían dejar, y que si no lo volverían y pasarían á proveerse á otra parte, á que los salvajes respondieron que no solo se lo dejaban sino que les darían cuanto quisiesen, pasando tan adelante la buena intención de aquellos Ilinois, que aceptaron la alianza con grande humanidad, porque son gente de buen natural.

Trabada esta grande amistad la hubo de descomponer un cabo de los de la nación Maskoutens llamado Monzo, el cual llegó al campamento de los Ilinois con mercancías y acompañado de algunos de los Miamis, y en lugar de vender lo que llevaban hicieron presente de ello con intención de ganar á los Ilinois, para que destruyesen á los europeos, diciendo que eran aliados con los Irroquois, y que era su venida á reconocer el país con engaños para después venir con número de gente de Canadá á conquistarlo.

Esto puso en tal confusión á los Ilinois, que viniendo el Sr. de la Sala á hablar con los cabos, los halló muy mudados, lo que le sobresaltó, recelando algún contratiempo en



la amistad establecida; pero quiso la suerte que uno de los principales á quien había el señor de la Sala hecho antes muchos regalos, le declaró la causa de aquella mudanza, y así se previno el remedio, ganando el dicho Monzo con muchos presentes para que declarase que todo lo que había dicho era de motu propio por el recelo que se tenía en los contornos de la entrada de los europeos y de tal suerte se estrechó la amistad con todos que se ajustó la alianza entre las dos naciones Maskoutens y Miamis con los Ilinois, aunque siempre éstos quedaron con algunas sospechas como se dirá abajo.



CAPITULO XXX

De lo que acaeció con los Ilinoís hasta la construcción de un fuerte que se hizo después.

—

Como Mikanape hermano de Chasagovase, el más considerado entre aquellas gentes estuviese fuera, y vuelto hiciese un convite á los suyos, convidó también al Sr. de la Sala con algunos de su compañía, y estando á la mesa, hizo Mikanape este discurso.

«Yo, señores, he resuelto llamaros aquí, no tanto para comer como para representaros por la amistad que con vosotros hemos contraído, estoy obligado á declararos que el poner por obra la empresa que intentais, queriendo penetrar hasta el mar, no será otra

cosa que perderos todos, respecto que hasta hoy persona lo logró, porque no es posible vencer los riesgos que ofrecen los cocodrilos, tritones, serpientes y otros mónstruos y saltos más terribles que el del Niágara, de que está lleno el rio Meschasipy, sin cuya dificultad hay la de que dicho rio se mete después debajo de tierra sin saber donde vuelve á salir, y finalmente hay el peligro de las bárbaras y feroces naciones que habitan en sus contornos y de tal modo imposibilitó el viaje con afectaciones amistosas, que conoció el señor de la Sala, en el semblante de los suyos, que habían concebido tan grande horror, que primero se arriesgarían á volverse por caminos incógnitos que á proseguir.»

Acabado el discurso, respondió el Sr. de la Sala diciendo: «yo os doy las gracias por el buen consejo que nos dais; pero como nosotros servimos y adoramos al Criador de todas las cosas y de poder infinito, y éste nos haya inspirado el peregrinar por estos parajes no temeremos con su ayuda romper por todos los inconvenientes que habéis propuesto y cierto que yo tengo para mí que es

vuestro intento conseguir, no solo el que no pasemos adelante, sino que salgamos de vuestra tierra, habiendo, por siniestros informes concebido alguna estratagema en nosotros, la que no hay ni podreis averiguar, porque la amistad que habemos contratado, ha sido debajo de una pura fe la que, según las apariencias, no teníais cuando nos hicísteis tan buen recibimiento.» A esto interrumpio Mikanape el discurso del Sr. de la Sala, mudando de conversación.

Después de la comida volvió el Sr. de la Sala á acordarles la perfidia de Monzo y como luego se había desaparecido, dejando el presente que dió en las cabañas, donde le constaba estar todavía; y sin esto les convino con que si hubieran entrado con doble intención, que estando como estaba su gente armada y la mocedad de la tierra ausente por haberido á la caza, podían haberlos hecho pedazos, lo que no hicieran ni por imaginación, por no usarse tan vil trato entre los europeos, y sea la conclusión el que hagais volver aqui á Monzo y le vereis con

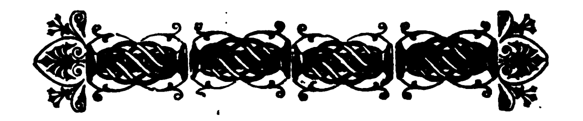
claras demostraciones convencido de embustero.

Parecióles á los salvajes buen modo de satisfacerse éste, y así enviaron á buscar á Monzo, pero impidió el paso á los que iban por él la cantidad de nieve que había caído, y entre tanto que se abría paso sucedió que algunos de la Compañía amedrentados y confusos de lo que habían oido se huyeron aventurándose á hacer un camino no conocido y que es de más de 500 leguas que había hasta Canadá, y como entre seis que eran había dos carpinteros se perdió la esperanza de hacer embarcación grande para pasar adelante, y temiendo el Sr. de la Sala la fuga de los demás, les hizo un razonamiento diciendo: la maldad que vuestros compañeros han cometido pudiera castigarla despachando tras ellos, pero me lo impide el no dar á entender á los bárbaros se habían huído de miedo, pero que á su tiempo, si no se perdían pagarían la pena, la que estaba seguro excusarian los que quedaban no cometiendo por cobardía semejante infamia; todo esto decía el Sr. de la Sala,



conociendo que los demás estaban con el mismo miedo y temía imitasen á los otros, y aunque añadió por la misma razón: que era mayor peligro el quedarse alli tampoco sin ponerse en defensa contra todo insulto, y más cuando en la primavera habían de venir á lo acostumbrado los Irroquois contra los Ilinois, y que éstos en semejante caso se huyen la tierra adentro por no tener valor para aguardar el fruto de los Irroquois, los cuales no hallando enemigos en quien descargarle, caería el golpe sobre los europeos, razones todas que apaciguaron los ánimos de la compañía, y resolvieron hacer un fuerte á cuatro jornadas del principal lugar de los Ilinois, bajando hacia el río Meschasipy.





CAPÍTULO XXXI

De las naciones y costumbres de los Ilinois.

—

Antes de tratar de la fábrica del fuerte quiso el autor advertir aqui las naciones que hay en aquellos contornos, que son los Miamis situados al Sud-Oeste del fondo del lago Ilinois, que habitan en el bordo del Río Miamis, quince leguas la tierra adentro, y á 41 grados de latitud y 284 y medio de longitud; la nación de los Mascoutens y de los Outonaouts están á los 43 grados de latitud y 286 de longitud, en los bordos del río Meleoki, que entra en el lago Ilinois cerca de su lugar principal, y al Occidente están los lla-

mados kikapaus y los Aynoves que tienen dos lugares y más al occidente sobre el río Checagomenant hay otro lugar dicho Cascachía, al Poniente del referido lago.

Los Authoutantas y los Maskoutens y Madonesfisur moran á 130 leguas de los Ilinois en tres grandes lugares cerca de un río que desemboca en el de Meschasipy, llamado Onisconsing, y adelante se hará mención de otras naciones, diciendo de las referidas, que hasta que entró el Sr. de la Sala no tenían conocimiento de armas de fuego.

Los hermophroditas son en gran número entre aquellas gentes, tienen de ordinario muchas mujeres, tomando siempre á las hermanas, diciendo que es mejor casarse con ellas que con extrañas, siendo tan celosos, que por la más mínima desconfianza las cortan las narices, y finalmente, son tan lascivos é impúdicos, que pasan á tener muchachos vestidos con hábitos de mujer, para tenerlos y usar de ellos como de tales, y aunque son tan ignorantes que viven sin religión, no conociendo divinidad alguna, están llenos de supersticiones hasta dar fe

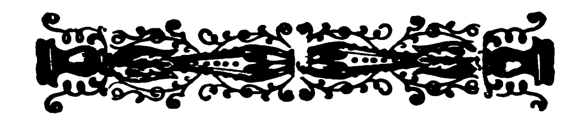


á los sueños, y aunque creen la inmortalidad de el alma, como todos aquellos americanos, es diciendo que van á otro mundo, donde se goza de toda delicia y del mismo tráfico, comercio, paz, guerras y cazas que en este, y por eso les ponen en los sepulcros arco y flecha, tabaco y grano, esto para que se alimenten mientras llegan allá, y las armas para la guerra y la caza; y finalmente, sobre la creación tiene, que viene el mundo de una mujer, que cayó de el cielo preñada, y reposó sobre una tortuga, alrededor de la cual se fué llegando alguna terrestridad, que creciendo se formó todo el mundo: tal es la ceguedad de aquellos bárbaros, pues dan yan tortuga y terrestridad áun antes de la creación.

Hay en dicho país algunos terrenos muy pedrosos, donde se crían muchas culebras de cascabel y serpientes venenosas, contra que los salvajes conocen diferentes hierbas, que, mordidos, se las aplican, siendo tan soberano remedio, que luego se excipa el veneno; pero no acudiendo á tiempo mueren de él; ellos andan desnudos el verano,

y el invierno, que es tenue y corto, se cubren con mantas, como se ha dicho en otras partes.





CAPÍTULO XXXII

De la fábrica de un fuerte llamado por los bárbaros Chagagou, y por los que le hicieron Crevecœur, y de un bajel para pasar adelante.

—

A cuatro jornadas, como se ha dicho, de el principal lugar de los Ilinois, y 200 pasos de el río de este nombre, hallaron un espacio de tierra que va en disminución hasta el río, y quen en tiempo de crecidas se cubre de agua aquel terreno, y estando sus costados en escarpe, se valieron de hacer por el frente un foso y un parapeto de madera, con que se vinieron á quedar fortifi-

cados, llamando á este fuerte Creve-cœur, lo mismo que en español *quiebra corazones*, como lo tenían los pobres, que ya contra su voluntad lo trabajaban, y en él pusieron la fragua, que llevaban por provisión, con que pudieron proveerse de herrajes para construir la grande embarcaeión que deseaban, y aunque los que la trabajaban no eran carpinteros y se habían huído los de este oficio, todavía la vinieron á tener en buen estado, y como para las jarcias y demás cosas que necesitaban, para ponerla á la vela, las aguardaban con la vuelta de su deseado Grison, y éste no venía ni había noticia de él y se juntase á esto el que siendo así que allí no dura el invíerno más de dos meses y aquel año duró la nieve sobre el horizonte veinte días, lo que admiró á sus naturales, les aumentó por esta razón y las referidas la desconfianza, con que ya estaba toda la compañía, lo que motivó en el señor de la Sala no proseguir con su empresa y así resolvió volverse por tierra, no obstante el rigor de el tiempo al fuerte de Fontenac, por discurso de 400 á 509 leguas de cami-

no, llevando consigo tres de la compañía, animándole á ello el conocimiento que tenían con las naciones por donde había de pasar.



CAPÍTULO XXXIII

De lo que acaeció hasta la partida del Autor á continuar el descubrimiento, y vuelta del Sr. de la Sala á Fontenac.

—

Tomada la resolución de dividirse la compañía, les ofreció la suerte, modo para desengañar á los Ilinois, de lo que habian concebido, y así mismo, de hacerlos saber, como conocían que los obstáculos que les habían propuesto, eran fingidos, y fué así.

Habiendo llegado cuatro ó cinco saivajes de dominios remotos de los Ilinois, é introducídose con ellos, le dijeron como el río Meschasipy era navegable hasta el mar del golfo Mejicano, donde entra con una boca muy ancha, y aunque en su entrada hay

muchos bancos de arena, hay canales por donde salir al mar, y asi mismo les dijeron, que las naciones, que encontrarian, les harian buen acogimiento, porque eran muy humanos, y uno de entre ellos, á quien ganaron con dádivas, les hizo con un carbón una imagen del curso del río, en el cual volvió á repetir no había salto de agua alguno, ni tampoco monstruos, mas sí muchos cocodrilos, todo lo cual les sacaron con maña, ofreciéndoles de no revelar el secreto, y adelantándole un discurso, en que le daban á entender tenían gran noticia de aquellos parajes.

Informado de esto el Sr. de la Sala buscó ocasión de hablar con los principales de aquellos bárbaros, y los dijo, nosotros no volvemos parte á Canadá á buscar mercancías, dejando á otros en el fuerte de Crevencœur, y entre tanto se irán por el curso del río Meschasipy otros, porque bien sabemos, que las dificultades que nos habeis propuesto, han sido fingidas, por el mal concepto que habeis hecho, creyendo los informes de Monzo, porque como nosotros vamos guia-

dos por el criador de todas las cosas, nos había inspirado viniésemos á peregrinar por aquellas regiones; á esto pusieron los salvajes los dedos en la boca en señal de admiración, y viéndose convencidos, dijeron, confesaban habían propuesto era el viaje imposible, por lograr que el Sr. de la Sala se quedase allí, y los de las ropas largas, que eran los frailes, porque los quisieran tener en su compañía: con esto se aseguraron más los europeos, y se resolvió quedasen algunos en el fuerte de Crevecœur, y por cabo el Sr. de Tonty, ofreciéndoles el Sr. de la Sala en volver con jarcias, mercancías, y todo lo necesario, para después entrar con el bajel, que tenían fabricado en el referido río, partiendo el autor por él á continuar su viaje con dos compañeros, el uno llamado Antonio Angel, á quien por otro nombre decían Picardu Gay, y el otro Miguel Ako, nativo del Poitou, dejando con los que quedaban en el fuerte á los padres Gabriel, y Cenobe; partiéndose el Sr. de la Sala á Canadá, si bien hizo después el viaje de todo el descubrimiento hasta el mismo golfo mejicano.

CAPÍTULO XXXIV

De la partida del autor con sus dos compañeros.

—

Partiose el Padre de la compañía en 29 de Febrero, de 1680, en una canoa, con las dos personas mencionadas llevando su pipa de paz, hachas, cuchillos, agujas, tabaco de Martinico, y cosas semejantes, lo que era capaz su pequeña embarcación en la cual, navegó por el río Ilinois, donde encontró diversas tropas de salvajes, que venían de la caza, con cantidad de carne de toros en sus barcos que habían tomado, y hablándoles, amonestaron al autor, se volviese con ellos, y sus compañeros estuvieron tentados de hacerlo, mas al fin resolvieron continuar

temiendo que era preciso haber de ir al fuerte Crevecœur y ser castigados.

Prosiguiendo por el referido río, vieron que por sus bordos tiene diversas montañas llenas de árboles, y en sus intervalos terrenos cascajosos, mas desde lo alto se descubren al otro lado campañas á pérdida de vista de buenas pedrerias y bosques, y por lo que mira á el río, es por todo capaz de navegarle con grandes embarcaciones, corriendo al rumbo del Sur, cuarta al Sud-Oeste, y á dos leguas antes de desembocar en el río Meschasipy, encontraron una nación, llamada Tamaroa ó Maroa de unas doscientas familías y hablando con ellos los quisieron llevar á su lugar que está al Oeste del río Meschasipy, cincuenta leguas de la boca del río Ilinois, lo que les agradecieron y se escusaron conociendo después que la intención era robarles, respecto que á diversos pasajes emboscaron flecheros para matarlos al pasar, lo que descubrieron por sus fuegos, y porque se aproximaron con su canoa al otro bordo, y continuando llegaron á la boca del río que dista cincuenta leguas del fuerte de Creve-

cœur y á unas ciento del principal lugar de los Ilinois, y juzgaron la boca de este río en 35 ó 36 grados de altura de Polo, y en doscientos y setenta y cuatro de longitud y 200 ó 220 leguas del golfo mexicano sin comprender las vueltas que da el río Meschasipy.

En el ángulo que forma á la parte del Sur la desembocadura de dicho río, hay una roca escarpada de unos 40 pies de alto, donde en lo eminente se puede bien colocar un fuerte, y de la parte del Norte enfrente de la roca hacia el Occidente de la otra parte del río, se ven grandes campañas de tierra negra sin descubrir, donde fenecen, y que convidan al establecimiento de una colonia, pues es terreno muy fértil de todo, y que da dos veces fruto al año.

Donde desemboca el río Ilinois en el de Meschasipy hay tres islillas, donde se detienen los árboles y broza que viene por el río, lo que causa formarse allí bancos de arena, pero los canales quedan capaces para navegar, y en particular los barcos que no tienen quilla.

CAPITULO XXXV

De la partida por el río Meschasipy, saliendo del de Ilinois.

—

A ocho de Marzo de 1680, entró el autor con sus compañeros en el gran río Meschasipy, el cual es por lo más angosto de media legua de ancho, siendo por partes de más de una, y lleva su curso del Nord-Oeste; al Sur Sud Oeste entran en él otros ríos, como se dirá después.

Habiase deshecho el hielo por aquel tiempo, lo que les causó grande embarazo por haber de andar huyendo con su canoa de los témpanos de hielo, y á diversas distancias hallaban islillas cubiertas de árboles, y al pie del río rocas que de una y otra parte tiene dicho río muchas ensenadas de tierra

con buenas pradrerías y árboles, y desde lo alto de las montañas se descubren (como de otros parajes se ha dicho), campañas fértiles á pérdida de vista, y al cabo llegaron á una nación que nombran los Otentas, y que viven cerça de los llamados Masourites, donde hay otro río del nombre, y viene dicho río de la parte Occidental, y es casi tan grande como el de Meschasipy, en cuya entrada se vé el agua turbia por el fango que trae consigo.

Los de la nación Isati que habitán arriba del rio hacia el de Ilinois, habían llegado á caza ó á hacer la guerra (que es lo mismo entre ellos) y le declararon cómo aquellos dos ríos Otenta y Massourites se formaban de muchos riachuelos, cuyos nacimientos son de una montaña que distaba de allí diez ó doce jornadas, añadiendo que de lo alto de ella se descubría ya el mar del Sur y ven en ella bajeles, y asimismo dijerón que por el curso de dichos rios hay muchos lugares de los salvajes y multitud de toros, castores y otros animales.

Lo turbio con que entra dicho rio en el de



Meschasipy, por la razón referida espesa de tal manera su agua por la gran cantidad de lodo que trae, que de aquella manera va turbia hasta entrar en el golfo mexicano, por más de doscientas leguas que corre, dando primero grandes y muchas vueltas.

Continuando el viaje alojaban de noche en las islillas del rio cuidando de apagar el uego por no ser descubiertos de los bárbaros, y á nueve del dicho mes descubrieron un lugarcillo á la parte meridional, en el cual no hallaron á nadie porque habían ido á caza, y allí se socorrieron de grano, y en pago dejaron cuchillos; continuando, vinieron á dar á un lugar que está unas 40 leguas del referido, donde hay un rio que desemboca en el de Meschasipy, y que los Ilinois le habían dicho caía hacia la tierra llamada Valle de Juncos, y dicen que no vieron en aquel terreno otra cosa que juncos y yerbas semejantes, y tanto por esto como porque también este rio entra lleno de fango, se vieron precisados á pasar adelante y por uno y otro bordo del río veían el mismo terreno, no hallando á donde saltar á

tierra á abarracarse, y el día quince encontraron tres bárbaros, á los cuales salieron, y mostrándoles la pipa de paz, enseñaron ellos la suya y presentaron dos pelícanos que habían tirado con sus flechas, y no pudiéndolos entender, les dieron las gracias á los salvajes por señas, y por las mismas dieron á entender ellos que los verían en su tierra, y con esto se fueron, y marchando otros dos días, oyeron en tierra rumor, como de guerra, que después supieron era preguntar quién vive, porque en breve vieron venir hacia ellos unos salvajes que presentaron la pipa de paz, como también el autor, y como los tres salvajes que le dieron los pelícanos estuviesen allí, los agasajaron llevándolos á sus cabañas, donde los proveyeron de lo necesario, y él les dió de lo que llevaba en torno, pero por no entenderse, no supieron el nombre de la nación, la cual no hacía más que poner los dedos en la boca, en admiración de verlos allí y el día 18, habiendo festejado á los europeos, se partieron éstos.



CAPÍTULO XXXVI

De la continuación del viaie.

Prosiguiendo su navegación, hallaron entre dos eminencias un terreno que tenía un bosque al Oriente y allí enterraron lo que llevaban, reservando algunas cosas para presentar, poniendo en aquel lugar cruces para conocerle después; lo que hecho vinieron á Akansa, á seis leguas de distancias; y llegaron á otro lugar de la misma nación, y á dos ó tres leguas de allí se halla otro, y pareció que sus salvajes habían advertido á los contornos de su llegada, porque les hicieron desde luego buen acogimiento y á veintiuno los condujeron aquellos bárbaros en su barcos á otra población que está más adelante,

llamada Taensa, próxima á un lago que el río Meschasipy hace en la tierra, y por no perder tiempo no se detuvieron más á informarse de aquella nación, cuyo cabo los salió á recibir con ceremonia, con una ropa blanca hecha de corteza de arbol, y delante iban dos bárbaros con dos planchas de cobre, que relucian como oro con el sol; mostrábase el dicho cabo con gran aspecto y majestad, haciéndole todas sus gentes rendido acatamiento, y después, demostradas de una y otra parte las pipas de paz, se hicieron presentes, y llevaron los europeos á la cabaña de aquel principal, donde fueron regalados de sus carnes de toro, y festejados con danzas á su usanza, que era entrelazar los brazos de los homhres con los de las mujeres y cantar alternativamente los hombres con ellas.

En este territorio de los Taensas se ven árboles frutales silvestres, como de ciruelas, morales, pérsigos, perales, manzanos, nogales de diversos géneros, cuyas nueces son de extraña grandeza, sin otros muchos que no se ven en Europa; hay también palmas,

laureles, y finalmente, multitud de viñas, que estaban entonces para florecer, y á esta fertilidad se agrega el ser los naturales agradables, de buen espíritu y razón.

Hubieran querido los salvajes detener allí al autor; pero no aceptándolo, pasó después de haber sido visitado de los cabos de los contornos, que los habían avisado, partiendo con el cabo de Koroa, lugar que está diez leguas más adelante, siendo su territorio agradable y fertil de mucho grano de Indias; allí el dicho cabo les presentó una pipa de paz de mármol, ornada por todo de plumas de varios colores, y ellos le dieron tres hachas, seis cuchillos, aleznas, agujas y tabaco de Martinico.

Mientras estuvieron en Koroa, el cabo les marcó sobre la arena la imagen de la mar con embarcaciones, y como había seis ó siete jornadas aún de viaje hasta allá y resolviéndose á partir, mandó el dicho cabo fuesen algunos de los suyos con ellos en dos canoas, con providencia por algún tiempo, de que tomó el autor gran confianza, de que

todo cuanto hacían con él era debajo de buena fe.

Partieron de Koroa en la forma dicha, y á seis leguas vieron cómo el río Meschasipy tenía una isla tan grande que la juzgaron de sesenta leguas de largo y la pasaron por el lado occidental y en su pasaje se quedaron los que venían de la nación Koroa, porque sus barcos siendo pesados, no pudieron seguir el del autor, que con el corriente que lleva allí el río, hizo en un día de 35 á 40 leguas; y no desembarcaron hasta el día 24, que lo hicieron en un lugar que después supieron se llamaba Tanguiboa, donde no hallaron habitadores, solo diez hombres muertos á flechazos, los que sin duda habían muerto y llevando presos los demás sus enemigos llamados Quinipisas, cuya región corre hasta el golfo mexicano, y su habitación principal está río abajo próxima á otra nombrada Sablonier que entra en el Meschasipy, distante del mar unas cincuenta leguas, y aquellos, dice el autor, serían unos que hacian un gran rumor de guerra, que oyó estando en su canoa mucho antes de llegar al

referido lugar, en cuyo sitio no pararon, antes huyendo de aquel espectáculo pasaron adelante temerosos de que los cogiesen los guerreros mencionados, y así, cuando se hallaron libres saltaron á hacer noche á la orilla del río, por el cual continuaron su derrota hasta venir á donde el río Meschasipy se divide en canales por unas islas, y tomando uno de ellos que es muy capaz, notaron cómo el agua era salobre, y cuatro leguas adelante era ya salada, y al cabo descubrieron el deseado mar del golfo mexicano, con cuya novedad saltaron en tierra al oriente de dicho río, de donde no pasaron por las razones que se dirán abajo, y así se terminó el viaje.

Hasta aquí se ha seguido el sentido de la relacion de este descubrimiento, capítulo por capítulo, y los demás, que son hasta setenta y seis, tratan de la vuelta del autor con sus compañeros y de cómo llegó cerca del nacimiento del río Meschasipy, y asimismo de algunas reflexiones de lo que vió, y su llegada á Quebec, corte de Canadá, y de allí á Europa, todo lo cual pondré yo aquí en

breve, porque no fué mi intento hablar de otra cosa que del curso de este descubrimiento, el cual hizo enteramente dos años después el Sr. de la Sala mencionado, hasta el mismo golfo mexicano, como diré después.



CAPÍTULO XXXVII

De la razón que tuvo el autor para no llegar al mar, y de la vuelta con sus compañeros.

Como el autor deseaba llegar al golfo mejicano, al cual parece faltaba aún distancia, respecto que cuando hubiese terminado su viaje en el último lugar de Quinipissa, nación de que hace mención, todavía faltaban unas cincuenta leguas, aunque él no nombra el lugar donde feneció su viaje, y la esperanza que le asistía para pasar adelante, era el que allí en la parte Occidental del río Meschasipy tienen los Padres de San Francisco en todo lo del nuevo México muchos religiosos de su Orden, por lo cual estuvo resuelto á hacerlo y también por reco-

nocer las regiones de los que habitan de una y otra parte del río: pero como sus compañeros dejaban atrás, á seis leguas de Akansa, enterradas sus mercancías y tuviesen voluntad de trocarlas por pe lejos, no quisieron pasar adelante, y así dejando una cruz muy alta en el paraje que habían saltado en tierra, y escrito en ella el nombre de los tres, por memoria, y la razón que habían tenido para hacer el viaje, resolvieron dar la vuelta, en la cual nota el autor la fertilidad que tienen hasta el mar los contornos del río Meschasipy, según lo que pudo adquirir.

Comenzaron su vuelta á once de Abril, y al pasar por donde estaban enterradas sus mercancías, las tomaron y por la misma vía que bajaron el río le volvieron á subir, hasta que llegaron á la punta ó cabo de San Antonio, que está antes de llegar á la boca del río de los Illnois, en cuyos contornos fué preciso al autor con sus compañeros haber de pasar arriba el río Meschasipy, porque unos salvajes guerreros los llevaron por fuerza á aquellas partes, y sobre que hace



el autor una gran digresión que yo excuso, nombrando solamente las naciones de que hace mención.

Con la ocasión referida dejaron los tres europeos la boca del río Ilinois, y siguieron el de Meschasipy hasta más arriba de un salto de agua que tiene dicho río, llamado el salto de San Antonio, que es de unos cincuenta pies de caída y á su parte oriental y septentrional, tiene el río de San Francisco, que sale de un lago llamado Changasketon, el cual tiene por la parte del Sur á ciento y cincuenta leguas el lago Superior, y es uno de los brazos principales que forman el gran río Meschasipy, naciendo el otro en una región dicha Tinthonha, lo mismo que habitadores de praderías y en los contornos del dicho lago Changasketon, moran las naciones llamadas del Perro (ó Chien en francés), Issati y Nadouessans, éstas dos á su parte occidental y la otra á la septentrional, y de estas y de otras naciones habla el autor en su vuelta (de que yo quise dar aquí noticia para hablar de todo el curso del río Meschasipy), el cual da desde el Salto de San Antonio

hasta desembocar en el mar á todas sus regiones el nombre de provincia Louisiana, dándola por todo título de muy fertil, añadiendo que lo que hay desde donde dijimos había terminado el viaje, hasta el golfo mexicano, es lo más pingüe de todo género de frutos, como lo supo por los compañeros del Sr. de la Sala y yo referí abajo, eoncluyendo su relación con decir que tiene al río Meschasipy, por el que entra en el referido golfo con el nombre de río escondido, y puede ser que el llamado río Montanas sea también una de las hocas del Meschasipy; pero el Sr. de la Sala pone las dos bocas, una á los 25 grados de latitud, y otra á los 26 y medio, por lo cual creo que concibió error en el viaje que diré hizo á ellas y por qué intentan ahora la entrada por Canadá.



NOTICIA

del viaje que hizo el Sr. de la Sala de parte de su rey para entrar al nuevo descubrimiento por el golfo mexicano.

El Sr. de la Sala habiendo hecho el año de 1682 todo el viaje por el río Meschasipy hasta el golfo de México, volvió á Francia, y dando parte á su rey y ministros de aquel descubrimiento y de cómo por el golfo mexicano se podía entrar en él, se armaron cuatro fragatas con todo lo necesario para establecer colonias de gente, bastimentos y mercancías, y en 24 de Julio de 1684 se hizo á la vela en el puerto de la Rochela, y al cabo de varios accidentes que le acaecieron en la derrota, llegó á la bahía de San Luis en el golfo mexicano á unas cincuenta le-

guas al Sur de la boca que él creyó ser la Meridional del río Meschasipy, y que dista de la que tuvo por la Septentrional cerca de veinte leguas, y en aquella bahia (que en su carta geográfica no comprende el autor), desembarcó y reconocidos los circuitos de tierra firme, halló que convenía establecer allí una colonia que fuese puerto de mar, como lo hizo sin grandes trabajos por la oposición que le hicieron los naturales, que son salvajes muy fieros, y al cabo vino á hacer paces con ellos.

Habiendo hecho un fuerte en dicho paraje, que llamó de San Luis, y visto que en los choques y reencuentros que tuvo con los enemigos había perdido copia de su gente, y que los víveres se iban acabando como las mercancías por las que se habían perdido en el viaje, como por las que habían trocado y hecho presentes á los salvajes, resolvió el Sr. de la Sala ir por tierra á los Ilinois y áun á Canadá para proveerse de gente y lo que necesitaba para la colonia, resolución por cierto digna de aplauso, respecto de ir á marchar otra vez pasadas de



mil leguas, animándole á ello haber ya hecho el viaje (como se ha referido) de Canadá al golfo, obligándole á hacerlo por tierra el que por mar no le era posible por haberse perdido las embarcaciones.

Partió el Sr. de la Sala con muchos compañeros á empresa tan árdua, y después de haber penetrado varias regiones en la forma que acostumbraba á pasar por ellas, quiso su desgracia que amotinados los de su compañía por estar ya fatigados de los trabajos que padecían en tan larga peregrinación, le vinieron á matar, y se vino á quedar frustrada la intención de la Francia, que era con la colonia referida ir avanzando otras, y finalmente apoderarse de las minas de Santa Bárbara y entrar en el nuevo México, lo que no permitió el cielo, y así se consumió aquella colonia.

De este viaje, que cuasi por dos veces hizo el Sr. de la Sala, cuenta el autor lo que supo de los compañeros que habían ido con él, como es que en la bahía de San Luis entran de todas partes más de cincuenta rios navegables, teniendo en sus bordos y riberas

grandes poblaciones de salvajes, que habitan en sus cabañas, y que por todo es el pais fertil y ameno cubierto de todas suertes de árboles frutales, cedros, pinos, robles, morales, etc., y de gran cantidad de carneros y puercos salvajes, gallinas, pavos, águilas, pelícanos, y que da dos ó tres veces frutos al año, razón por que le da el nombre de las delicias de la América.

Asimismo cuenta cómo el Sr. de la Sala iba ganando los naturales con presentes y confederándose con ellos para contra los españoles del nuevo México, que distan á dos jornadas del lugar principal de una nación de los salvajes que llaman Quoaquis, donde la gente es muy guerrera y que tienen ya algunas armas de fuego y andan á caballo, de que hay multitud en aquella tierra, donde no fué Dios servido que los franceses lograsen su intento, ni saber todavía de fijo las verdaderas bocas del río Meschasipy, pero como no cesarán de buscarlas, como lo intentan ya, pues el año pasado de noventa y ocho ha enviado el rey cristianísimo dos fragatas proveidas de todo lo que conviene

para establecer colonias en el descubrimiento, entrando por Canadá, dando á entender, cómo lo que no ha podido lograr por el golfo mexicano, lo intenta hacer por aquella vía, no descuidándose de hacerlo por la misma los ingleses, que con este intento han conducido número de gente á la Nueva Jork: todo lo cual movió mi celo á sacar á luz la relación de este descubrimiento, para que nuestra España (por lo que puede importar) tenga noticia de aquellos parajes donde quiera el Todopoderoso sean nuestros españoles quien les pueda dar luz del Evangelio y no los enemigos de él, que son los Misionarios que el autor intenta introducir, ofreciéndose él mismo á ser la guía de los que Holanda é Inglaterra quisieren enviar allá.

FIN

MAXIMAS Y ARDIDES

DE QUE

SE SIRVEN LOS EXTRANJEROS

para introducirse por todo el mundo.

POR

DON SEBASTIAN FERNANDEZ
DE MEDRANO







CAPITULO I

Dase noticia de lo que poseen franceses, Ingleses y holandeses en las cuatro partes del Mundo, y particularmente en la América

---

§. I.

De lo que posee la Francia.

En la América Septentrional tiene el rey Christianisimo la provincia de Canadá ó Nueva Francia, y por donde tiene entrada al nuevo descubrimiento, que hizo el señor de la Sala, de la Luysiana por lagos y Canales, y del río Meschasipy (nombre que dán á todo aquel extendido) que descarga en el golfo Mexicano, por el cual intentan aho-

ra los franceses establecerse en aquel dilatado país; con la colonia que del título de San Luis hizo el Sr. de la Sala, y para donde envian cada día gente amenazando al nuevo Mexico; y en las islas Antillas, ó de Barlovento, poseen la isla Martinica, Guadalupe, Santa Lucia y San Cristobal sin otras pequeñuelas.

En Africa tiene en la isla Madagascar, ó de San Lorenzo (que es una de las mayores del Mundo) dicha por los mismos franceses isla del Delphin, la villa del Delphin, colonia donde acuden los mercaderes que van á la India Oriental, y así mismo hay colonias suyas en el continente del Africa, como en la Cafrería, que forma el ambito de la punta de Buena Esperanza.

§. 2.

De lo que posee la Inglaterra.

—

En la América Septentrional, y al Mediodía de dicha Canadá tienen los ingleses la

nueva Inglaterra dicha Virginia, y la Nueva Holanda con las poblaciones de nuevo Londres, Yorca, Amsterdam, Nasau, etc. confinando por la Nueva Holanda con una nación de salvajes dicha de los Irroquois, y con quien trafican y estos también con los franceses, naciendo de aquí enemistad entre unos y otros Europeos y más ofreciéndole á los Ingleses la misma facilidad, que á los otros para establecerse en la dicha Luysiana ó Meschasipy.

En el golfo Mexicano son dueños de la Jamayca, que es su principal colonia en aquellos mares, y donde no teniendo más que 110 leguas de circuito, van tan repepidas flotas, con gran número de todo género de mercancias.

En Africa señorean la Isla de Santa Helena, que está al Occidente del cabo de Buena Esperanza á 16 grados de longitud, y á 17 de latitud Australes, bajan á reconocerla después de pasada la línea, toda embarcación que de Europa va ó viene de la India Oriental, lo que hacen para librarse de los corrientes y mar brava del Oceano Etiópico.

§. 3.
De lo que posee la Holanda.

En las Islas de Sotavento que corren de Leste á Oeste, en el mar del Norte de la América, y cerca de los Gobiernos de tierra firme de Venezuela, nuevo Reyno de Andalucía etc. tienen las Islillas de Buen Aire y de Aves siendo las más nombradas la llamada Curazao, la cual con ser de solas 25 leguas de circuito, admite tan copioso comercio de sus estados, y estos dos, tres y cuatro veces galeones cada año, como de Jamayca, la Inglaterra, y de que se infiere que negocian en tierra firme, y que ocho ó diez fragatas de pie en aquellos mares les impidieran semejante comercio tan perjudicial á la España.

En las Antillas ó islas de Barlovento reconocen á Holanda la de Tabago y parte de la Martinica, que dijimos era de los franceses, sin otras pequeñas: y en el Africa diversas Colonias en la referida cafrería, y en el Asia la gran isla de Zeylán, las de la Sonda, como

Somatra, ó Trapobana, la de Damboine, la de Banda, y la de Java mayor, ó nueva Batavia, que es donde asiste el Gobernador y Generalísimo de todas las otras, como del Gobierno de Malaca, que está en la punta Oriental de la India llamada también Malaca, adquiriendo la Holanda de estas islas y demás de las Malucas tantas mercancías de especería, y todos géneros, como vemos cada día, y finalmente son dueños de la mayor parte de las islas Malucas del mar Indico, y áun en la parte Austral reconoce á Holanda la Nueva Guinea.

A todos estos gobiernos envían por Gobernadores á personas inteligentes en la Geografía y versados en la fortificación, en ésta para que sepan cómo las han de defender y oponerse á los bombardeos, y en aquella para que tengan conocimiento de las regiones circunvecinas, si bien esta es una política que en Europa y todas partes observan, como es justo, para no fiar este cargo á la dirección de la ignorancia.

A estas islas, y particularmente á las de la América, llaman los especulativos agudas

espinas del Nuevo Mundo que penetran por todo, porque dejando aparte las dichas mercancías, que se ha referido conducen á ellas, son cuevas donde salen los Piratas á reconocer por toda la tierra firme, sucediendo de sus visitas lo que diré adelante.

Nota. Que se dejó de poner por error de la imprenta, á lo que digimos tenía la Francía en América, como posee en la isla de Santo Domingo la Colonia de Puerto de Plata ó Francés (y donde se armaron con los Philibustiers para lo de Cartagena); y en la parte Oriental de la Florida, las Colonias de Mallona, Edelano, Hustaqua y Onatheaqua, y finalmente tiene en el nuevo descubrimiento del Meschasipi, la nueva Colonia de San Luis contra el Golfo Mejicano, y frontera de los salvajes del Nuevo Méjico.





CAPITULO II.

De las máximas de que usan para penetrar é introducirse en la América, y por todo el Mundo los exranjeros.

Como sea notorio ya á toda nación, que en el Nuevo Mundo se carece de hierro, y acero, es lo ordinario de que se proveen los que intentan introducirse, de hachas, podones, tijeras, cuchillos, agujas, alesnas, espejos, pistolas, etc. sirviendo esto tanto que por cualquiera de estas menudencias le guian, conducen, y asisten á los europeos en cuanto se les propone á aquellos indios y presentarle á un cacique dos ó cuatro cuchillos es motivo de ganar su gracia.

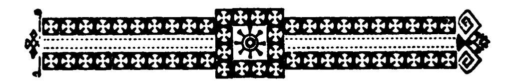
Proveidos de estas cosas y de algunos salvajes domésticos, y con inteligencia de los fronterizos, se entran por las tierras incógnitas para establecer colonias, como lo hizo el año de 1682 el Sr. de la Sala, Francés, y Governador del fuerte de Fontenac, plaza del govierno de Canadá, provincia que posee el Rey de Francia en la América Septentrional, como se ha dicho, y descubrió el país que pusieron por nombre la Luysiana, ó río Meschasipy, y que es mayor que toda la Europa, como en otra parte he dicho, y de que imprimí la relación en español.

Usando de la misma traza los piratas (que por honestar su pésimo nombre se llaman entre ellos aventureros) se convocan algunos aunque sean de diversas naciones, y ármanse para piratear, como para una compañía de comercio mercantil, haciendo sus cabos subalternos, y de este modo surcan los mares y saltan en tierra, donde tienen conocido hay desembarco y entrada segura, y allí aguardan ocasión oportuna para hacer sus robos en mar ó en tierra, donde reconociendo se puede hacer establecimiento, suelen



dar parte de ello á sus patrias (de quienes sin duda llevan comisión), y como la ambición con que todos anhelan, á adquirir posesiones en la América sea sin medida, están continuamente haciendo diligencias para conseguirlo, como ha mostrado la experiencia, y diré en el capítulo siguiente.





CAPITULO III,

De la entrada que el capitán Dampier hizo, con otros piratas, en el mar del Sur. y tierras del Darien.

—

Partió de Inglaterre el año de 1679, el capitan de mar Guillermo Dampier para el Nuevo Mundo, con título de ir á cargar de palɔ de Campeche, y llegando á la isla de Jamayca, de donde era natural, convirtió su mercancía en la de pirata, y convocando con otros aventureros como él, así francesss como holandeses, armaron unas fragatas, y abastecidos de lo necesario, y de los instrumentos referidos para ganar á los indios, partieron

con 400 hombres de los que llaman Philibustieres (lo mismo que Micaeletes foragidos, y de que se proveyó el Sr. de Point y para la entrada de Cartagena) y llegando á la isla Dorada hacia el rio Darien, y desembarcando allí el año de 1682 fueron por tierra hasta atravesar al istmo entre Panamá y Nombre de Dios, pasando por Veragua y Costa Rica.

En dicha Costa Rica, y continuando á la parte Septentrional de Nicaragua, entraron en el territorio de una nación llamada Mosquitos, y con quien los ingleses de la isla de Jamayca tienen conocimiento, y así se embarcaron en el mar del Sur, proveidos allí de indios conocidos, y de bastimentos, siendo digno de admiración el ver que tanta gente penetrase aquel terreno sin obstáculo ni oposición, siendo sus salvajes de los dominios de su Magestad.

Tomaron el rumbo del Sur, y barloventeando la costa del Perú, embistieron á diversos puertos, y algunos pequeños tomaron y otros saquearon, pero donde había reparo y fortificación, no pudieron insultar como á

los puertos de Arica y Puebla Nueva, si bien padeció en parte Santa María, y al cabo de algun tiempo se dividieron los cabos en diversos bandos, y tomando distintas derrotas, resolvió Dampier zarpar de la isla de Juan Fernández, que está á 32 grados de latitud australes y próxima á Chile, donde fué rechazado, y saltando en tierra firme, penetró por ella con su gente hasta el mar del Norte.

Ejecutado su designio, se desembarcó hacia el río llamado de Congo, que entra en el mar del Sur más al Septentrión del de Santa Maria, y ganando aquí un indio y allí otro con los presentes dichos, pasó por montañas y atravesó diversos ríos, viniendo á dar al fin á la boca del río de la Concepción (cuya boca cae al Oriente del Nombre de Dios, distante 30 leguas, pero está próximo á la isla de Oro) que entra en el mar del Norte, y el camino que hizo, es el que se ve desde Congo hasta cerca de la ísla de Oro.

En este viaje que fué de 35 a 40 leguas, dice el mismo, como están influidos aquellos salvajes que eran los de la nación inglesa de

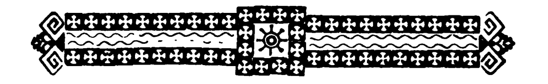
otro amor y benignidad, que lo es el dominio español, porque las otras naciones no buscan poner en esclavitud á los indios, mas si proveerles de todo cuanto carecen, y abunda la Europa, trocándolo con ellos por lo que produce la América, y de esta misma astucia usó el Sr. de la Sala, cuando descubrió el río de Meschasipy ya mencionado, y con que atraía los indios fronterizos del nuevo Mexico sujetos á la España, y por haberle muerto los suyos en la expedición que intentó, estableciendo una colonia en el golfo Mexicano, que llamó de San Luis, y el año 1684 hubiera hecho allí gran daño su ambición, que tiraba también á apoderarse de las minas de Santa Bárbara, lo que habiéndole impedido la muerte, se desvaneció por entonces, aunque ahora lo llevan por delante como está notado.

En el referido viaje por tierra examinó el dicho Dampier la entrada, que se podía hacer en el territorio de Cartagena, río Darien, etc., y como en tres días podian 300 hombres ó 400 pasar con facilidad al mar del Sur, y establecerse en sus costas, y hacerse due-



ños de ambos mares Norte y Sur, tal es lo que se aficionaron á la región, donde también los capitanes de mar Cozón y Cook de la misma nación inglesa, habiendo corrido por todo el río Darien, dicen: como los habitadores de sus costados son tan fieros salvajes, que además de sus flechas y dardos envenenados, despiden harpones por cerbatanas con tanta violencia, que pasan un hombre, y los que están de paz con los españoles de hacia la parte del nacimiento de dicho río, truecan su oro con ellos, ponderando de suerte este tráfico, que aseguran no hay casa sin peso para pesar el oro, si bien son aquellos indios los que más aborrecen gente blanca.





CAPITULO IV.

De la resolución que con otros aventureros tomo el capitán Dampier, para dar una vuelta al Mundo.

—

Son tan comunes estos aventureros en la América, cuanto lo dice el referido Dampier, pues cuenta como yendo el año de 1678 el Conde de Trées con una fuerte flota á apoderarse de la isla de Curazao, que como está dicho es de Holanda, se valió de todos los bajeles que tenían los piratas en la isla Martinica, si bien no pudo ganar más que á dos de ellos, para que le acompañasen á esta función, en la cual tuvo tan mal suceso la Francia, que en la isla de Aves, próxima á

la de Curazao, se perdió en una tormenta toda aquella armada.

Por lo dicho no causará admiración que Dampier se vqlviese luego á armar, y á incorporarse con otros como él, para ejercitar sus correrías, como lo hicieron, costeando los gobiernos de Popayan, Santa Martha, Cartagena, Venezuela, etc., de tierra firme, desembarcando en los lugares donde hallaban seguridad, robando en ellos lo que encontraban, y partida su presa, resolvió dicho Dampier bordear no sólo por la América, mas sí por todo el Oceano, y tomando el rumbo del Norte, aportó á la Virginia, donde abastecido de lo que convenía para su intento, partió derechamente al Sur, y visitó las islas de los Azores, y bordos del Africa Occidental, como los de Guinea, Congo, etc., y pasando la línea Equinocial, enderezó la proa al Occidente, y aunque otros aventureros pasaron en esta ocasión el Estrecho de Magallanes, tan poco frecuentado, él no se atrevió á hacerlo, y así engolfándose más al Austro, dobló el Cabo de Horno por debajo de la tierra del Fuego, que es lo más

Meridional de la Magallánica, quedando así asegurado que es verdaderamente isla, y virando al Norte por la costa de Chile, se aproximó otra vez á la isla de Juan Fernandez mencionada, siguiendo su viaje por las costas del Perú, montando hasta las Californias, de donde partió hacia la Linea é islas de los Ladrones que están á 12 grados de latitud septentrionales, y á 170 de longitud, y de esta manera vino á dar al Oceano Oriental, descendiendo al Austro hasta reconocer la Nueva Guinea, que empieza desde la Equinoccial por la parte Austral, y que pertenece á los Holandeses, habiendo pasado por las islas del Japón, Filipinas, puerto de Siam (de cuyo Reino haré mencióu al fin), y Java, ó nueva Batavia, etc., Capitanía General de lo que poseen los holandeses en la India.

Partió de las partes Orientales este aventurero ó Visitador General, á las Occidentales, y rodeó la punta del cabo de Buena Esperanza, tanto de su parte Oriental que de su Occidental, cuyo rodeo llama la Cafrería, y que termina el Africa é Imperio de Mono-



motapa, ó Etiopia inferior, (dicha por los modernos Africa nueva, que se divide de la Antigua por los montes de la Luna) y en dicha cafrería tienen colonias franceses, holandeses é ingleses, y su parte Oriental y Septentrional poseen los portugueses á Coama y Mozambique.

Del cabo de Buena Esperanza giró para el Occidente, y llegó á la isla de Santa Elena, de la cual partió otra vez por el Océano Etiopico por las costas de América, y surcando por las del Brasil, volvió á Inglaterra, habiendo hecho fin los rodeos y viajes de Jamayca, y de esta á la Virginia, y de allí a la línea Equinocial, un círculo entero á todo el globo (del cual cuantas islas se han mencionado, han sido de su Magestad, salvo las del Japón) y llegó á Inglaterra el año de J691 y gastó en esta visita general, desde que salió de la dicha Inglaterra doce años; y con esta relación, que imprimió en inglés, y despues salió en francés el año 1698 y la que publicó el Dr. Dellón, Francés, este año de 1699 en el viaje que hizo á la India Oriental (sin las que salen cada dia con la ocasión del

gran comercio, que por todo han introducido, haciendo nuevos descubrimientos) se penetran las trazas con que estas nacioaes sondan, descubren y penetran en toda la redondez de la tierra, haciendo paradas para conocer el genio natural, costumbres, comercio, fertilidad, religión, y de que consiguió la Francia el descubrimiento hecho en la América Septentrional, la entrepresa de Cartagena, y los escoceses la entrada en el Darien, de donde aunque volvieron á salir, procuran otra vez entrar por haber conocido que ocupado aquel istmo son dueños por tierra de entrar en la América Septentrional y Meridional, y de surcar los dos mares del Norte y del Sur ó Pacífico, mas cuando se escrivió esto, quiso el cielo, que el Rey de Inglaterra defendió con grandes penas á los escoceses el volver al importante puesto de dicho Darien, y esto es todo lo que movió á mi celo participar esta noticia á mi patria, para que advertida, se prevenga contra los insultos que la malicia humana intenta contra ella.

FIN



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

—

Infortunios de Alonso Ramírez



PÁGINAS

Relación de un país que nuevamente se ha descubierto en la América Septentrional.

PAGINAS

PÁGINAS

PÁGINAS

PÁGINAS



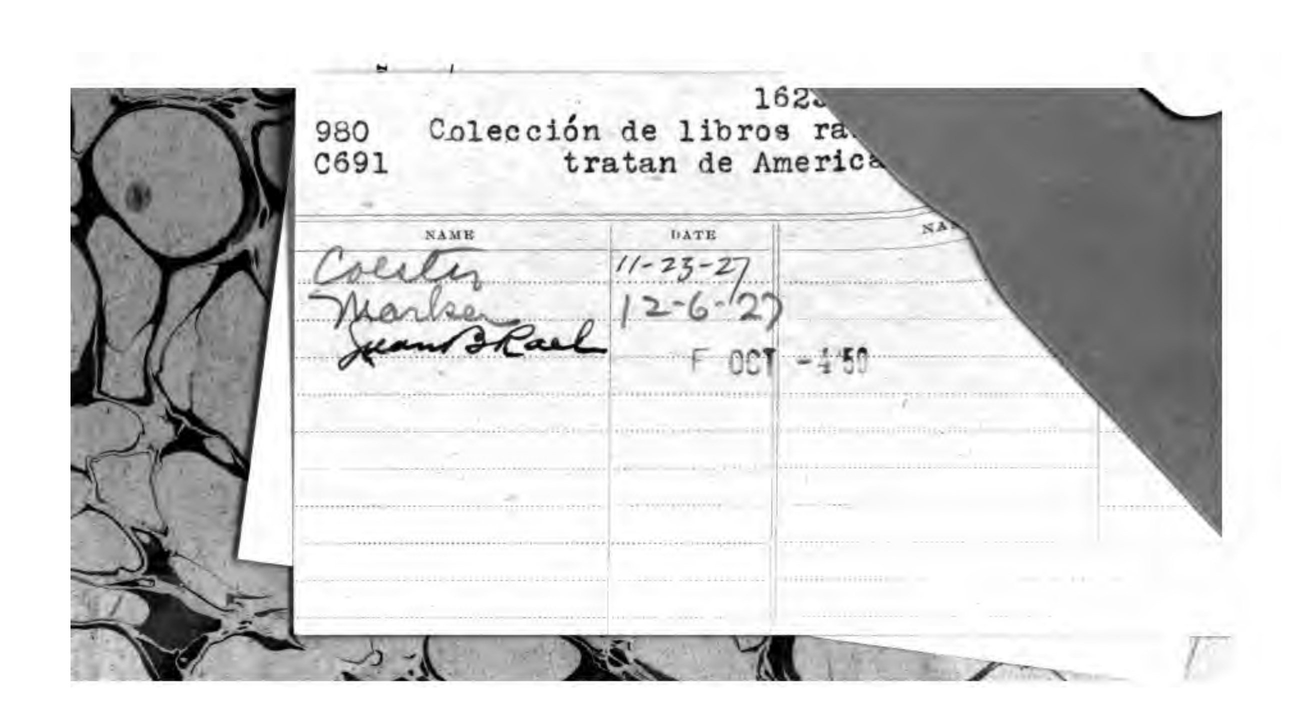
Acabóse de imprimir el tomo XX, de Colección de libros raros y curiosos que tratan de América, en Madrid, en la imprenta de la viuda de Gabriel Pedraza, calle de las Huertas, número cincuenta y ocho á XV de Febrero de MDCCCCII











162

980
C691 Colección de libros ra
tratan de America

NAME	DATE	NA
Coulter	11-23-27	
Marker	12-6-27	
Juan B Rael	F OCT - 4 '50	

